EL ROMANCERO

de la

GUERRA DE ÁFRICA,

PRESENTADO

á la Reina D.ª ISABEL II y al Rey

SU AUGUSTO ESPOSO,

EL MARQUÉS DE MOLINS.

Publicado de órden y á expensas de SS. MM.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA.

1860.



Señora:

El Romancero de la guerra de África, proyectado en medio del entusiasmo que suscitó la memorable toma de Tetuan, escrito poco despues de los sucesos á que se refiere, leido en la santa confianza del hogar doméstico, no es, con todo, fruto de mero deleite, ni obra de fútil entretenimiento.

No se aviene, Señora, con los dulces raptos de

la imaginacion la escrupulosa exactitud del relato; ni ménos es acto placentero y fácil ensordecer á la intolerancia de los partidos, y acallar quizás el íntimo recuerdo de antiguos agravios.

Los autores lo han hecho sin embargo; y así como la Patria ha ofrecido sus hijos en la noble empresa, ellos han inmolado á la verdad de la historia las creaciones de su fantasía, y tal vez alguno ha sacrificado á la gloria ajena los propios resentimientos, hijos tambien nacidos en nuestras desdichadas vicisitudes.

V. M., Señora, y su Augusto Esposo lo han comprendido así, oyendo con benevolencia, más aún, aplaudiendo con efusion, los acentos de tan generosas liras; y ahora, sacándolos á la luz pública, premian á un tiempo á los guerreros y á los cantores, dando así nuevo testimonio de que en el trono y en el corazon de VV. MM. hay recompensas y afectos para todos los merecimientos.

No creo tampoco, Señora, que se tache al ROMANCERO de inoportuno; ni temo que las cosas presentes sean parte á que desmerezcan en el ánimo de V. M. los poéticos monumentos de lo pasado. Ellos, en todo caso, conservarán el sello de un sentimiento sincero y unánime de España; ellos perpetuarán la memoria de hechos que añaden un eslabon más á la cadena de nuestras glorias militares; ellos, en fin, pagarán un justo, si bien pequeño, tributo de gratitud al Sólio en que tan dignamente se continúan las tradiciones de las dinastías españolas.

Así, Señora, la *Araucana* y el poema de las *Naves de Cortés* se estiman hoy más quizá que cuando se escribieron, por el hecho mismo de que son el único trofeo de aquellas gloriosas y perdidas conquistas.

Y dado que los amigos que frecuentan mi pobre hogar no presuman, en su modestia, valer

tanto como Ercilla y Moratin, todavía, Señora, el corazon generoso de V. M., que ha latido como el de su pueblo, sabrá dar á los autores y á las obras el mérito que tengan.

Dígnese pues V. M. recibir á S. R. P. á unos y á otras.

Madrid, 10 de Abril de 1860.

SEÑORA,

MARIANO ROCA DE TOGORES.

Á MIS AMIGOS

ROMANCE INVITATORIO.

No hay mas Dios que nuestro Dios.
Su ley sóla es sacrosanta :
La verdad y la justicia
Sólo de su Ser dimanan.

Mundos, luceros y soles
Son escabel de su planta,
Y no digno; que ellos mueren,
Y es eterna su palabra.

Y ¿pensais que al ciego acaso
Sus hechuras confiara?
¿Ó que las lanzó al vacío
Cual fútil semilla y vana?

Él, que da asiento sublime
A los cedros en la falda
Del Líbano, y en los valles
Mullido lecho á la grama;

Él, que al crinado leon
Da su gruta solitaria,
Y al sacre el áspero nido
Sobre las cumbres del Átlas,

¿Dejaria por los tiempos
Vagar del hombre las razas,
Cual nube de insectos viles
Que el ciego huracan arrastra?

No; que á toda criatura
Su divino dedo marca
Su puesto, y de allí la guia
Al norte que le señala.

¿Qué quiso, cuando al ocaso
De Europa, del mar bañada,
Cual pérgamo misterioso,
Tendió la tierra de España?

¿Por qué le dió la armadura
De inaccesibles montañas,
Y yermos llanos do habita
Gente belígera y parca?

¿Para qué ciñó sus costas
Con puertos de donde zarpan
Magallanes y Colon,
Elcano y Roger de Lauria?

¿Para qué en verdes campiñas
Que riegan Duero y Guadiana
Léjos del mar, se criaron
Cortés, Pizarro y Grijalba?

No es ya un misterio. El leon
De Clavijo y de las Navas,
Tras ocho siglos de lucha,
Su reino incólume guarda:

Y el águila que en Moguer
Sus polluelos congregaba,
Alzó su vuelo á los Andes,
Y dió la cruz á Atahualpa.

¿Por qué tan léjos? ¿Acaso
El ojo avizor no alcanza
De las vegas andaluzas
Las moriscas atalayas?

De allí el rapaz agareno
Su vista sedienta clava
En los fecundos raudales
Que nacen en la Alpujarra;

De allí desvelado sueña
Los cármenes de Granada,
El oro de las iglesias,
El rostro de las cristianas.

Y en la pantanosa ria
Sus leves cárabos arma,
Y al inerme navegante,
Hambriento buitre, se lanza.

¡Ay del bajel que zozobra,
Ó en sus arenas encalla!
¡Ay del náufrago que pisa
Su arena inhospitalaria!

Que allí el robo es el derecho,
Los tratados asechanzas,
La belleza mercancía,
Y la vida misma carga.

¡Oh mengua! ¿Y hay en el mundo
Quien de libertades habla,
Y ante las puertas de Europa
Vegetan tribus esclavas?

De Europa, que las respeta
En su barbarie, y á extrañas
Empresas mueve sus haces
Y revuelve sus escuadras.

No tú, nacion belicosa
De Recaredo y de Wamba,
Que el godo pendon llevaste
A la costa tingitana.

Ni tú, progenie de Alfonso,
Que respirando las auras
Del Salado, con tus cruces
La Libia inculta amenazas.

Ni tú, hueste emprendedora
De Jaime y Pedro, que clavas
Una vez y otra en los Gelves
Las aragonesas barras.

Ni ménos la que en los muros
De Oran y Túnez estampa
De Cisneros y de Cárlos
Los jaqueles y las aspas.

Ni tú, nieta y heredera
De Isabel la de Granada,
Que su santo cetro riges
Y su voluntad acatas.

Ni, en fin, vosotros, hermanos,
Cuantos sentís en el alma
La voz de la Providencia,
Que allende el Estrecho os llama.

Sús, españoles; seguidla:
Unios; levad las anclas;
Moved las tiendas: en ellas
Irá Dios. ¿Quién le contrasta?

Y vosotros, que heredásteis
La cítara de Quintana,
Dad al español guerrero
El tributo de la fama.

Decid con cuánta entereza,
Con cuán sublime constancia
Es soldado de su culto,
Noble mártir de su patria.

Cuando del nubloso cielo
Se rompen las cataratas;
Cuando fieros huracanes
Sus breves tiendas arrancan;

Cuando en fétidas lagunas
Hunde la aterida planta;
Cuando diezma sus legiones
La horrenda fiebre del Asia;

Cuando el hambre... «No me importa»
Dice, y combate; y con fausta
Armonía, sus trabajos
Como sus victorias canta.

Cantadlas tambien vosotros,
Hijos de Herrera, cantadlas;
Mas no en la ronca tirteida,
A españoles labios agria,

Sino en los patrios concentos
Que vuestros padres usaban,
Y resisten á los siglos
Más que obeliscos y estatuas.

Sí; cuando el Cid atraviesa
Al Turia desde el Arlanza,
No fué de mármol y bronce
El padron de sus hazañas;

No nos relató sus triunfos
De Tulio y Maron el habla:
Patrio romance tan sólo,
Que en los pueblos se propaga,

Fué memorial de su vida,
Crónica de sus campañas,
Ejecutoria á sus hijos,
Y monumento á su fama.

Así el vuestro : héroes, proezas
Podreis librar de la parca;
Y cuando pueblos y reyes
A su rudo golpe caigan,

Generaciones futuras
Cantarán vuestras estancias,
Si es que libre de rencores,
Vibra sus cuerdas el arpa.

Cantad : tregua á los partidos.
¡Una y mil veces mal haya
Quien pulsa lira de encono
Bajo el laurel de la patria!

El Marqués de Molins.

ROMANCE PRIMERO.

El Ultraje.

El genio infeliz del África
Sobre las nubes se cierne ;
Y respirándo huracanes
Que el hondo abismo conmueven,
Habla con la voz del trueno
Estas palabras solemnes :
« Bravos hijos del Profeta,
Si aun en vuestras venas hierve
Sangre hermana de la sangre
Que enrojeció el Guadalete,

Sacudid el torpe sueño
Y alzad las nubladas frentes.
España yace dormida:
Que en vuestros brazos despierte.»

Dijo; y á España tornando
Los ojos que el aire encienden,
«Sultana—gritó—del mundo
El último sueño duermes:
Donde tus glorias concluyen
Tu cautiverio comience;
Que es mio tu cielo, y mia
La tierra que te sostiene;
Mio cuanto el mar esconde
Y cuanto en el campo crece;
Mio es el oro que guardas,
Mia es la plata que tienes,
Mio es el pan que te nutre,
Mia es el agua que bebes.
Por mí tus arroyos corren,
Y deleitan tus verjeles;
Por mí se alzan tus palacios;
Por mí murmuran tus fuentes.
Ocho siglos de alegría

Fueron para mí tan breves,
Que á gozarte renunciara
Por no llegar á perderte.
No hay eternidad de dichas
Que la amargura compense
De aquel suspiro, que aun vaga
Por la bóveda celeste.
Tres siglos de rabia y llanto
No hay corazon que no sequen;
Y tres siglos há que lloro
Pensando en mi España siempre.
¿No te lo han dicho las aves
Que todos los años vienen
Buscando en mi dulce clima
Abrigo contra tus nieves?
De tu libertad, sultana,
El último sueño duermes:
Mi pantera de los bosques
Contra tu leon se atreve;
Y Dios querrá y su Profeta
Que el Islam glorioso impere
Desde la Meca sagrada
Hasta el nevado Pirene.
Hijos bravos del desierto,

Alzad las nubladas frentes.
No importa que un Abraham
A un Ismael desherede,
Si hay para heredar al mundo
Diez millones de Ismaeles.
España es nuestro destino:
Dios es grande, y Dios lo quiere.»

Es fama que el triste genio
Frases tuvo tan solemnes;
Frases que hoy en el abismo
Del olvido, se sumergen,
Flotando de sangre mora
Sobre piélagos hirvientes.
«España!» fieros gritaron
Los berberiscos infieles;
Y el rencor antiguo brota,
Y los odios reverdecen.
Fija su torva mirada
De nuestro campo en los fuertes,
Lo que al valor no confian
Dan á la traicion aleve;
Y los fieles castellanos,
Que aun entre moros son fieles,

Del fronterizo enemigo
Reciben villana muerte,
Como al dormido cachorro
La astuta víbora hiere.

Cumplir del genio africano
La dulce ilusion no pueden;
Ni el África tiene Muzas,
Ni España Julianes tiene.
Allí están los que en las Navas
Mordieron el polvo leve;
Allí los que estremecidos
Del Cid ante el cuerpo inerte,
La triste vida fiaron
Al trotar de sus corceles;
Y aquí de los once Alfonsos
Lozano renuevo crece,
Y de Cides y Guzmanes
Frescos están los laureles.

Ya el África no se lanza
Contra las cristianas huestes:
Uno por uno asesina
A los cristianos de enfrente,

Si la impunidad la ayuda
Y las sombras la protegen.
¡Uno por uno! ¡Son tantos!....
Y si de su asombro vuelven,
Cobran á tan alto precio
La sangre hidalga que pierden,
Que es fuerza romper los diques
Y pelear: Dios lo quiere.

Y ciegos, porque Dios ciega
A aquellos que hundirse deben,
Ardiendo en cólera, corren
Del Riff los soberbios jeques;
Y la luz del sol se oculta
Tras nube de arena ardiente;
Y el suelo temblando besa
La alta palmera silvestre;
Y huyen las fieras, que humildes
El campo á otras fieras ceden,
Cuyo salvaje alarido
Los espacios ensordece.

Y llegan: y ante sus ojos,
De fuego infernal torrentes,

De su tierra y su dominio
El triste confin se ofrece.
« Hasta aquí » dice la piedra
En su inscripcion indeleble :
« Mas allá » gritan los bárbaros,
Y al monumento acometen;
Y la enseña de dos mundos
Al suelo en pedazos viene.

Con satánica algazara
Nuestros blasones ofenden;
Destrozan nuestros leones,
Nuestros castillos demuelen:
Del nombre español se burlan;
La santa Cruz escarnecen.
« Sultana del mundo — gritan —
El último sueño duermes;
Tus armas cayeron rotas;
Como el humo desparecen
Tus glorias; torna á mi yugo,
Cautiva del Guadalete:
El África te lo manda;
Humíllate: Dios lo quiere.»

Ciegos están por su daño
Del Riff los soberbios jeques;
Ciegos están: que Dios ciega
A aquellos que hundirse deben.
Mala os espera, muslimes:
Mirad que España no duerme.
¡Ay, si se alzan los castillos!
¡Ay, si el leon se revuelve!

Febrero, 1860.

Severo Catalina.

ROMANCE II.

Indignacion de España. — Declaracion de guerra.
— Donativos. — Aprestos.

¡Bárbaros que no valientes,
Y mas que todo, insensatos!
¿Qué infernal vértigo pudo
A infórtunio tal lanzaros?

¿Insultar la altiva enseña
Osásteis, desventurados,
Que pura y sin mancha brilla
Desde el oriente al ocaso;

La enseña, que triunfadora
De Covadonga hasta el Darro,
Os arrastró, como polvo
Que arrastra furioso el austro?

¿Pensais que ya no la guardan
Descendientes de Pelayo,
Nietos de Cides y Alfonsos,
De Jaimes y de Fernandos?

Tornad á España los ojos,
Miserables; sí, tornadlos,
Y temblareis, la tormenta
Que os amenaza mirando.

Y de guerra y de venganza,
Grito que llena el espacio,
Y que retumba en los cielos,
Escuchareis aterrados.

Lanzólo, como era justo,
El pueblo del Dos de Mayo
El primero, del ultraje
Herido como de un dardo;

Y en sus calles y paseos,
Casinos, plazas, teatros,
Iglesias y tribunales,
Oficinas, aulas, claustros,

Sólo se respira guerra,
Y vengar el desacato,
Aunque impedirlo procuren
Con sus encubiertos tratos

Los que ¡oh vergüenza! aún ocupan
De Gibraltar el peñasco,
Para envilecer á España
Con su innoble contrabando.

Los elegidos del pueblo,
Los próceres del Senado,
En pro del Gobierno acuden,
Tan patriotas como cautos.

« Saca en buen hora, le dicen,
Del taller y del arado
Millares de campeones
Que den al Africa espanto.

»No admitas sentencia ajena
Que nos tase el desagravio;
Que solo es buen juez Castilla
Para el honor castellano.

»No pienses en la riqueza,
Ni en si está el tesoro exhausto,
Porque el mas rico tesoro
Es el honor bien guardado.

»Pues si solo por guarismos
Se rigieran los estados,
Y solo á cuentas mirasen,
No hubieran salido acaso

»Pelayo de Covadonga,
Cristóbal Colon de Pálos,
De Medellin y Trujillo
Hernan Cortés y Pizarro;

»Y aun quién sabe si vivieran
De innobles canas cargados,
Velarde en su alojamiento,
Y Mina junto á su establo.

Tenga, y pronto, su castigo
El arrogante africano.
¡ Viva Isabel ! ¡ Guerra al moro !
¡ Santiago, España, Santiago !

Por los eléctricos hilos,
En presto invisible lampo,
Corre do quier la centella
Del fuego guerrero y santo.

Los que del Táder y el Júcar
Sangran el caudal escaso;
Los que dejan en sus cauces
Al Duero y Guadiana intactos;

Los que así quieren sus fueros
Allá entre los montes vascos,
Y las belicosas gentes
Que el Ebro beben y el Tajo;

Y el astur noble y fornido,
Y el versátil valenciano,
Y el que en el Bétis torea,
Y el que caza en el Moncayo;

Y el catalan industrioso,
Y el francote y leal navarro,
Y el balear y el gallego,
Y hasta el remoto cubano,

En son de guerra se agitan,
Gritando en pueblos y campos :
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!

No estéril furia los mueve,
Ni llama de fuego fátuo :
No; que en aras de la patria
Hacen ricos holocaustos.

La que en el trono se sienta,
Y que lleva el nombre sacro
De aquella que con sus joyas
Humilló ignoto Ocëano,

Tambien sus galas ofrece,
Y su vajilla y sus vasos:
Mejor que afrentas con oro,
Quiere victorias con barro.

A su ejemplo los magnates
De sus rotos mayorazgos
Aun sacan nobles presentes,
Ya que no ricos, bizarros;

Y da el labrador su esquilmo,
El menestral su trabajo,
El ganadero sus reses,
Sus corceles y rebaños,

El fabricante sus telas,
El comerciante sus cambios,
Su inspiracion el artista,
Sus soldadas el criado,

La hermosa el cendal piadoso
Que deshila con sus manos,
Y hasta el mendigo importuno
Da su miserable ochavo.

¿Y las madres?.... ¡Pobres madres!
Pagan su tributo en llanto
Al despedir á sus hijos,
De su corazon pedazos.

¿Y qué dará en su pobreza
El ministro del Santuario,
Si hasta le falta el incienso
Que eleva al tres veces Santo?....

¿Qué dará?.... la cruz de Cristo,
Talisman sublime y sacro,
Que fué salvador de Europa
En las Navas y el Salado.

Dará de Dios la palabra,
Que los rencores insanos
Que hoy nos dividen y enconan,
Deje del todo olvidados.

Dará la fe y la creencia,
Con que sin cesar lidiando,
Desde Astúrias á Granada
Nuestro suelo restaurámos;

Con que Colon venturoso
Llegó á las tierras de ocaso;
Con que Cortés en Otumba,
Con que en los Andes Pizarro

El español estandarte
Con gloria inmortal plantaron:
La fe santa y la creencia
Triunfadoras en Lepanto;

La fe santa y la creencia
Que del moderno Alejandro
Contra aquel pilar del Ebro
Hombres estrelló y caballos.

¡Ah!.... ¿Por qué la Omnipotencia
No hace conmigo el milagro
De que la nieve se funda
Que está en mi frente pesando;

Y que se siente mi planta,
Y que se afirme mi brazo,
Como un tiempo memorable
Bajo el invicto Castaños?....

Pronto el corcel ensillara,
Y con mi lanza y mi casco
Hendido de duros golpes
De otros dias y otros casos,

La extensa España corriera,
Su actitud noble admirando,
Y recorriera los pueblos,
Y bebiera su entusiasmo.

Allá están de Cataluña
Los ágiles voluntarios,
Ceñidos de sus cananas
Y con gorros de amaranto.

Esos de las rojas boinas
Son los tercios vascongados;
Fusiles llevan certeros
Que en su propio hogar forjaron.

Allí la árabe Giralda
Retiembla, viendo inflamado
Correr, cual lava del Etna,
El metal que engendra rayos.

Ya no hay distancia que baste
A poner la hueste en salvo,
Que lleva espiral estría
Dónde la vista el estrago,

Con granadas estallantes
Y cohetes inflamados,
Que á los aduares den fuego
Y á las cábilas espanto.

En Ferrol y Cartagena,
En Málaga y San Fernando,
Se alistan urcas, vapores,
Chalanas de desembarco,

Puentes, barracas y aprestos
Para establecer un campo,
Para atravesar los rios,
Para allanar un asalto.

Y retumban en los yunques
Los martillos; y el espacio
Llena el humo de la fragua,
Y las ruedas tuercen cabos;

Y actividad y faena
Y animacion y cuidado
Reinan en los arsenales,
Sin momento de descanso;

Pues aunque la sombra venga
Y la noche avance el paso,
No cesa la batahola,
Y nadie deja el trabajo.

Pero no solo se piensa
En el apresto y embarco
De instrumentos de matanza,
Baldon del género humano;

Que tambien do quier se miran
En los muelles y mercados,
Y transportarse á los buques
Que ya pólvora embarcaron,

El suculento tocino,
El durable bacalao,
Y en recuerdo de Castilla,
Indispensable el garbanzo;

Y las cecinas de cerdo
Y de buey cebon y manso,
Las unas de la Coruña,
Las otras de Candelario;

Y trigo, arroz y galleta
En pirámides de sacos,
Y la cebada y el heno
Que han de comer los caballos.

Próvida la madre patria,
Bendiciendo á sus soldados,
Les da entre caricias tiernas,
Como á sus hijos mas caros,

Cruces, reliquias, vendaje,
Y azúcar sabroso y blanco,
Y café que los preserve
Del terrible mal indiano;

Y tiendas que los guarezcan
En aquel clima tan malo
De los turbiones de invierno,
Que el suelo torna en pantanos;

Y completos botiquines,
Artolas, camillas, carros,
Que transportan al herido,
Y dan aliento á los sanos.

¡Al herido!.... Yo tambien,
De Ocaña por los collados,
Con el licor de mis venas
Regué los laureles patrios:

Y hoy en cárcel de dolores,
Por la vejez amarrado,
Con mi lira solamente
El marcial grito acompaño;

Miéntras que mi nietezuelo
Hace mi baston caballo
Y dice que va á la guerra
De moros y de cristianos.

Sí, mi bien, crece y confía
Ver más feliz, á mis años,
La dicha que yo no he visto
Y mis abuelos lograron:

Ver unida á nuestra patria
Por *Isabel* y *Santiago*,
Y el pendon de Zaragoza
En Fez y en Tánger clavado.

Y tú, mi Señora y Reina,
No mires este presagio
Como delirio de enfermo,
Y cuento de veterano.

El Duque de Rivas.

ROMANCE III.

Marcha sucesiva de varios cuerpos de ejército á Algeciras, Málaga y Cádiz.—Noticia de los respectivos caudillos. —O'Donnell nombrado general en jefe.

De dulce paz la esperanza
Para la Iberia se anubla;
Que el moro mendaces tratos
Urde con villana astucia.

A la española hidalguía
No cuadran falaces burlas,
Y los engaños la ofenden,
Cuál la irritan las injurias.

Largas pide el africano,
Y antigua amistad abulta:
Largas pide, que le niega
El honor mismo que adula.

La paz esperanza es vana;
Que el grito de guerra zumba
Desde Gádes al Pirene,
De Barcino á Pax-Augusta:

Y quien el seno á la tierra
Abre, quien maneja gubia,
Quien bate ferrado yunque,
Quien mueve industriosa aguja;

Y los que animan el bronce,
Los que el sonido modulan,
Los que ser al lienzo infunden,
Los que dan lengua á la pluma,

¡Guerra y venganza! repiten;
Y ¡Venganza y guerra!.... escuchan
Del Cid y Fernan-Gonzalez
En las veneradas tumbas.

El noble grito en las auras
Llega á la morada augusta;
Y en los ricos artesones
Que esmaltan áureas molduras,

Y en las bóvedas que ostentan
De imaginacion fecunda
Tesoro inmenso, do el arte
Sus maravillas apura,

Centuplicado resuena;
Y cual centella trisulca
Que revienta en las montañas,
En sus cimientos retumba.

El leon de España sacude
La espesa crin guedejuda;
Lanza aterrador rugido;
Las zarpas tiende robustas;

Y del trono conmoviendo
Las diamantinas columnas,
Súbito á Isabel despierta,
Y ¡Guerra al infiel! le anuncia.

Lo oyó Isabel. En su pecho,
Que Dios á lo grande impulsa,
Brota clarífica llama
Que la mente egregia alumbra;

Y en patrio fuego encendida,
Recuerda que allá en la cuna,
En misteriosos cantares,
Historias oyó confusas

De cristianos y de moros,
Donde otras reinas fulguran
Como soles, humillando
De Ismael la raza espúria.

La gloria de Berenguela,
Que dió cosecha fecunda
De grandezas á Castilla,
Y Dios bendice en su altura,

Delante ve, y de Fernando,
Cuya invicta espada asusta
Al islamita, y su imperio
En llanto eternal sepulta,

Las prodigiosas hazañas,
Que de Córdóba y de Andújar,
Y de Jaen y Sevilla
Rompen la infernal coyunda.

Despues anima en su mente
La excelsa y noble figura
De aquella gran madre y reina,
Que dos veces Dios exulta,

Y que al undécimo Alfonso,
Mientras denodada lucha
Con ambiciosos traidores,
Para ser gigante educa.

Y el triunfo ve del Salado
Que al de las Navas emula,
Y aquella ley de *Partida*,
En que su trono se funda.

Y recuerda al par que es reina
Y madre tambien; y duda
Ser del Señor la elegida,
Y se estremece y se angustia.

Mas pasa, cual leve sombra,
Aquel dolor que la ofusca,
La gran Reina recordando
Que su propio nombre ilustra;

Y otra vez arde su mente,
Y que está delante juzga
Aquella ínclita matrona
En quien Dios pone y agrupa

Las mas altas perfecciones
Y las virtudes mas puras,
Para unir con firmes lazos
Muchas naciones en una.

Su voz dulce y majestosa
En el corazon escucha,
Y que «¡al África!» le dice:
«Isabel, ¿por qué fluctúas?....

Si gloria inmortal pretendes,
La grande empresa segunda
Que, al morir, legué á mis hijos,
Porque es santa cual ninguna.»

De la Católica Reina
Las palabras la estimulan;
Y crece su ardor, pensando
Lograr tanta gloria junta.

Y á sus plantas ve rendida
La bárbara media luna,
Y que el africano imperio
Dios con su mano derrumba.

Lo ve, y henchida de gozo,
Que da fecundante lluvia
De perlas á sus mejillas,
Sublimando su hermosura,

Ante la divina imágen
De Jesus, con fe profunda,
De rodillas se prosterna
Y estas palabras pronuncia:

«Oh tú, Dios omnipotente,
A cuya justicia suma
Los altos montes se humillan,
Los hondos valles se encumbran;

»Tú que la régia corona,
Que á los mortales deslumbra,
Sobre estas sienes pusiste,
Que tan alta gloria abruma:

»Haz, Señor, que verdad sea
Cuanto mi pecho preludia,
Y que por tu santo nombre
Bajo mi cetro se cumpla.

»Y ya que á otra reina diste
La perdurable ventura
De avasallar en Granada
La estirpe que Abraham repudia,

»Concede á tu humilde sierva
Domar su protervia astuta,
Y que al África mi mano
La antigua fe restituya.»

Dijo—En tanto los caudillos,
En cuyo valor y en cuya
Pericia el honor de España
La patria y la reina escudan,

En noble saña encendidos,
Contra el bárbaro que insulta
Las españolas banderas,
En son de guerra se juntan.

Tódos sus egregios nombres
Con timbres claros ilustran,
Y el vario laurel de Marte
Sobre la sien acumulan.

Pero entre todos se ostenta,
Mostrando grata dulzura,
Que esconde un pecho de roca
Donde el miedo no entró nunca,

El intrépido guerrero
Que el hierro de Cataluña,
Como en Oriente, despierta,
Y á Roger de Lauria anubla.

Hay á su lado otro Conde
De faz tranquila y adusta,
Cuya victoriosa lanza
Rayo fué siempre en la lucha;

Y á par eleva la frente,
Grave un tiempo, ora ceñuda,
El que de Almina en el lauro
Sus nuevos blasones funda.

Allí el animoso vasco
Está, que el florido Turia
Entusiasmado abandona,
Porque triunfos mil augura;

Y sobre todos campea,
Como la encina robusta
Que alzados montes domina
Y huracanes recios burla,

El vencedor de Lucena,
En cuyas venas circula
De la católica Irlanda
Sangre, que España fecunda.

Profundo silencio reina,
Do el ojo avizor barrunta
La tempestad que en los pechos
Comienza á bramar oculta.

Al cabo, sereno el rostro,
La voz firme y resoluta,
Así el conde de Lucena
Sus pensamientos formula:

« La patria, ilustres guerreros,
Favor os pide y ayuda,
Para vengar los ultrajes
De la berberisca chusma.

»Bien sé que no hay en España
Quien tal vilipendio sufra,
Ni corazon tan menguado
Que al grito de honor no acuda;

»Mas como encubiertas llamas
Aún se alimentan y duran
De las civiles discordias,
Con que Dios nos atribula,

»Por la Patria y por la Reina
Aquí mi labio os conjura,
Para que ahogueis generòsos
Antiguas ofensas mutuas.

»¡Ahogadlas!.... que el de Marruecos
Satisfacernos rehusa;
Pues tal vez pérfido amigo
Le concita con fe púnica.

»Haya una sola bandera,
Puesto que la patria es una;
Y ya que á guerra nos llaman,
En sangrienta lid sucumban.»

—¡Guerra, guerra al africano!
Cien voces repiten juntas;
Y una entre todas se eleva
Que así prosigue sañuda:

«Traidor será ¡vive Cristo!
El que viles tramas urda;
Y ¡ay del que, sin Rey ni Roque,
Aquí dentro arme trifulcas!

»¿Guerra quiere España?.... ¡Guerra!....
Hasta que Marruecos se hunda,
Y del Peñon los piratas
De envidia imiten á Júdas!

»¡Por san Jaime, vía fora!
Hablen del hierro las puntas.....
Y triunfarémos; que España,
Como ella lo quiera, triunfa.»

Calló, y otra voz añade,
Templada un tanto y sesuda:
«Dios nos envia esta guerra;
Nuestra no ha sido la culpa.

»¡Sea mil veces bendita,
Si la interna paz añuda,
Y si á los hijos de Iberia
Para su bien mancomuna!

»Con nobleza desdeñemos
Las amistades intrusas:
La sangre á tiempo vertida
Gloria sin fin reditúa.

»¡Oiga estos hidalgos votos,
Y en su pecho los esculpa,
La perínclita matrona
Que el cetro español empuña!

—«¡A palacio! Sí; ¡corramos!
¡La guerra es santa y es justa!»
Todos á una voz prorumpen,
Y venganza todos juran.

Anchas calles atraviesan
Entre populares turbas,
Que en el noble pecho sienten
El aguijon de la injuria;

Y del alcázar augusto
Los altos umbrales cruzan,
Y en la cámara penetran
Que la Majestad ocupa,

A tiempo que en santo celo
Ardiendo Isabel Segunda,
Postrada al Dios humanado
Eleva ferviente súplica.

En los ofendidos rostros,
En la bélica apostura,
Que hondo respeto compone,
Cortés atencion regula;

Discreta Isabel, la saña
De sus guerreros vislumbra,
Y el placer brota en su pecho
Y su corazon inunda.

—»Mi Dios y mi pueblo, exclama,
Al par me alientan y ayudan!
—Hasta morir en la empresa!
En una voz articulan.

—«¡Sea!.... repone. Iracundo
El leon de España ruja,
Y al sacudir de sus garras,
Su antiguo aliento descubra.

»Y vosotros, capitanes,
A quienes dió la fortuna
Vencer sangrientas batallas,
Calmar fratricidas luchas,

»Desplegad la ínclita enseña
Que alzó Pelayo en Astúrias:
Ángel será de exterminio
Que muerte y victoria anuncia.

»Guion fué de nuestros padres
Por ocho amargas centurias;
Pero al fin, sol sin ocaso,
Entrambos mundos sojuzga.

»¡Corred, pues!.... que ya ganosos
De lid, con afan os buscan
Los que por la patria ofensa
Vengador hierro desnudan.

»¡ Acaudilladlos!.... y bajen
De las ásperas fraguras
Del nevado Pirineo
Cuantos sus valles fecundan.

»Bajen los que el Bruch coronan
De sus erizadas puntas,
Y los que las aguas beben
Del Llobregat en las urnas.

»Armados tambien, desciendan
Cual torrente á la llanura,
Los que en la Peña-Horadada
Al árabe abrieron tumba;

»El cántabro belicoso,
Que la fama perpetúa
De los que á la altiva Roma
El sacro laurel enlutan;

»El sobrio astur, que en sus breñas
La monarquía caduca
De Recaredo trasforma,
Dándole más noble cuna;

»Y los que al fiero normando
Que el Occidente conturba,
En los montes del Cebrero
Cortan la triunfante ruta,

»Desciendan..... Y las alzadas
Crestas de eternal blancura
Que en Ponferrada y el Bierzo
Guardan las hiemales brumas;

»Los siempre fértiles campos
Do granada mies ondula,
Y en cada colina un triunfo
De la santa Cruz divulgan,

»Sus bravos hijos envíen,
Que la hambrienta espada aguzan,
A cortar moras gargantas
Un tiempo avezada y ducha.

»¡ Volad, sí ! que ya mis ojos
Honda agitacion columbran,
Do las nieves del Moncayo
Al Ebro el cristal enturbian.

»Ya las risueñas regiones
Que dan palmeras y murtas,
Y copudos naranjales
De dulce aroma perfuman;

»Y las que aurífero Tajo,
Ceñido de verde juncia
Y en caz hondo sumergido,
De un confin al otro surca;

»Las que de pingües viñedos
Cubren sus llanos y honduras,
Al granate y la esmeralda
Venciendo en pámpanos y uvas;

»Y las que sagrada oliva
Miran en las ondas puras
Del Bétis, que por verjeles
De nardo y jazmin susurra,

»Todas, las armas blandiendo,
Por sus caudillos preguntan,
Y en patrio amor inflamadas,
De tardanza nos acusan.

En marcial ardor encienden,
Y contra el moro iracundas,
Lides ansiando, las llevan
A las costas andaluzas.

Ya de Algeciras acampan
En las frondosás llanuras,
Que el vencedor del Salado
Limpió de cizaña inmunda;

Ya las sagradas almenas
Que heróica sangre purpura,
Dando á Guzman prez de BUENO,
Con veneracion saludan;

Ya de Sevilla trasponen
Los chapiteles y agujas,
Y de la fenicia Gádes
Miran las romanas cúpulas.;

Y ya, en fin, de Gibralfaro
Bajo las torres morunas,
Belígeras tiendas plantan
Que nueva ciudad simulan.

Hierven los distantes campos
En inquieta alegre bulla,
Pues mas que á sangrientas lides,
Que van á zambras figuran;

Mas entre sabrosos cuentos
De trasgos, duendes y brujas,
Entre ingeniosos cantares
Y salpimentadas burlas,

Que leves danzas sazonan,
Que agitan nativas músicas,
Sólo una señal esperan
Que el jovial ocio interrumpa.

Y se escuchó..... El portentoso
Hilo que el orbe circunda,
Y mares, razas, naciones,
Suprime, compendia y junta,

Habló, y supieron las huestes
Que doña Isabel Segunda
Al vencedor de Lucena
Da la suprema conducta.

Rápido carro de fuego,
Que á las miradas se hurta,
Salvando inmensos torrentes
Y atravesando espeluncas,

De la Reina al elegido,
Entre aclamaciones y *hurras*
De aldeas, villas, ciudades,
Lleva á las playas hercúleas.

Á su presencia se allana
Cuanto el temor dificulta,
Pues su voluntad de hierro
A lo humanal sobrepuja.

Víveres, caballos, armas,
Municiones, naves, fustas.....
Todo á su querer parece
Que nace de entre la espuma;

Y aliento tan vivo infunde,
Enciende tanta bravura,
Que los guerreros son Cides
Y Gonzalos los reclutas.

Y entre aprestos y esperanzas
De las hazañas futuras,
Que en la ardiente fantasía
Ve cada cual y ejecuta,

Es fama que de la noche
Rompiendo la parda bruma,
De Tarifa en las almenas
Extraña vision columbran.

Sus robustos hombros cubre
Rica y esplendente púrpura,
Y su cabeza cobija
La ferrada caperuza;

El tresdoblado perpunte
Un cinto de cuero ajusta,
Y del costado derecho
Pende una vaina vïuda.

Espada blande su diestra
Que á largas millas relumbra;
La roja cruz de Castilla
En la siniestra fulgura.

Su voz, que el trueno semeja,
El hondo silencio turba,
Y con anticuado acento
Estas razones murmura:

«Hijos, dice, los mis hijos,
Dios que en vosotros aduna
El puro amor de la patria
Y la fe sencilla y pura,

»No consiente que la ofensa
De vuestro honor quede inulta;
Y quiere que en vuestros pechos
Santa indignacion se nutra.

»Él, que aniquiló las tribus
De la raza masamuda;
Él, que á los Beni-merines
En esos valles sepulta;

»Él, que en mi pecho de padre,
Contra la traicion impura,
Del mártir puso y del héroe
Las raras virtudes juntas:

»Él vuestra empresa bendice
Y os abre la Libia inculta,
Para que el santo Evangelio
Sobre el Coran se difunda.

»Levad las pesadas anclas;
Romped las ondas cerúleas;
Y vuestros aceros cobren
Deudas de Taric y Muza.

»Fiad en Dios..... y si el trueno
Sobre vuestra frente zumba;
Si abiertas las cataratas
Del cielo, otra vez diluvia,

»Alzad el pecho : Dios cendra
En tal crisol sus hechuras;
Pero á quien su fe mantiene,
No le desampara nunca.

»Mantenedla, y serán humo
Del bárbaro infiel las furias,
Llano sus crespas montañas,
Verjel sus hondas lagunas.

»Hijos, mis valientes hijos,
¡Sús!.... la victoria es segura:
Si África tiene Almanzores,
España tiene Machucas.»

No dijo más: sus acentos
Repiten montes y grutas,
Y del Guadalhorce á Cádiz
Triunfales glorias auguran.

Y se alcanzaron..... Mas cese,
Cese aquí mi lengua ruda:
Que tan altos hechos cantan
Más afortunadas musas.

José Amador de los Rios.

ROMANCE IV.

Llega á oidos del Emperador de Marruecos el rumor de la guerra. — Preséntase el Khathyb al Emperador y le anuncia la invasion.— Celos del Sultan con el tio pretendiente. — Envia á su hermano Muley-Abbas á levantar las cábilas y reunir el ejército.

El redoblar de tambores,
Las músicas que ensordecen,
Las llamadoras cornetas,
Los clarines estridentes,

La marcha de los infantes,
El correr de los jinetes,
El rodar de las cureñas,
El clamor de inmensa hueste,

Y los vítores de un pueblo,
Tan cortés como valiente,
Que paga visita al moro
Por cuentas de honor que él debe,

En las playas andaluzas
Forman eco tan solemne,
Que hace estremecer los montes,
Hasta las nubes trasciende,

Del estrecho gaditano
Turba las olas bullentes,
Y por la africana tierra
Corre, difúndese y crece.

En el palacio retumba,
En donde Sid Mohammede,
Sobre persiana alcatifa,
Bajo imperiales doseles,

Entre búcaros de flores
Y aromáticos pebetes
Mira distraido el Átlas,
Que allá á lo léjos parece.

Mohammed, sultan celoso,
Que al trono marroquí asciende
Sobre manchas de la sangre
Que sus gradas enrojece,

Por un deudo disputada
La corona de sus sienes,
En cuanto oye el son de guerra,
Lánzase á los ajimeces.

No los jardines registra
Su inquieta mirada ardiente;
No cuida aspirar esencias
De azahares y claveles,

Ni ver la festiva danza
Que sus esclavas previenen,
Ni escuchar modos de Jonia
En los morunos rabeles:

A más lejanos rumores
Parada la atencion tiene,
Enarcadas ambas cejas,
Como el ébano lucientes,

Fijos los ojos, echados
Sobre la espalda los pliegues
Del blanco albornoz, un puño
Puesto en la gumía, y muelle

La otra mano en el turbante,
Como llamando al ambiente,
Para que traiga á su oido
El son confuso de allende.

¡Guerra! figúrase que oye
Por donde el dia amanece;
¡Guerra! á la parte en que Orion
Rico en tormentas esplende;

¡Guerra! hácia el frio Bootes;
¡Guerra! hácia el mar de Poniente;
Y él propio gritando «¡Guerra!»,
Del ajimez desparece.

Retumbó el grito en los techos
Del palacio, y sus paredes
Retemblaron, de la estancia
Abriéndose los canceles.

El Khathyb súbito en ellos
Se presenta; duda, teme,
Cruza los brazos, se humilla,
Dice : «¡Señor!.... » y enmudece.

Entonces Mohammed : «Habla :
¿Qué es ese rumor rebelde
Que de Sahara hasta Alibe[1]
Al hijo de Omar conmueve?

»Al hermano de mi padre
Ya inspiró Thàgut[2] dos veces.
¿Vuelve á asaltar de mi trono
Los nítidos escabeles?

»Khathyb, ¿qué dice el Nebí[3]
Mahoma, á quien Dios conserve?
—Grande es Dios. Cuando naciste,
La luna entraba en creciente;

»No rodaron las estrellas
Por las alturas celestes;
No en la tierra se mordieron
Los leones ni las sierpes[4].

»¡Ay! las contiendas civiles
No traerán el *ias* de muerte [5].
Pero, Sultan, recordemos
La patria de los Gomeles.....

—¿Qué quieres decir?—Que España
Ha alzado en tropel su gente;
Que el rumor que nos aturde,
Arranca de sus bajeles;

»Que apellidando venganza,
Llega con bélicos trenes,
Y que el boquete de Anghera.....
—¡Maldito sea el boquete!

»Mas no es posible; en España
Cabil y Habil [6] se acometen.....
—Dice el invento de Amrú [7],
Que ya no hay discordia aleve.

—¿Y aun tienen Cid, aun Gonzalos?
—Un emir O'Donnell tienen.
—¿Y aun reinan Jaimes y Alfonsos?
—Aun reinan las Isabeles.

—¿Eres profeta de males?
—Cumplo, Sultan, mis deberes.
—Haré rodar tu cabeza,
Khathyb, si me estimas débil.

—No quiera Alá que te agravie;
Mas no estés, Señor, inerte.
¡A las armas! ¡Al combate!
¡Alíate, lucha, vence!

—¡Vive el Rhaman! Pues venzamos:
¡Mil triunfos á los berberes!
Predíquese guerra santa;
Que ayuden los de Manchéster.

»Khathyb, dispon, corre, vuela:
Serán mis hermanos jefes:
¡Que no levante hoy sobre ellos
El astro de Isly su frente!»

Dijeron ambos: al punto
Se oye á la africana plebe
Agitarse rebullendo,
Cual la mar que en tumbos crece;

Ó como en dias estivos
Se agitan maduras mieses,
Víctimas de la tormenta
Que domina de repente.

Repuéblanse las mezquitas;
Se oyen azalas [8] fervientes,
Que repiten : « ¡Dios es grande!
¡Exterminio á los infieles! »

Hierven por campos y plazas
Califas, imanes, jeques;
Do quier bullicio; do quiera
Correr, trepar, revolverse.

Hunde la madre á sus hijas
En recónditos albergues;
Errante Judá sepulta
Su tesoro en mil dobleces.

Ya llega Muley-el-Abbas,
Ya acude Muley Ahmete,
Hermanos del imperante,
Comandando fieras huestes.

A sus voces se levantan
Las cábilas mas rebeldes;
Por aquí vienen las unas,
Por allá las otras vienen.

Las del Riff, que desentierran
El cañon que acaso lleve
De fundidor europeo
Marca en latino membrete;

Los amazighs y tuarics;
Los negros de brazo fuerte,
Esclavos de los esclavos
Que pueblan la Nubia ardiente;

Los que en barrancos y quiebras
Beben derretida nieve;
Los de Fez, los de Mequínez,
En alígeros corceles;

Y en pos de mil y mil otros,
Los membrudos montañeses
Que en pedernales del Átlas
Aguzan hierros crueles.

¡Cuánto nubarron de polvo
El suelo de Africa envuelve!
¡Qué de esperanzas que nacen!
¡Qué de recelos que mueren!

Alá, el Profeta, la patria
Entusiasman al creyente;
Ya es todo valor, ya es brio
En la Mauritania fértil.

No hay corazon que no lata,
No hay brazo sin arma ingente,
No hay puñal que no se afile,
No hay espingarda que huelgue.

¡Ay! allá va la algarada,
Y adusto furor la impele
Del español al encuentro,
Que busca su honor indemne.

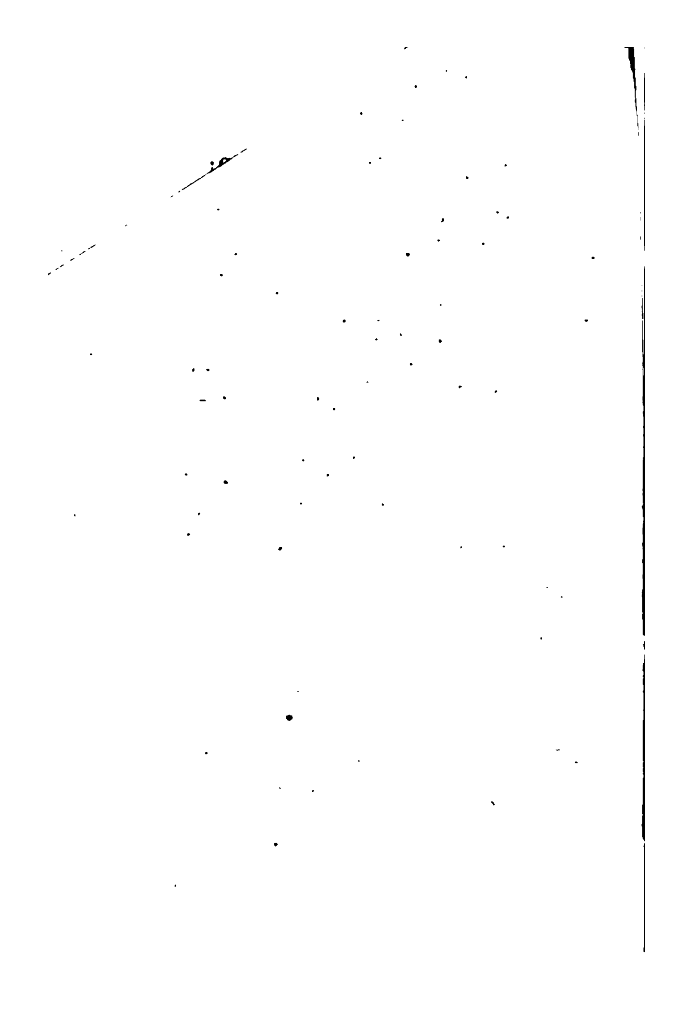
Si aquella es fiera y terrible,
Sereno y altivo es este:
¡Ay de los montes y valles
En donde entrambos se encuentren!

¡Iberia! ¡Patria
Dios te acorra y te p
Dios á tu justicia aten
Defiéndala como siempı

¡Avanza! ¡Adelante! ¡A.
¿De quién serán los reveses ı.
No en Ceuta, Señor, hoy pongas
El raudal del Guadalete.

Oye de mi Reina el voto
Y de tu pueblo las preces,
Y haz que modernos Herreras
Canten cristianos laureles.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.



ROMANCE V.

Sentimiento religioso del pueblo español. — La Reina se despide del general O'Donnell, poniéndole al pecho las reliquias de los Santos Patronos de España.

¿Adónde van esas madres
En triste llanto deshechas,
Suspiros al aire dando,
Que triste el aire remeda?

¿Qué busca la tierna esposa,
Qué busca, que no lo encuentra
Ni en el ¡ay! con que pregunta
Ni en el ¡ay! que le contesta?

¿Qué penas llora tempranas
La hermosísima doncella,
Fatigando sus mejillas
Al peso de tànta perla?

¿Por qué esa anciana que llora,
Y esa jóven que se queja,
Y esa niña que suspira,
Al cielo su vista llevan?

¿No son ellas las que há poco,
Lanzando gritos de guerra,
Corrieron alborozadas
Por calles y por plazuelas?

¿No es esa madre que llora
La que, tranquila y risueña,
Dió la bendicion al hijo
Para que el primero fuera
A combatir contra el moro
Por su patria y por su Reina?

¿No le recordó ella misma
Las hazañas y proezas

De los que, al morir lidiando
En las africanas tierras,
Conquistaron con su sangre
La fama imperecedera?

¿No es esa afligida esposa
La que, alegre y satisfecha,
Se despidió del soldado,
Pidiendo á Dios que le diera
La vida con la victoria,
O la muerte con la afrenta?

Y el que corrió voluntario
A alistarse en la banderas,
¿No oyó, miéntras disponia
Las armas para la guerra,
Las cien distintas batallas
Que, en romances y leyendas,
Su amada le repetia,
Porque su arrojo creciera,
Y fuese un nuevo Guzman,
Y un Cid, y un Antonio Leiva,
Y más que Pedro Navarro,
Y más que Diego de Vera,

Y en fin, un héroe mas duro
Para machucar cabezas,
Que el mismo Vargas Machuca,
De quien las historias cuentan,
Que de cada cuchillada
Rebanaba una docena?

¿No le dice esto la niña
Al hombre que su alma lleva?
¿No aconseja así la jóven
Al esposo por quien pena?
¿No le manda eso la anciana
Al hijo que va á la guerra?

Pues si hablaron así todas
Alegres y placenteras;
Si cuando del moro tratan
Y cuando en el moro piensan,
Ultrajes de siete siglos
En su sangre se renuevan,
¿Por qué suspiran, si aún
No ha empezado la pelea?

¡Pobres mujeres!.... no lloran

Porque la lucha se acerca;
No lloran porque se vayan
Sus queridos á la guerra.
Ese llanto que ahora asoma
Há tiempo oculto le llevan,
Y en su pecho le secaban
Porque al rostro no saliera,
A quebrantar del soldado
La varonil entereza.

Esas lágrimas que vierten
No son lágrimas de queja;
Son lágrimas de esperanza,
De la fe cristianas perlas.
Es el rocío del cielo
Que del Gólgota se eleva,
Y en nubes de serafines
Se esparce sobre la tierra,
A ensanchar los corazones
Presa de humanas dolencias.

Por eso, miéntras la madre
Al hijo en su seno estrecha,
Besa con fervor la estampa

Que al pecho del hijo cuelga:
Y á la Madre de las madres,
A la Reina de las reinas,
A la Bendita entre todas
Las mujeres de la tierra,
Le suplica que acompañe
Al hijo que su alma lleva;
Y que el santo escapulario
Le ilumine y le proteja,
Si es que ha de verter su sangre
Por su Dios y por su Reina.

Esto las madres le piden
A la celestial Princesa;
Esto piden las esposas,
Esto piden las doncellas.

Así, la primer victoria
Que alcancen nuestras banderas,
Será inútil pregonarla
Por calles ni por plazuelas,
Que no están allí las madres
De los héroes que pelean.

En los templos del Señor
Es donde el cristiano encuentra
Abrazadas al Pilar
Las madres aragonesas;
Postradas las castellanas
Al pié de la Carballeda;
En la Vírgen del Camino
Pidiendo las leonesas,
Que el camino de la gloria
Lleve á Fez nuestra bandera;
Las asturianas subiendo
Aquella altísima peña,
Donde el santo rey Pelayo
Arrojó el grito de guerra,
Al pié de la Santa Imágen
Que Covadonga venera;
En Atocha y la Paloma
Orando las madrileñas;
Las catalanas templando
En el Montserrat sus penas;
Y en la Montaña, en el Cármen,
En el Rosario, en la Cueva,
En la Fuencisla, en Begoña,
El Sagrario, la Almudena

Y las Ermitas, y en todos
Los santuarios é iglesias,
Que cien tradiciones guardan
Y cien misterios encierran;
Allí están las andaluzas,
Allí están las extremeñas;
Allí las mujeres todas
A la Madre de Dios rezan,
Para que de Dios alcance
Que á los soldados proteja;
Y si el Señor ha dispuesto
Que su sangre y vida pierdan,
Que se haga su voluntad
En el cielo y en la tierra.

Y en tanto que las mujeres
Ante las Vírgenes rezan,
Y en Dios su esperanza ponen,
Y á Dios la suerte encomiendan
De los que á lidiar se lanzan
Por su Patria y por su Reina;

El elegido entre todos
Por capitan de la empresa,
El paladin que recoge,
Por mandato de su Reina,
El guante que han arrojado
Ante los muros de Ceuta
Los que por su mal olvidan
Que el leon de España despierta
Siempre que toca á rebato
La campana de la Vela;
Ese adalid venturoso
En el régio alcázar entra;
Y al golpe de la alabarda
Que sacude el centinela,
Los leones de Castilla
Que defienden la escalera,
Parece que han sacudido
Su formidable melena.
Y tiemblan los sarracenos
Que en la bóveda se ostentan,
Cual si á sus desnudas carnes
Con nuevo vigor ciñeran
Los hierros de cuatro siglos
De su afrentosa cadena.

El guerrero alza la vista,
Y absorto un punto contempla
Con religioso respeto
Las glorias que allí reflejan
Colon, Cisneros, Gonzalo,
Sombras que Isabel primera
Puso en derredor al trono
De la Segunda Isabela.

Y conmovido y turbado,
Aunque con frente serena,
Los régios salones pasa,
Y entra en la cámara régia.

Las damas y caballeros
A saludarle se aprestan;
Y el gentil-hombre de guardia
Corre á anunciar á la Reina
Que para besar su mano
Está aguardando licencia,
Armado de todas armas,
El buen conde de Lucena.

Y una y otra estancia cruza,

Y en ricos salones entra,
Donde en fantásticas luces
Queman las flores su esencia,
Empañando con su aroma
Los pórfidos y las sedas,
Que entre filigranas de oro
Visten la morada régia.

Y en vano en los gabinetes
Del lujo y de la riqueza
Busca inquieto el cortesano
A la segunda Isabela,
La señora de dos mundos,
La que entre sus reinos cuenta
Regiones que el sol no alumbra,
Sin que se canse al correrlas:
En un rincon del palacio,
Adonde jamás penetra
Ni el ruido de la lisonja,
Ni el humo de la grandeza,
Humildemente postrada,
Con las rodillas en tierra
Ante la Madre de Dios
Está la Madre y la Reina.

Los deberes del Monarca
Hacen que el rezo suspenda,
Y en union del régio esposo,
Que junto con ella reza,
Corre á encontrar al guerrero,
Que con la rodilla en tierra,
Licencia á su Reina pide
Para partir con presteza
A ser rayo contra el moro
Que humilla nuestra soberbia.

Pocas, muy pocas palabras
Dice al caudillo la Reina,
Pero es que hablan más sus ojos
De lo que calla su lengua.

Es que en su hermoso semblante
Se pinta una historia entera,
De valor y de ternura,
De piedad y de entereza.

Es que Alfonsos y Pelayos,
Fernandos y Berenguelas,
Su fe y su valor cedieron

A tan ilustre heredera.

Es que el azul de sus ojos
Es faro de la fe ciega,
Es lumbre de la esperanza,
Es luz de la inteligencia;
Es el «mas allá» que el cielo
Concedió á Isabel primera,
Para que un mundo soñara
En desconocidas tierras.

No habla la Reina al guerrero,
Porque harto su llanto expresa,
Y harto sus miradas dicen,
Y harto sus mejillas cuentan,
Que ha llorado como madre
Despues de obrar como Reina.

Así, alzando hasta sus brazos
Al que á sus piés se prosterna,
Y estrechándole la mano
Con una bondad extrema:
«Adios, le dice, Dios solo
Es árbitro de la guerra,

Vino á sufrir á la tierra,
Te dé fuerzas cuando sufras,
Y caridad cuando venzas.»

No puede seguir hablando
Más tiempo la noble Reina,
Que el llanto anubla sus ojos
Y el llanto embarga su lengua.
Y despidiendo al soldado,
Que del palacio se aleja,
Y en alas de fuego corre
Hácia las playas de Ceuta;
Con sus damas se retira,
Y en una estancia secreta,
Largas horas de la noche
Pasa la Señora en vela.

Pero el ocio no consume
Ni á las damas ni á la Reina;
Y en tanto que unas se afanan
Por deshilar trapo y telas,
Para restañar la sangre

Que ha de correr en la guerra,
Y otras vendajes preparan
Con que aliviar las dolencias
De los héroes mutilados
Que á honrar á su patria vengan,

Isabel Segunda graba
Por sus propias manos régias,
Con hebras de plata y oro
Sobre damasquina seda,
Una imágen de María,
Que, siendo gloriosa enseña
De las tropas españolas
En las africanas tierras,
El guerrero más osado,
El que más fortuna tenga,
La coloque en la Alcazaba
De la ciudad agarena,
Como el cárdenal Mendoza
Puso ante Isabel primera,
El estandarte y la cruz
Sobre las Torres Bermejas.

ANTONIO FLORES.

ROMANCE VI.

Pasa Echagüe el Estrecho el dia de la Reina.— Ocupa el Serrallo, y se fortifica en él.— Las cábilas caen sobre él en inmenso número, y aislado por el temporal no puede ser socorrido por el grueso del ejército, que se impacienta en la orilla opuesta. — Rechaza á las cábilas, y es herido.

Por las siempre inquietas aguas
Que dos grandes mares juntan,
Y á nuestra Europa dividen
Del África infiel y ruda;

Donde en la española costa
Descuella la peña adusta
En cuyas cumbres ¡oh mengua!
Pendon extranjero undula,

Lanzando penachos de humo,
Que en partes el cielo anublan,
Y formando con las proras
Inmensos copos de espuma,

La poderosa corriente
Cortando, gallarda, surca
La armada que en sí de España
Lleva el honor y fortuna.

Bien escogido está el dia
De dar principio á la lucha,
Que el tronar de mil cañones
A un tiempo alegre saluda.

A una Isabel, reina y santa,
Culto hoy la Iglesia tributa,
Y culto hoy España rinde
A su soberana augusta,

Recordando á otra Isabel,
Tierna y heróica figura,
Que en nuestros patrios anales
El lugar primero ocupa.

Ya el África, en dia infausto,
De cristianos héroes tumba,
Y ahora campo que promete
Prez y victoria seguras,

Oye los ruidosos vivas
Que en algazara confusa
De las españolas huestes
El temido arribo anuncian.

Ya toman puerto las naves;
Gozosa á la amiga turba
Recibe Ceuta, y al moro
Con reto orgulloso insulta;

Reto, que al fiero agareno
Admira, irrita y conturba,
Abrasando el infiel pecho
Loca fanática furia.

No con la fuerte muralla
Ahora el español se escuda,
Que á su feroz enemigo,
Valiente en el campo busca;

Y el límite contestado
En larga ociosa disputa
Pisa y salva, y con las armas
A dilatar se apresura.

En la tostada campiña,
Tierra, si feraz, inculta,
Álzase tosco edificio
De bárbara arquitectura,

Que de lejano palacio
El soberbio nombre usurpa,
Gloria un tiempo, ahora marchita,
De las otomanas lunas;

Nombre, que en usos vulgares
Se aplica á la cárcel dura,
Que á las mahometanas hembras
Guarda, y en vida sepulta.

Al ocupar del Serrallo
Las pobres salas desnudas,
Tal vez las puebla el cristiano
De soñadas hermosuras,

Y de Fátimas y Zaidas
Las sombras, que el aire cruzan
Cree ver, y de sus pisadas
Señal descubrir procura;

Y de cristianas beldades
Noble redentor se juzga;
Incentivo que á la lid
Como galan le estimula.

En tanto el fuerte caudillo,
A quien cabe la honra suma
De ser primero en la guerra
Que tanto á su patria ilustra,

El bizarro vascongado,
Si de edad aun no madura,
Bien probado en los combates
Del país que fué su cuna,

Vigilante, cuanto osado,
En su puesto se asegura,
Levantando altas trincheras,
Y abriendo zanjas profundas;

Y prepara sus cañones,
Y adelanta sus escuchas;
Que en los campos de batalla
La precaucion es cordura.

Bien su prevision le aviene,
Que ya rabiosas se adunan
De bárbaros sarracenos
Las gavillas furibundas.

Vienen: tremendo rüido
Primero lejano zumba.
Llegan; y cuando acometen,
Cual canes, braman y aullan.

De salvajes es su aspecto;
Torpe su presencia y súcia:
Todo en ellos es extraño,
Y al par que espanta, repugna.

A tan formidable aspecto,
Que en otra lid no vió nunca
Aún el español soldado,
Lleno de horror se espeluzna.

Mas si admira, no vacila;
Se horroriza, no se turba:
Con demonios, no con hombres,
Se imagina que está en pugna;

Pero español y cristiano,
Eso le alienta y ayuda;
Que á quien por la fe pelea,
Poder infernal no asusta.

Piensa en la cruz, y la invoca;
De Dios á la Madre pura,
Y á sus santos favor pide,
Y bien sabe que le escuchan.

Mas de infieles agresores
Se va aumentando la chusma,
Y el lugar donde uno cae,
Dos que le siguen ocupan.

Pocos son nuestros soldados,
Si su bizarría es mucha,
Y del bárbaro adversario
Raya el arrojo en locura.

¿No hay otra española tropa,
Que á dar pronto auxilio acuda,
Ántes que aquellos valientes
A poder mayor sucumban?

La hay, no menos animosa,
Que, entre rabia y amargura,
Ve en peligro á sus hermanos
Desde lejanas alturas;

Pero el viento desatado,
Y los torrentes de lluvia,
Y las olas como montes,
Y la mar envuelta en bruma,

Del que socorrer intenta
Todos los esfuerzos frustran;
Que contra los elementos
La fuerza del hombre es nula.

Solo en Dios hay esperanza;
La causa de España es suya.
Él ampara al justo y débil;
Quien en Él confia, triunfa.

En él confiados siguen
Los que sustentan la lucha :
No esperan ya auxilio humano,
Mas del divino no dudan.

Y al cielo alzando los ojos,
Ven como que se dibuja
Entre sonrosadas nubes
Una celestial figura.

Asoma un caballo blanco
Entre luces que fulguran :
¡Santiago y *España!* dice
Un lema que la circunda.

Todo trae á la memoria,
Entre piadosas lecturas,
Tradiciones de Clavijo
Y glorias ciertas de Otumba :

Y la fe y el patriotismo
Sus influencias aunan,
Que el pecho de los cristianos
De gozo inefable inundan.

Lánzanse con nuevo arrojo
A la canalla moruna;
Que aquella luz milagrosa
La senda del triunfo alumbra.

Ya ni fusil ni espingarda
Son de utilidad alguna;
Pecho á pecho, brazo á brazo,
Se sigue la lid sañuda.

Al alfanje damasquino,
Que cuellos y miembros trunca,
La afilada bayoneta
Da respuesta con su punta.

Ved cómo el valiente Echagüe,
En ocasion oportuna,
De general en soldado
Por breve espacio se muda.

Marcha, español valeroso,
Marcha; la victoria es tuya:
Sé á la vez guia y ejemplo,
Y conquista la fortuna.

Ante tí ya el enemigo
Se pára, ceja, fluctúa,
Y lentamente el teatro
Del combate desocupa.

Mas ¡ay! que cuando el vencido
A entregarse va á la fuga,
Ocultando su ignominia
En la vecina espesura,

Del caudillo victorioso
Súbito la faz se ofusca,
Manchando sangre preciosa
Su militar vestidura.

¿Será, oh Dios, mortal la herida?
Y ¿querrá la suerte cruda
Una desdicha que el triunfo
Amargue, aunque no desluzca?

¡Ah, no! La bondad divina
Tal pena á mi patria excusa.
De la herida, en vez de muerte,
Señal honrosa resulta.

Entonad, pues, ¡oh cristianos!
La pia voz de *¡Aleluya!*
¡Victoria á España en la tierra!
¡Gloria á Dios en las alturas!

De africana sangre el censo,
Deuda antigua, aunque no suya,
Por el portugués hermano
Cobra España con usura.

Y cuando al África hiere
Prometida *lanza aguda*,
Se oye espantoso estampido,
Que se dilata y retumba.

Parece como que al golpe
Tiembla la tierra que oculta
Del perdido Sebastian
La ignorada sepultura.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

———

ROMANCE VII.

Serenado el mar, pasan el Estrecho O'Donnell, Prim con la reserva, y la parte principal del cuerpo de Zabala. — Nuevos temporales retardan el embarco del cuerpo de Ros en Málaga. — Gloriosos combates intermedios. — Hácese á la vela el tercer cuerpo. — Reseña de los campamentos. — Preséntase un renegado el 13 de Diciembre (dia de Santa Lucía) anunciando al General en Jefe para el dia 15 la acometida de un poderoso ejército. — Misa en sufragio de los que sucumbieron en los anteriores reencuentros, y súbita embestida de los moros, en que por primera vez toma parte su caballería.

I.

EMBARCOS Y BORRASCAS.

Un pacto infernal sin duda
Al mar proceloso liga:
Siempre que la Cruz navega
Se encrespa para abatirla!

Pero la furia del ponto
La luz de Cristo apacigua
Cuando el piloto creyente
« ¡ Sálvanos ! » con Pedro grita.

Y entonces no hay tempestades
Que á católicos aflijan;
Ni ve hundirse sus armadas
Exultante la herejía.

Justo es que el dolo al empeño
Del varon fuerte se rinda.
El mar sañudo descansa:
Llegó la ocasion propicia.

Las tropas que alberga Cádiz
Y que laureles ansían,
Al embarco se disponen,
Que es gente jóven y lista.

Rige el conde de Paredes
Esos infantes, y á dicha
Tiene el mandar escuadrones
Que el nombre de Albuera afirma.

Sus hechos Navarra sabe:
Del Ebro allá los publican
Los vascones, repitiendo
Historias con sangre escritas.

Mas no páginas busquemos
De contiendas fratricidas,
Que en Vergara se borraron
Con lágrimas de alegría.

Nueva España, nuevas huestes;
Nueva empresa las excita;
Comiencen sus generales
Nueva inmaculada vida!

Retiénele el Trocadero
Caballos y artillería,
Que llegar á prisa importa,
Y el pasaje ellos complican.

Pero en tanto que en los pueblos
De la comarca, la vida
Redobla, y aprestos hacen,
Y todo es bullicio y grita,

Grave el conde de Lucena,
A cuya suerte y pericia
De Isabel la nieta augusta
El solemne empeño fia,

De la comenzada guerra
Las contingencias medita,
Y, paciente, en su alma estóica
Sus proyectos acaricia.

Lo que en la mente revuelve
A pocos lo comunica:
Enérgico su hora acecha;
La oportunidad espía.

Las corrientes del Estrecho
Amansadas, adormidas,
Por la brisa acariciadas
Se arrollan bajo las quillas.

No mas demora: ¡al embarco!
Mas..... ¿qué victoria imprevista
Voces de júbilo anuncian
Del Serrallo en las colinas?

Es la voz de los valientes
Que al fuerte caudillo amigas
Las manos tienden, y arráncanle
De gozo lágrimas vivas;

Es la explosion generosa
De los que salvos se miran,
Que reventando en los pechos
Halla en las bocas salida.

Salvos, sí, que ya eran presa
De las hordas fementidas
Que, cual nube que se cierne,
En la hosca sierra se apiñan;

Y si han de bañarla heróicos
Con mas sangre todavía,
No será sangre infecunda
La que otros héroes suscita.

¿De quiénes son esas naves
Que allá se mecen vacías?
De los de Prim: á su nombre
Los soldados se electrizan!

Como saetas partieron:
Son la reserva; mas iban
Delante: la mar apenas
Los sintió en su travesía.

Las huestes del de Paredes
Señoreando la orilla
Africana los hallaron,
Sirviéndoles de vigías.

Diz que el altivo leopardo
De Bretaña, que domina,
Como la Esfinge allá en Délfos,
Del negro Calpe la cima,

Y que desde allí con ojos
Nunca cerrados vigila
Las campañas que preparan
Las españolas bahías,

Y que, aun triunfando, con miedo,
¡Tal fruto da la perfidia!
Del porvenir de la España
Propone al nauta el enigma;

Un maullido aquella noche
Lanzó, que fué la marina
De eco en eco repitiendo
Del Átlas hasta las fimbrias.

Despierta bramando airada
Del mar la saña dormida:
Otro ejército, otras naves
Málaga en su puerto abriga;

Quesada y Turon dirigen
Sus divisiones lucidas;
Táctico avisado, al frente
Se halla el conde de la Almina.

¡Ay dellos si al mar se entregan.
Con nueva furia inaudita
Sus olas encrespa, el noto
Y el ábrego allí en astillas

Deshacen los masteleros,
Las naves se arremolinan,
Se chocan, y entre clamores
Al fondo las precipitan!

Tras importunas borrascas
Vendrán los serenos dias.
¡Esperanza en Dios, que vientos
Y mares rige y humilla!

Y los vientos se acallaron.
La mar azul y tranquila
Sus verdinegras entrañas
Cierra, sus bascas olvida.

¡A Ceuta, que ya hay bonanza!
Todo un ejército grita:
Del ponto la espuma bulle,
Contra los muelles se riza.

La bandera en Gibralfaro
Anuncia las tropas listas;
A vuelo en las altas torres
Las campanas lo publican.

En los balcones, damascos
Se estremecen y cortinas;
Pero aun más los corazones
De las malagueñas lindas.

En la espaciosa Alameda,
Donde un altar se improvisa,
Sobre quince mil valientes
Levanta su mano pia

Con lágrimas el prelado;
A la hueste bendecida
Llamando están los vapores
Que se impacientan y silban.

¡Ay, áy de las pobres madres
Que á pié á sus hijos seguian!
¡Ay de las pobres esposas
Y las pequeñuelas hijas!

Ya los separan las agrias
Cornetas y las bocinas!
«¡Dios te guarde! exclaman ellas;
¡Dios y la Vírgen María!»

Otras, mientras del amado
Hijo atascan la mochila,
Escapularios le cuelgan,
Y le besan y acarician.

Las velas y gallardetes
Hinche en el puerto la brisa,
La chusma alegre maniobra,
Las provisiones se apilan;

Las municiones embarcan,
Caballos y mulos izan,
Y al peso vibran los cables
Y las garruchas rechinan.

Va hácia los puentes rodando
La pesada artillería;
De la Alameda á los muelles
Llevan los cabos sus filas;

Corriendo, los movimientos
Los ayudantes activan,
Y el trueno de los tambores
Ahoga la gritería.

Y los llantos de los unos
Y de los otros las risas,
Y los chistes de los majos,
Los bríndis de despedida,

Las rondeñas de la Mancha,
Las muñeiras de Galicia,
Las jotas aragonesas,
Las cañas de Andalucía,

Por cien músicas á un tiempo
Con estrépito reunidas
De mil vivas entusiastas
A la atronadora grita;

Y las mulas que cocean,
Los caballos que relinchan;
Y de recientes amores
Tal vez dádivas furtivas;

Forman un conjunto tal
De dolor y de alegría,
Dan tal estruendo al oido
Y á los ojos tal fatiga,

Que solo puede igualarse
Con las escenas que pinta
La fiebre, rica en visiones,
En el seso que delira.

El mar y la tierra crúzanse
Adioses, promesas, vivas,
Suspiros y bendiciones,
Presagios, temores, citas:

Zarpan las naves; de léjos
Aun los saludos se envian
Los que parten, los que quedan,
Y hácense salvas recíprocas.

Va con la escuadra el bullicio
Del arte y la poesía;
Poetas, pintores lleva,
Porque Toledos y Ercillas

Siempre produce la España,
Donde es tradicion genuina
Que en los trances de la guerra
El genio se vigoriza.

Cantos en la mar resuenan:
Queda la ciudad sumida
En silencio; su apiñada
Muchedumbre se retira.

Las madres, y las amantes
Quizá, las últimas miran
Raudas trocarse esas velas
En gaviotas, copos, chispas.

¡Tras ellas nadando fueran!
Pero ya que no las sigan,
Entre sus jarcias dejaron
Sus tristes almas prendidas;

¡Y allá van! no de otra suerte
Las viajeras golondrinas,
Cuando cruzan el Estrecho
Posan en ellas rendidas.

II.

EL CAMPAMENTO.

Noble bautismo de sangre
Con júbilo recibieron
Los de Prim en tanto, y daban
Girones de Anghera al viento;

Y en la Sierra de Bullones,
Madriguera de protervos,
Los de Gasset se ceñian
La sien de laurel sangriento.

Zabala con sus infantes
De emulacion y fe llenos,
De Tetuan al campo avanza
Y registra sus senderos.

¿No hay allí quien se le oponga?
Pues lauros le dará el cerro.
¡Arriba, los de Arapiles,
A la avanzada, al Otero!

Allí descargó la nube
Sobre los reductos nuestros:
Allí á las bárbaras hordas
El polvo morder hicieron.

Enrique O'Donnell, García,
Orozco, Rubin, ¡qué estreno
Tan glorioso á vuestras tropas
Reservó de Libia el suelo!

Mancilla del verde valle,
Desnudos yacen sus muertos;
Las matas sangre destilan;
Otros se aprestan mas léjos,

Que ha preludiado tan solo
De España y Africa el duelo;
Y habrá gran carnicería;
Taparán el sol los cuervos!

A tiempo en verdad al campo
Llegan los del tercer cuerpo,
Que á la lucha se aperciben
Moros de Fez y Marruecos.

La venenosa cerasta
No más fiera ni más presto
Se lanza al pié que la pisa
Dormida bajo el helecho.

Un renegado ¡ mal hayan
Los que renegar pudieron!
Un Júdas arrepentido,
En un pardo jaique envuelto,

Dando á las nocturnas sombras
Su poca vergüenza y miedo,
Del General á la tienda
Se llega con paso incierto.

—«¡ Alto! ¿Qué buscas, infame?
—Busco al Conde.—¿Vienes, perro,
Como asesino?—Cristiano
Fuí como tú: nuevas tengo

»Que darle: aparta, soldado,
De mí tu importuno acero;
Mucho mi aviso le importa;
No traigo dañado intento.»

De su tienda el Conde sale
La voz del soldado oyendo.
« General, el renegado
Le dice, de léjos vengo:

»A la patria que en mal hora
Me hicieron perder mis yerros,
Con peligro de mi vida
Cual pródigo al padre vuelvo.

»Gran algarada preparan
Las tribus de tierra adentro:
Al segundo sol que mires
Caerán sobre tí de cierto.

»Yo he visto cuán formidable
En armas se alza el Imperio:
Mi vida en tus manos pongo
De mi verdad en empeño.

»Guerra santa en las mezquitas
Se anuncia; á los cuatro vientos
El grito de guerra entregan
Los alminares enhiestos;

»Morabitos y santones
Los aduares y los pueblos
Recorren, y el odio atizan
Del muslim al nazareno.

»Todos al mandato acuden,
Ricos, pobres, mozos, viejos,
Desde las aguas de Tánger
A los lindes del Desierto;

»Unos van con sus caballos,
Llevan otros sus camellos,
Forjan lanzas, astas cortan,
Funden balas, prueban hierros,

»Descuelgan las espingardas,
Las pistolas, los arreos;
Las mujeres menudean
Los ayunos y los rezos.

»Muley-Abbas, el hermano
Del Sultan, viene rigiendo
Quince mil hombres; mal dije,
Quince mil fieras son ellos..

»En corceles berberiscos,
Duros, sufridos, revueltos,
Que en el escape parecen
Engendrados por el viento,

»Lucidos jinetes trae,
Que, centauros verdaderos,
Ni á los botes se conmueven,
Soltando en la liza el freno.

»De degollaros, poniéndoos
Terrible apretado cerco,
O de morir aquí todos,
Tienen hecho juramento.

»Tus ojos santa Lucía
Abiertos tenga.—Lo espero.
Vengan ya, pues.—No, al segundo
Sol, dia de san Eusebio.

—Él nos dará la victoria.
—¡Ese dia habrá gran duelo!
—Para el Profeta.—¡Ojalá!
Yo aquí á tu mandato quedo.»

Prudente es el de Lucena :
No descuida sus aprestos;
Víveres se acopian, Cádiz
Manda proyectiles huecos,

Piezas y pólvora llegan
Al Serrallo y al Otero,
Sin tregua se fortifican
Los anchos reductos nuevos.

Isabel, *Príncipe Alfonso*,
Francisco de Asís; no hay trecho
Desde el Hacho hasta Bullones
Que no ciñan nuestros fuegos.

A cada cuerpo señala
Su campo, su accion, su objeto;
De leves tiendas se cubren
Valles, cañadas y cerros.

En lo alto queda Zabala;
En la avanzada, respeto
Debido á Echagüe bizarro,
El sufrido primer cuerpo;

A la izquierda, hácia la mar,
Almina; Prim, en el centro;
Y el cuartel general cubre
El Serrallo de trofeos.

En tanto la activa zapa,
Con su auxiliar el incendio,
Abre en el enmarañado
Bosque hácia Tetuan sendero.

III.

LA MISA Y LA EMBESTIDA.

Nada por sí puede el hombre:
Si el cielo no santifica
Su aspiracion en las lides,
No hay en la guerra justicia.

Es caña la diestra armada
Si Dios el brazo no guia;
Sin su ayuda todo esfuerzo
Se quiebra cual seca arista.

El que unos imperios hunde
Y otros imperios suscita,
Al hombre, instrumento suyo,
Pide obediencia, no ira.

Su voz está en sus mandatos,
Su brazo son las milicias,
Azote suyo es la guerra;
Mas la crueldad abomina.

Quien de Dios sigue el impulso,
Lidiando se justifica;
Mas ¡ay del que sustituye
A la ira de Dios sus iras!

Hará quizás que su dueño
Su necio encono maldiga,
Y que el azote que hoy mueve
Arroje al fuego otro dia!

No así los valientes hijos
De Aragon y de Castilla,
Que saben quién dió á sus padres
Arrojo, honor y justicia;

Quién amansó los leones
Que allá en Muradal rugian,
Y quién sacó en Santa Fé
Sus pendones sin mancilla.

Vedlos: al precepto fieles
Que en Clavijo se imponian,
Todo el campo se prosterna
Al pié de un ara sencilla.

Su asiento es la firme roca
En que Dios la tierra estriba;
Descoge el cielo sus nubes:
¿Qué mas dosel necesita?

No hay alfombras; no hacen falta;
¿Cuál mejor que la que pinta
El puro sol matizando
Las yerbas que el aura agita?

Los regimientos formados
En las laderas vecinas,
Con religioso silencio
Presencian la santa Misa.

Del mar el sordo murmullo
Vaga consonancia hacia
Al mar de enojos, que tantos
Dentro del pecho dominan.

Negros paramentos lleva
El sacerdote, las mismas
Ropas de luto otros prestes
En torno dél revestian.

Por los que en ofrenda dieron
A Dios y á España sus vidas,
Salmos y antífonas cantan
Con voz y actitud sumisa.

«¡Padre», las internas voces
Que solo oye el alma, gritan;
«Árbitro de las batallas,
Que los triunfos das y quitas;

»Favor contra los infieles
Que en su ceguedad se obstinan,
Y contra el Coran armado
Que á la cristiandad hostiga!

»Dános caridad lidiando;
Modera tú nuestras iras;
Y caigamos como justos
Si á sucumbir nos destinas!»

Aquel que en su amor inmenso
Se da al hombre en Pan de vida,
De su ministro á las manos
Desde el cielo descendia.

Las clamorosas trompetas
Rey le anuncian, y se inclinan
Las frentes, y las brillantes
Armas al suelo se humillan.

«¡Santo, Santo, Justo, Eterno,
Tú con nosotros!» decian
A un tiempo veinte mil voces;
«¡Santa, inmaculada Víctima!

»Si por nuestro amor tu enojo
Justo y santo sacrificas,
¿Qué tanto hará el vil gusano
Que su ira injusta te rinda?»

Aguas tiene la oracion
Que de sus escorias limpian
Los corazones, y en ellas
Su esfuerzo el hombre duplica.

Si ahora en la lid entraran,
Cuán poderosos serian!....
Diera el leon macabeo
Su grandeza al de Castilla!

En momento tan solemne
Lejana fusilería
Se oyó: jefes y soldados
Unos á otros se miran.

Dia es de san Eusebio:
Dos soles pasado habian:
Verdadero fué el anuncio
Que el tornadizo traia.

El Sacrificio concluye;
Ya las enriscadas cimas
Coronadas aparecen
De cábilas enemigas;

Aullando van como lobos;
Sobre nuestra izquierda tiran;
Cual enjambres se amontonan
Jinetes de Berbería.

¡Muley-Abbas, en mal hora
Resolviste tu embestida,
Que ya en el ara ha templado
El español su cuchilla;

Y ni presagios le turban
Ni odio bárbaro le excita:
Sereno, justo, obediente,
Estrago y muerte te brinda!

Tremendo y largo fué el choque!....
¿Y la gran caballería
Qué se hizo? Vedla: son ciervos
Que escapan de la batida.

Grande es nuestro Dios, terrible;
Él nuestras haces movia!
¡Gloria al Dios de los ejércitos:
Por él triunfó su milicia!

PEDRO DE MADRAZO.

ROMANCE VIII.

Resuélvese la expedicion á Tetuan.—Apertura del camino.—Nochebuena en el campamento.—Combate del 25.

¡Gran presidio de presidios,
África en mónstruos feraz,
Que un dia llevaste al orbe
La coyunda universal!
Hoy tu gloriosa barbarie
Mata por siempre jamás
El mundo con su desprecio,
Y Dios con su voluntad!

En esa tienda que brilla
Como un cisne sobre el mar,

Un consejo de valientes,
Que preside un general,
Sobre tu suerte decide,
Pueblo que maldito estás,
Aun despues que Jesucristo
Vino la tierra á amnistiar.

Por eso, aunque en nuestro campo
Alguno empieza á cantar:
« Esta noche es Nochebuena..... »
No suele escucharse más,
Porque en confuso tropel
Vienen la estrofa á truncar
La lluvia, el viento, el cansancio,
Y porque está cada cual
A la tienda del consejo
Mirando con ansiedad,
Y, en vez de cantar, murmura:
« ¿Qué será? ¿qué no será? »

Mucho al cielo y al infierno
Debe esta causa importar,
Pues representando de ambos
La paciente eternidad,
Dos sombras del otro mundo
Rondando la tienda están,
La una augurio del bien,
Genio la otra del mal.

Y miéntras tanto que, activo
El gran moro Satanás,
Asomándose á la tienda,
Mira aquí y escucha allá,
Y esto en silencio medita
Con desesperado afan:
«¡En cuántos cuerpos sin alma
Va España un alma á crear!»
Volviendo al mundo la sombra
Del gran rey de Portugal,
Que en el África muriendo

Arrancó á Herrera aquel ¡ay!
Murmura en torno á la tienda,
Cual voz de duelo eternal:
«¡Valor, y á Alcázar-Quivír,
Y á Guadalete vengad!»

«Esta noche es Nochebuena.....»
Vuelve á decir el cantar;
Mas vuelven á interrumpirle
La lluvia y el vendaval,
Y tambien la incertumbre,
Con que en patriótico afan,
Este diálogo pasando
De un puesto á otro puesto va:
— «¿Qué poblacion la primera
Irémos á cristianar?
Rabat, dice uno; otro, Arcilla;
Tánger, este; aquel, Tetuan.»

Mas en torno de la tienda,
En silencio sepulcral

Tan sólo giran las sombras
Del diablo y don Sebastian :
Y hasta de los centinelas
El « ¡ Alerta ! ¡ Alerta está !.... »
Va despertando el silencio,
Para que se duerma más.

Y vuelve á oirse á lo léjos
El estribillo vulgar
De « Esta noche es Nochebuena......»
Y vuelve á no oirse más;
Hasta que, abierta de pronto
La tienda del General,
Saliendo el bravo Quesada,
Dice, acabando el cantar : —
« Esta noche es Nochebuena,
Porque vamos á Tetuan. »
« ¡ A Tetuan ! » Voz que pasando
Desde el cabo al general,
De este á aquel, de aquel al otro,
Del otro al de mas allá,

Del valle asciende á la cumbre,
De la cumbre baja al mar;
Discurre de tienda en tienda,
Y de vivac en vivac;
Y cambiando la consigna
De el «¡Alerta! ¡Alerta está!....»
La voz de los centinelas
«¡A Tetuan, dice, á Tetuan!»

«¡Ay!....» rencoroso un suspiro
Dando al viento Satanás,
«¡Ay de la ciudad sagrada!»
Grita de aduar en aduar:
A cuya alarma los moros,
Como una turba infernal,
Con ese ciego valor
Que raya en temeridad,
Nuestras trincheras asaltan
Con una fiereza tal,
Que fueran ellos los héroes,
Si otros no lo fuesen mas.

¡Oh, sí, sí! segun se baten,
Aun acordándose están
Que han bebido agua del Tajo
Esos sectarios de Alá!

Mas vanamente el destino
Quieren cual siempre arrostrar,
Pues cuando el destino llega,
Todo lo demás se va;
Y así es que, dando á los moros
Recuerdos del Cardenal,
Les dice la artillería:
«¡Hijos de Tarif, atrás!»
Y á un «¡viva Isabel segunda!»
Alto, fiero, universal,
Que en su tumba á la Primera
Hizo de gozo saltar,
A bayoneta calada,
Despues con más claridad
Repite la infantería:
«¡Atrás! ¡mucho mas atrás!»

Y entre tanto que Zamora
Los empieza á acuchillar,

Y por el centro la Albuera
Los va llevando hácia allá,
Barcelona por la izquierda
Con gran generosidad
Les deja elegir la muerte
Entre la espada y el mar.
Uno, dos, veinte, cuarenta,
Ochenta..... ¡ qué mortandad !
Con estos y con los otros,
Por Dios que empiezo á pensar,
Que así, cual de Guadalete
Dice un sábio musulman :
« ¡ El Dios que los ha criado,
Los puede sólo contar ! »

« ¡ Vencísteis con la bravura
De un nuevo Gran Capitan ! »
Dijo al general Quesada
El Capitan general.
Y miéntras que aún los moros
Se baten, pero hácia atrás,

Juntando á los zapadores,
Dice Prim : «¡Paso á Tetuan!»
Y bajando de repente
A peon de general,
Venciendo, como á los hombres,
La tierra, el viento y el mar:
«¡Haced de ese monte un llano,
Y adelante, voto á San!....»
Dijo, alzando aquella espada
Que hiere una vez no más.

A su voz los zapadores
Hacen la tierra temblar,
Y abren á un bosque una senda,
Que el sol no ha visto jamás,
Por donde la tropa marcha
Al África, á quien va á dar
Por tantos siglos de oprobio
Fe, cultura y libertad.

Y al partir para barrer
Ese inmenso lupanar,
O'Donnell rie; Prim vota;
Llora y jura Satanás;

Y esto en sueños dice Ros,
Que habló con don Sebastian:
«¡Valor! ¡Y á Alcázar-Quivír,
Y á Guadalete vengad!
—¡Salve, oh Rey! Guad-el-Jelú
Su Guadalete será!
—¿Nos verémos?—Nos verémos.
—«¿Cuándo?—El seis.—¿Dónde?—En Tetuan!»

Ramon de Campoamor.

ROMANCE IX.

La peste. — Hospitales. — Padecimientos del soldado, sufridos con resignacion y áun con alegría.—Hermanas de la Caridad.

Lluvia de menudos plomos
Y espesa lluvia de hielo
Sobre las alas caian
Del ave reina del viento.
Dejara el águila el nido
Que labró en monte soberbio,
Cruzando el mar en defensa
De sus hijos en destierro.
Vencedora en el combate,
Y herida por defenderlos,

Fuerzas le pide al reposo,
Para ir á lidiar de nuevo.
Enemigos aquilones
Plumas le arrancan al vuelo :
Ruedan por los campos unas,
Otras en el mar cayeron ;
Y bajo el risco eminente
Que la abriga en tosco hueco,
Penachos en sangre tintos
Alfombran en torno el suelo.
Su graznido, áun desde allí,
Le infunde al milano miedo :
Con el dolor de la llaga
Recrece en ella el esfuerzo,
Y pronto al África vuelve
A desafiar á un tiempo
La barbarie de los hombres,
Las inclemencias del cielo.

Así, por difícil vía,
Con mar borrascosa en medio,
Vienen y al África tornan
Los españoles guerreros.
Llama la patria al herido,

Y al sano la guerra luego:
Compañera de su viaje,
La muerte los va siguiendo;
Cobra en la batalla, y cobra
Tributo en bajel y en puerto.
Valieran los triunfos poco,
Si se ganaran con menos.

Oid el clamor salvaje
De la hueste de Marruecos;
Ya sus arcabuces truenan,
Ya sus caballos partieron.
Gime el valle al estallar
El volcan del cañoneo;
Cimbrean en los collados
Los árboles corpulentos.
Los claros de cada fila
Se ven de repente llenos;
Por el cristiano caido
Pone otro soldado el pecho.
Furioso turbion de balas
Fulminan los agarenos;
Vidas acaban y vidas
Entre la gloria sin duelo.

Rocas parten las bombardas,
Obra de andaluz maestro:
¿Qué harán, descreido Cam,
Con las carnes de tus nietos?
Ahogais al dolor el grito
Con el de la lucha horrendo;
Fuertes peleais, y fuertes
Dais el suspiro postrero.
El Dios, cuyo altar ahí
Pisaron vuestros abuelos,
Las almas, piadoso, mire,
Que dejan con ira el cuerpo.

Cadáver hay de africano,
Cuyos labios entreabiertos
Guardan con sonrisa fea
De brutal júbilo el sello.
Contaba el mísero iluso,
Deliró el pobre muriendo,
Con el soez paraíso
De su Profeta embustero.

En tanto en la hueste nuestra
Mano hábil y ardiente celo

Prestan reparo al destrozo
Que hacen el plomo y el hierro.
Tras las filas apretadas,
Muro palpitante, denso,
De entre los piés del que lidia
Sacan al herido en peso.
De rodillas Esculapio
Fibras ata y une huesos;
Desnuda tierra, harta de agua,
Tiene el doliente por lecho.
No era para España el Moro
Contrario bastante fiero;
Cruel en África el hombre,
Lo son más los elementos.
«¡Victoria!» claman gozosos
Los héroes de Tajo y Ebro.
Contra la voz de alegría
Protesta envidioso el trueno.

Desátanse récias nubes
En copiosos aguaceros,
Que de las tiendas golpean
Con furia el tupido lienzo.
Fuéra penetrante frio,

Dolores y ahogo dentro;
Torrentes de lluvia arriba,
Y abajo balsas de cieno.
Soldado que en la batalla
Sacó lacerado un miembro,
Con todos paga el fiarlos
Al insalubre terreno.
Dan sus efluvios al aire
Desconocidos venenos;
Los cristianos los respiran,
Y al par la muerte con ellos.

Víctimas, que aún de la espada
No fuisteis cabal trofeo,
Salid en hombros amigos
De ese infausto campamento:
Ceuta, el mar, Málaga ofrecen
Aura que aspirar sin riesgo.
¿Quién de ese mal los estragos
No vió ya bajo su techo?
¿Quién hay que por él no llore
Madre, hijo, consorte ó deudo?
El mónstruo horrible del Ganges,
De humana sangre sediento,

Con mayor ansia apetece
La sangre del europeo.

Ya un cordon interminable
De hombres y acémilas veo,
Que por la playa arenosa
Caminan con paso lento.
Tristes compañeros guardan
A sus tristes compañeros;
Cien tumbas de prisa abiertas
Mostrarán por dónde fueron.
Henchidos los hospitales,
Ceuta hace hospital el templo:
Cruzan el piélago quillas
Con dolientes cargamentos.
¡Valor! ¡Valor! Ved los altos
Chapiteles malagueños:
Esperad; que es la esperanza
La mitad ya del remedio.
Vitores y bendiciones
En ruidoso clamoreo
Las andas humildes cercan
De los triunfantes enfermos;
Y el soldado, que angustioso

Doblaba el lánguido cuello,
Revive y se alza al oir
La voz del amor del pueblo.
Tiernos brazos femeniles,
Que hábito recata honesto,
Posan en blandos vellones
Al desvalido viajero.
La ciencia y la caridad
Auxilio le dan y aliento;
Blando aire la madre patria
Le hace con el manto régio;
Y afable y majestüosa
Las estancias recorriendo,
Reparte la Religion
Las palmas del sufrimiento.

Casta vírgen, tú, que pasas
La noche y el dia entero
Cariñosa centinela
Del que ve el sepulcro abierto,
Díme de tantos dolientes
Que hallaron en tí consuelo,
Quién sufre más, en quién es
Más grande el merecimiento.

¿Dónde está el héroe cristiano,
De resignacion modelo,
Que el valor santo del mártir
Añade al marcial denuedo?
Nómbrale pues, ora ocupe
Grado ilustre ó pobre puesto:
Siempre es alta la virtud;
Honor merece y respeto,
Lo mismo en noble adalid
Que en combatiente plebeyo,
Y que en tí y en los ministros
De la ciencia y del Eterno,
Que impávidos arrostrais
Las epidemias y el hierro.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Voluntaria me vestí
El hábito en que me miras,
Y ya la peste sus iras
Probó, sin triunfar, en mí.
A buscarla vine aquí;
Riesgo mi vida corrió,

Pero nada sublimó
Eso mi sagrado sér:
Cumpliendo estaba un deber,
Y ese me le impuse yo.

El ministro del altar,
Con impulso igual al mio,
Fué por su libre albedrío
Con los que van á lidiar.
Como él, el sábio en curar
Al campo marchó tambien.
Coronas condignas dén
A su virtud y valor;
Mas hay corona mayor
Guardada para otra sien.

El capitan valeroso
Que alcanza insigne victoria,
Voluntario de la gloria
Siguió su estandarte hermoso.
Laurel ciña esplendoroso
De gratitud nacional,
Y con aplauso inmortal
Su nombre entre todos ande:

Áun hay corona más grande
Guardada en este hospital.

Mira allí, entre aquellas dos,
Que son la ciencia y la fe,
Aquel jóven que se ve
Pronto á dar el alma á Dios.
No fué de la gloria en pos
Por ver un lauro en sus sienes:
Pasaba pobre de bienes
Los verdes años fugaces;
Dijo España: «Falta me haces;»
Y él respondió: «Aquí me tienes.»

Le hirieron hijos de Agar
Con rabia, en feroz delirio;
Por Dios padeció martirio,
Y Él le viene á coronar.
Óyele el nombre invocar
Del que es de justicia Sol.....
¡Mira en divino arrebol
Su rostro mortal bañado!....

EL POETA.

¿Quién es ese hombre?

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Un soldado
Del ejército español!

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

ROMANCE X.

Batalla del 1.° de enero. — Carga de los húsares. — Las mochilas.—Prim con la bandera.—Victoria.—Retirada de los moros.

Apénas brilla en oriente
La luz de pálida aurora;
Aún yace esclava la tierra
De mudas opacas sombras.

Pero ¿qué extraño rüido
Turbó el silencio á deshora?
¿Por qué fatídico suena,
Y al pecho la calma roba?

Manada de hambrientos lobos
Parece que lo ocasiona,
Al través de espesas ramas
Abriéndose calle angosta.

Por aquel monte aparecen
Bultos con humana forma;
Blanco ropaje los cubre,
Que á merced del aire flota.

Pocos son; pero otros salen
De entre las peñas y brozas:
Pocos eran; ya son muchos;
Son infinitos ahora.

Por aquí y allí se extienden
Como nube de langosta,
Y el valle de Castillejos
Desde las cumbres coronan.

¡Oh cuál se mueven y agitan,
Oyendo á distancia corta
El andar acompasado
De bien ordenadas tropas,

Que á estos mismos peñascales
Se encaminan silenciosas,
A ver si libres los hallan,
Y por sorpresa los toman!

Ya la gente marroquina
Está á defenderlos pronta.
Defiéndalos norabuena :
Mejor para nuestra gloria.

Mírase al cabo una hueste
Frente á frente de la otra :
Los nobles soldados callan;
Gritan las salvajes hordas,

Y el sol, para ser testigo
De la lid, con régia pompa,
Por entre apiñadas nubes
El fúlgido rostro asoma.

¡Sús, y á lidiar, españoles,
Contra el que osado os provoca;
A ganar ínclitos lauros,
Que mire con pasmo Europa!

Vencereis; para esta guerra
Dió el héroe de Cerinola
Su baston de mando á O'Donnell,
Y el Cid á Prim su tizona.

¡Oh noble conde de Reus!
¡Allí están los que hacen mofa
Del limpio blason de España
Y de la Cruz redentora!

A ellos pues. ¿Qué tardas? Suene
La voz de los parches ronca,
Y el clamor de las trompetas,
Que guerra y muerte pregonan.

Trabóse el combate. Fuego
Tenaz la espingarda arroja,
Miéntras la audaz bayoneta
Va á su alcance presurosa.

Y ved qué pronto en llanura,
Próxima al valle, se alojan
Del Príncipe y de Vergara
Las columnas triunfadoras.

Ved las de Cuenca asaltando
Aquellas enhiestas lomas,
Do en vano rabiosos pugnan
Los sectarios de Mahoma.

Ya contra bosque poblado
De muchedumbre alevosa,
Ardientes globos despide
Del cañon la horrenda boca.

Ya nuevo enjambre en la casa
Que del Marabut se nombra,
Pierde la existencia al filo
De las toledanas hojas;

A tiempo que, ansiando lucha,
Salta el marino á la costa,
Y cual á enemiga nave,
La casa del Moro aborda.

Ya va por el monte arriba
Prim con su hueste hazañosa,
Que segun crece el peligro,
Más se anima y alboroza.

Cunde el fragoroso estrago;
Su ardor el infiel redobla;
Mas al fin, de atroz pantera
Se cambia en tímida corza.

¿Quién la pujanza resiste
De tantas almas heróicas?
Allí Salazar y Piéltain,
Heridas ganando honrosas;

Estremera allí adquiriendo
Nombre que viva en la historia;
Allí mil y mil valientes,
Dignos de perpétua loa.

Pero miéntras que en la altura
Tal dicha el infante logra,
Un llano ocupa el jinete,
Forzado á inercia angustiosa.

Mal los húsares reprimen
El afan que los devora;
En la lid tienen clavados
Los ojos y el alma toda.

Tambien de impaciencia herido,
Sacude el bridon la cola,
Bufa, relincha, la tierra
Con el duro callo azota.

Y á cada distinto choque
De las haces lidiadoras,
A pesar suyo el jinete
La rienda al caballo afloja.

¡Oh! que al fin por la cañada
Los del moro desembocan.
¡Valientes húsares, ea:
Llegó la anhelada hora!

Grito lanzan de alegría;
El ávido acero aprontan;
Afírmanse en los estribos,
Y al punto á la lid se arrojan,

Como huracan desatado
Que rugiendo el campo asorda,
Y cuanto á su paso encuentra,
Desgaja, trunca y arrolla.

Sin tregua el hispano hierro
Da estocadas matadoras :
Sangre africana chorrea
De alquiceles y marlotas.

Todo es confusion y estrago:
Doquier pugna fervorosa;
Jinetes cayendo á tierra,
Corceles que se desbocan.

Huye el del árabe al cabo,
Cual rayo que el aire corta:
Siguiéndole el nuestro á escape,
Con el vientre al suelo toca.

¡A ellos, Pedro Mur, que el cielo
Te ofrece ocasion dichosa
De ilustrar tu nombre! ¡A ese
Que una bandera tremola!

¿No le vés? Sí; ya le ha visto:
Ya echa tras él, ya le acosa,
Ya le arrebata la vida,
Ya del pendon le despoja.

Y allá van los musulmanes
Con susto y mortal zozobra;
Y allá van los bravos cides,
Que aún mayor lauro ambicionan.

¿Qué mas quereis? Detenéos;
Refrenad la audacia loca.
Ved ahí el campo enemigo
Ceñido de ásperas rocas.

¿Qué importa? Ved que os envuelve
Nube de balas traidoras.
¿Qué importa? Ved, desdichados,
Que vais á morir. No importa.

Y avanzan, y el campo invaden;
Y ya la sangre preciosa
De Aldama y Fuente Pelayo
Largamente el suelo moja.

La de otros valientes luego
Corre tambien abundosa;
Y de nuevo todos cargan
Y hieren, matan, destrozan,

Hasta que franco el terreno
A sus armas vencedoras,
De aquel recinto se alejan,
Y al campo amigo retornan.

Pero en tanto ¡oh Dios! al cerro
Que animoso Prim custodia,
Desde las cumbres el moro
Lánzase en inmensa copia.

Cubriendo la tierra, avanza
Cual rugiente mar furiosa:
Dijérase que los montes
Sobre el cerro se desploman.

Piérdele España dos veces,
Mas otras dos le recobra:
¡Ay! que otra vez la morisma
Frenética allí se agolpa.

¡Oh tú, que das vida y muerte
Con una palabra sola:
Tú, que eres sol de justicia,
Fuente de misericordia;

Tú, que un dia nos llevaste
Del peñon de Covadonga
Hasta los fértiles campos
Que el Darro baña en sus ondas;

Hoy, como entónces, tu ayuda
A nuestras armas otorga;
No dejes que el triunfo logre
Quien vil te ofende y te odia.

Cada cristiano en la liza
Mil pechos infieles rompa;
Brille en los aires de Yago
La espada exterminadora.

¡Señor, por el gran suceso
Que hoy los pueblos conmemoran!
¡Valga hoy, Señor, á tus hijos
Tu circuncision gloriosa!

¡Momento fatal! No hay duda:
El cielo nos abandona.
Y ¡oh mengua! al entrar en liza
Los batallones de Córdoba,

En aquel alto dejaron
La mochila ponderosa.
Allí el infiel, dando voces
De júbilo atronadoras.

Y esas mochilas ¿trofeo
Serán de la gente mora,
Y acaso en Albion mañana
Mísera prenda irrisoria?

Ántes de tu sangre, ibero,
Corra hasta la última gota:
Ántes..... ¡Oh! Prim á los suyos
Dirige mirada ansiosa;

Y súbito enarbolando
La bandera gualda y roja,
Y con semblante en que brilla
El color de la amapola,

Y ojos despidiendo llamas,
Y voz que la rabia ahoga:
« Esas mochilas, soldados,
Son prenda de vuestra honra!

Venid conmigo, ó yo sólo
Corro á morir sin demora :
Venid, ó en mano africana
Pongo la enseña española! »

Dice, los ijares hiende
Del fiero bridon que monta,
Y en busca del moro parte
Como flecha voladora.

Y tras él van sus soldados,
Jurando que á toda costa
Vencerán; y entrambas huestes
De nuevo sañudas chocan.

¿Dónde el soberbio caudillo
Que tales portentos obra?
Cercado allí de agarenos,
Muerte inevitable arrostra.

Ya le han herido el caballo,
Ya está su bandera rota ;
Mil y mil hierros le amagan,
Pero ninguno le toca.

Matrona augusta, de dulce
Semblante y melena blonda,
Y en cuya frente descansa
De dos mundos la corona,

Cruza los aires, ceñida
De refulgente aureola,
Y á Prim escuda, las manos
Sobre él tendiendo amorosa.

¡Qué horrenda lucha! Las armas
Ni al indefenso perdonan;
No hay quien por la vida ajena
Contento no dé la propia.

El moribundo que lucha
Con las últimas congojas,
Si ve cerca al enemigo,
Para matar se incorpora.

Y sigue el combate, y crece
La sed de venganza, y olas
De sangre corren, y en torno
La muerte vuela afanosa.

Pero ¡oh dicha! el gran Zabala
Llega al cerro con las tropas
De Leon y de Arapiles,
De Simáncas y Saboya.

¡Cuál se lanza á la pelea!
¡Cuál rompe las filas moras!
Ínclito adalid, tu espada
Señal es de la victoria.

Sí, que al fin nuestra bandera
Se alza del campo señora,
Y el árabe en rauda fuga
Va llorando su derrota.

Ya apénas se le distingue
Allá en las cimas remotas.
¡Cantemos á Dios, que al moro
Venció por mano española!

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

ROMANCE XI.

Avanza el ejército en medio de una espantosa tormenta. — Acampa en las alturas de Monte-Negron. — Noche horrible. — Escasean las provisiones. — Angustia.

Con racion para seis dias,
Dejando atrás las Lagunas,
Dando la mano á la escuadra,
Y animoso como nunca,

El ejército camina,
Partido en cuatro columnas,
A traspasar del Negron
Las enriscadas alturas.

Triste el soldado echa menos
Al jefe de la segunda,
Al valeroso Zabala,
Caudillo de los de punta,

Que no del plomo africano,
Sino de dolencia aguda,
Postrado en Ceuta se mira
Maldiciendo su fortuna;

Cual doblado á la cuartana
Brama el leon en su gruta,
Si oye balar en el prado
La res que sus garras burla.

Templa, templa esa impaciencia,
Que ya es codicia la tuya:
Sobrados lauros te adornan,
Sobrados timbres te ilustran.

Si los cielos no permiten
Que al campo de nuevo acudas,
Y asalta á Tetuan la huéste
Sin que tú el primero subas,

Oye la voz que aún te aclama
Desde el Ebro á la Borunda,
Rival del moderno Aquíles,
Cuyo fin un velo cubra;

Y mira allende los mares
Cuál besa el Rimac tu cuna,
Envidioso de la gloria
Que el Manzanares le usurpa.

Templa ese ardor; y á tu fama
Baste en la africana lucha
El laurel de Castillejos,
Que ya tu frente circunda.

Gran pesar O'Donnell siente;
Mas luego por órden suya
El bravo conde de Reus
El puesto vacante ocupa.

Avanza el campo: atrevido
Un desfiladero cruza,
Y pásmase al ver que el moro
El paso no le disputa.

«¡Qué es esto! ¿Cómo desprecia
Ocasion tan oportuna?
¿Dónde está? ¿De Castillejos
Aún el espanto le dura?»

Y era así: y á sus oidos
El mismo Luzbel sin duda,
Ardiendo en rabia y despecho,
Estas palabras murmura:

«Pues contra el bando cristiano
Toda vuestra fuerza es nula,
Dejadme á mí; ya verémos
Si así del infierno triunfan.»

Y con las rojas pupilas
Que en sus cóncavos fulguran
Mira á lo alto, y este reto
Sale de su boca inmunda:

« ¡Rey del cielo! ¿qué tal es
De viva, firme y robusta
La fe que en el pecho llevan
Esos que en tu nombre luchan?

»Probémosla, si te place;
Que si ella mis artes frustra,
Será fe de la que dices
Que las montañas derrumba.»

Con lastimoso desden
El reto arrogante escucha
Jehová, y aparta los ojos
De la infernal criatura.

De gozo rugiendo ufano
Luzbel, con la venia augusta,
Sube á los aires, y el cetro
De la tempestad empuña.

Á su voz, cien nubarrones
Acuden, llegan, se juntan,
Tiéndense por el espacio,
Y la luz del sol ocultan.

Bochornoso está el ambiente;
La calma tormenta anuncia;
Cual manto de plomo el aire
El cuerpo dobla y lo abruma.

Fuerte ventisca de pronto
Sopla: la arena menuda
En revueltos remolinos
Levanta, y el aire nubla.

Barriendo la tierra pasa;
Al mar se arroja y lo enturbia;
Su tranquila faz se altera,
Y ruge inquieta y ondula.

Brilla un relámpago; á poco
Lejano trueno retumba;
Gruesas gotas caen á trechos
Que el suelo sediento chupa.

La frente agacha el soldado
Sintiendo venir la lluvia,
Y todos cubren las armas,
Todos el paso apresuran.

En vano; que ya sobre ellos
Con su negra vestidura
De relámpagos orlada,
La tempestad se columpia.

Torrentes de agua despiden
Las nubes; furioso zumba
El huracan: negra noche
El cielo y la tierra enluta;

Y sólo de cuando en cuando
Rasga la tiniebla oscura
Con claridad pavorosa
Del rayo la luz sulfúrea.

Al fragor que mueve en tierra
La tempestad furibunda,
Responde el mar con bramidos,
Alzando montes de espuma.

La tiniebla, el viento, el agua,
Ya la marcha dificultan;
No hay planta que el paso afirme,
No hay ropa en el cuerpo enjuta.

Sin desmayar los soldados
En pelotones se agrupan,
Y de las manos asidos,
Con pena á marchar se ayudan.

Cuál á ciegas da en un charco
Y se hunde hasta la cintura;
Cuál de la indiana dolencia
Siente la invasion aguda.

Unos alzando al enfermo,
Llévanle en hombros y turnan;
Otros al contuso ponen
De algun jinete á la grupa;

Nadie una sola palabra
De desaliento pronuncia:
Al encontron sigue un voto;
Al resbalon una pulla.

Y todos marchan, y marchan,
Con trabajo, sin angustia,
Dando crédito á la fama,
Tan proverbial como justa,

De que á la española tropa,
O veterana ó recluta,
Pocas en valor la igualan;
En sufrimiento ninguna.

«¡Alto! ¡á acampar!» Esta voz
Entre las filas circula:
Ármanse las tiendas; todos
En ellas amparo buscan.

Mas bajo su tienda en vano
El soldado se refugia:
O el huracan se la lleva,
O el aguacero la inunda.

¡Qué importa! al sueño rendidos
En sus mantas se arrebujan,
Y sobre el fango se duermen
Cual sobre colchon de pluma;

O bien sacan la guitarra,
Y al son del agua modulan,
Ya la jota aragonesa,
Ya la playera andaluza.

Imperturbable, pausado,
Sin que ninguno descubra
Lo que en el profundo abismo
De su corazon se oculta;

Caidos entrambos brazos
Con indiferencia suma,
Cual si al argentado rayo
De limpia brillante luna,

Viese á la leal Milicia
Hollar la alfombra de murta
En pacíficos alardes
Allá en las playas de Cuba;

O'Donnell recorre el campo,
Y su serena apostura
Alienta á todos, que al paso
Con vítores le saludan.

A la playa se dirige;
Y cuando solo se juzga,
Quítase el ros, y la frente
Dando al huracan desnuda:

«¡Cuánto más valiera, exclama,
Que aquí, doblando su furia,
Sobre nosotros cayese
Toda la morisma junta!

»¡Coronara nuestro esfuerzo
Victoria pronta y segura;
Pero ¡quién contra el infierno,
Quién, si no Dios, nos escuda!

»Y si acaso.....» Un pensamiento
Le asalta; la frente arruga;
Mira al mar; en su semblante
Vago terror se dibuja.

Mas de un relámpago al brillo,
En lontananza confusa
Ve á la escuadra, que aguantando
Está la borrasca ruda;

Y «¡Oh, bravo Bustillo!—exclama,
¡Ahí estás tú! ¡Por fortuna
La raza de Trafalgar
No muere en España nunca!»

»No te alejes de la costa;
Que si este horror continúa,
Y mis pacientes soldados
Sus seis raciones apuran;

»En este yermo, y de Ceuta
Interceptada la ruta,
Tan solamente tus naves
El rancho nos aseguran.»

Así dice, al mar mirando,
Y allá entre las densas brumas,
Ve de repente una luz.....
Que no sabe lo que anuncia.

VENTURA DE LA VEGA.

ROMANCE XII.

La escuadra acompaña al ejército.—Incendio.—Anuncios siniestros.—Tempestad.—Resolucion del general Bustillo.—Pérdida de la Rosalía.—Dispersion de los otros buques.—Milagrosa salvacion del Almirante.

Entre tanto hácia lo largo
De abierta insegura costa,
A las huestes de Castilla
Sigue la próvida flota.

¡Oh! ¡cuánto al novel guerrero
Alienta el mirar sus cofas!
Que allí como en troj segura
El blanco pan atesora.

¡Oh nombres, que ya mi pluma
Sabe escribir por sí sola,
Más de una vez repetidos
Por la envidia ó la lisonja!

¡Bien hayais! De acerbos dias
¡Cuánto endulzais la memoria,
Cuando á la orilla muslime
Llevais la cruz española!

Mas no las guerreras fustas
Siguen la demanda solas,
Que en la renaciente armada
Aún son por desdicha pocas:

Y las más, de las Antillas
Guardan la envidiada joya,
O del anamita impuro
El bárbaro imperio doman.

Así bateles que un dia
Llevaron frutos y estofas,
Ora en sus anchas varengas
Estivan fulmíneas bombas.

¡Guay; que resplandor rojizo
Despiden las portañolas
Del Barcino, y densa ahumada
Sus férreas jarcias entolda!

El Almirante lo ha visto,
Y virando su canoa
Hácia aquel bajel, les grita:
«¡Fuego en el Barcino! ¡Boga!

» Avante mis marineros!»
Llega, se atraca, lo aborda,
Trepa, y á su activo impulso,
Llena baldes, pica bombas;

Los flamígeros aprestos
A nuevas quillas trasborda,
Y mal grado el Euronoto,
El hórrido incendio corta.

Ni descansa; sube al puente,
Que un tambor y otro soportan;
Y tendiendo al horizonte
Su mirada indagadora:

«No hay duda, dice, el infierno
Con todas armas se arroja
A combatir, y huracanes
Va á lanzar en nuestra contra.

»Mas vientos que en Trafalgar
Soplaron, como aquí soplan,
Si dan naufragio á la vida,
Dan salvamento á las honras.»

Y con esto en su falúa
Hácia el Lepanto retorna;
Y así, al compás de los remos,
Consigo mismo razona:

«Hed aquí las potestades
Que á horrenda lid nos provocan,
Fuego y aire, y mar y cielo
Contra una tablilla sola.

»Asedio mortal do quiera,
Fatiga que nunca afloja,
Resistencia sin coraje,
Lucha sin tregua y sin gloria.

»Quizás no lo sabe España;
Quizás la Reina lo ignora.....
Dios lo sabe, y la conciencia;
Lo demás, ¿qué nos importa?»

En esto llegó á su insignia,
Y al rebasar por la popa,
Las angustias de su pecho
Hicieron eco en su boca.

«¡Alto! proeles, llegamos,
Mirad, Lepanto se nombra;
Dios nos protege hace siglos:
Lo demás, ¿qué nos importa?»

No mintieron las señales,
Que ya el cielo se encapota,
Ya rugen los huracanes,
Ya la lluvia se desploma.

Bustillo, izando á los topes
Las locuaces banderolas,
Marca á las régias fragatas
El rumbo á Puente Mayorga.

Y á las naos de transporte,
Y á la mal segura tropa,
De los bateles menudos
Volver á Ceuta las proras.

Así el justo que en la vida
El último riesgo toca,
Deja tomar á lo largo
Las grandezas y las pompas;

A medrosas criaturas
Cierra la tremenda alcoba,
Y con Dios y su conciencia
El último trance arrostra.

¡Horrendo trance! La noche
Extiende su negra sombra;
Tierra y cielo y mar confunde
La oscuridad pavorosa.

Ni ya del propio navío
Se ven las crujientes bordas;
Cada balance es un riesgo,
Cada bajel una roca.

El huracan entre tanto
Al Euro su empuje rola;
Garran las anclas: ¡ay, triste
La nave que toque en otra!

Entónces la capitana
Iza una luz generosa,
Que dice: «¡Hacerse á la mar!
Dejad que me pierda sola.»

Zarpan los buques; el silbo
De sus máquinas se acorda
Con el rechinar las vitas,
Y el reventar de las olas.

Mas ¡ay! No ganan avante,
Que ya como sueltas boyas,
Al propulsor no obedecen,
Y entre las corrientes flotan.

Al cabo la Rosalía,
Cual cierva al son de la trompa,
Busca salida; otro buque
Con el tajamar la choca:

Su costado mal herido
Vuelve á las rompientes olas;
La invaden, su fuego apagan,
Y en las arenas zozobra.

¡Ay triste! La mar rugiente
Verá al rayar de la aurora
Cadáveres esparcidos,
Jarcias y máquina rotas.

Así en su negra espelunca
La ya saciada leona
Lame los áridos huesos
De la destrozada corza.

Ya solo el récio Lepanto
Aguanta el mar, cuando el Bóreas
Con rabia infernal le embiste,
Y el tesado cable troncha.

«¡Otra ancla!» Inútil esfuerzo;
Apénas larga las bozas,
El fondo muerde, y estalla,
Dejando el buque á la ronza.

Baquea así el Almirante,
Y entre los barcos maniobra,
En la mano la bocina,
El espíritu en la sonda:

Y ya el dormido combés
Las salobres aguas mojan,
Y el vaso, ya sin gobierno,
En las rompientes escora;

Cuando el Társis, mal su grado,
Viene sobre él ; desarbola
Su bauprés ; y al rudo choque
El inerte casco aproa.

« ¡ Timonel ! grita Bustillo,
Este es el rumbo. ¡ Orza, orza !
¡ Arría por mano cables !
¡ Fuerza máquinas ! — ¡ Victoria ! »

Se salvó ; y aun diz que al alba,
Anclando en Puente Mayorga,
Dijo, al ver tanta avería
Y su propia nave rota :

« Mañana volveré al moro,
Aunque el infierno se oponga,
Que teniendo á Dios conmigo,
Lo demás poco me importa. »

El Marqués de Molins.

ROMANCE XIII.

Angustiosa situacion del ejército.— Resuelve no desistir de la empresa. — Determínase la marcha de Prim á Ceuta en busca de víveres.— Cambia el tiempo.— Aparecen los vapores.— Bustillo socorre al ejército.

Por el horizonte asoma
Pálido el sol y sin fuerza,
Sólo á alumbrar los estragos
De aquella noche tremenda;

Sin que el benéfico influjo
De sus vivos rayos pueda
Ahuyentar la tempestad,
Que en vez de calmarse arrecia.

Ántes que apuntara el dia,
Dejando O'Donnell su tienda,
En el mar los ojos clava
Y el primer albor espera.

Luce por fin : sus temores
Son ya realidad funesta :
¡Desapareció la escuadra;
No hay á la vista una vela!

Mas nunca trances adversos
Abatieron su entereza:
Para aquel y otros mayores
Apercibido se encuentra.

Mústios yacen los soldados;
La inaccion los impacienta;
Contra el temporal furioso
Se agota su resistencia.

En esto, no muy distantes,
Algunos disparos suenan,
Y al punto llama á las armas
El toque de las cornetas.

Todo es movimiento entonces;
La calma en ardor se trueca:
La esperanza de un combate,
En vez de asustar, consuela.

Jinetes moros asoman
Por los picos de la sierra,
Y al frente de nuestro campo
Escaramuzando llegan.

El fuego de los cañones
Los desbarata y dispersa,
Y las columnas que avanzan
Ven la llanura desierta.

Los soldados pesarosos
Envainan las bayonetas,
Y con desmayado paso
A sus puestos se replegan.

Allí de nuevo rabiosos,
Maldiciendo su impotencia,
Tornan con los elementos
A la desigual pelea,

Donde no importa el arrojo,
Ni las cargas aprovechan,
Ni hay para vencer mas armas
Que fe, constancia y paciencia.

Así los despide el dia;
Así la noche los deja;
Así del alba naciente
La nueva luz los encuentra.

El retador arrogante
Casi á desmayar empieza,
Y al último esfuerzo acude
En la satánica prueba.

De la racion del soldado
Escasos resíduos quedan;
La escuadra huyó de la costa,
O acaso pereció en ella.

Las olas, de tal desastre
Confirman la atroz sospecha;
Que jarcias, cuerpos, tablones,
Sacan bramando á la arena.

Y más lo confirma el ver
Que por la playa desierta
Tres hombres desnudos vienen
Y al campamento se acercan.

Todos á su encuentro acuden
Y con ansia los rodean;
Quién los cubre con su poncho,
Quién su frasco les presenta;

Y unos y otros los apuran
Con cien preguntas diversas,
A que los náufragos tristes
Con flacas voces contestan.

Los tres de la Rosalía
Ayer tripulantes eran;
De esa nave que en la playa
Tumbada yace y deshecha.

Casi con filial ternura
Su fin desastroso cuentan,
Y su lucha, y su agonía,
Y su heróica resistencia.

Y de su querida nave
Encareciendo las prendas,
Dudan que mejor fortuna
Lograran sus compañeras.

Cabizbajos y en silencio
Los circunstantes se quedan
Al escuchar el relato
De aquella horrible tragedia.

Y ya en la mente de aquellos,
Que por complexion funesta
Sienten dos veces el mal,
Cuando amaga y cuando llega,

El descarnado fantasma
Del hambre á asomar empieza,
Helándolos de terror
Con su faz amarillenta.

De aquel mudo abatimiento
La causa O'Donnell penetra,
Y ántes que el pánico cunda,
A conjurarlo se apresta.

A generales y jefes,
Y á cuantos consigo tengan
Provisiones de regalo,
Que las entreguen ordena;

Y que una masa comun
Haciendo de todas ellas,
Se distribuya en el campo,
Y á partes iguales sea.

Hácese cual lo dispone;
Y aquel reparto comienza
A provocar del soldado
Los donaires y agudezas,

Viendo de algunos manjares
La forma para ellos nueva,
Tal, que dudan recelosos
Si los comen ó los dejan.

Allí era ver al soldado
Contemplar con extrañeza,
Ora el pastel de Strasburgo,
Ora la piña en conserva;

Cestillas de Prevalaye,
Mermeladas y jaleas,
Y muy vestidos de plata
Los salchichones de Génova.

O'Donnell, que el buen humor
De los soldados observa,
Juzga propicio el instante,
Y la ocasion aprovecha.

En medio de ellos avanza;
La algazara al punto cesa;
Y él con voz firme y solemne
Les dice de esta manera:

«¡Hijos! al suelo africano
Venimos á hacer la guerra,
De Isabel y España en nombre,
Que su honor nos encomiendan.

»La tierra que estais pisando
Suya es desde hoy, que no nuestra;
De ella guardadores somos
Por la patria y por la Reina.

»Al Negron hemos llegado
Tras cien batallas sangrientas;
Hasta el Negron llega España;
Aquí están hoy sus fronteras:

»Término sagrado, en donde
Nuestros padres nos enseñan
Que los leales perecen
Ántes que la espalda vuelvan.

»Y si esta tierra, soldados,
Si esta bien ganada tierra
Está además bautizada
Con sangre de nuestras venas,

»Española ya y cristiana,
De su abandono ¡oh vergüenza!
No solo entónces á España,
Sino á Dios, darémos cuenta.

»Si de ganar á Tetuan
Acometimos la empresa;
Si el mundo lo sabe, y tiene
La vista en nosotros puesta;

»En mitad de la jornada,
¿Cómo desistir sin mengua?....
Si de la escuadra el apoyo
Las tempestades nos niegan,

»Dios, cuyo potente brazo
Nos asistió en la pelea,
Hoy tambien nos dará auxilio
Por inesperada senda.

»¡Soldados, fiad en Dios!
Y pensad que nos espera
Allí el honor, en Tetuan;
Allí la ignominia, en Ceuta.»

«¡A Tetuan!» Un solo grito
Todo el campamento atruena.
«¡A Tetuan! ¡Allí mañana
Hervirán nuestras calderas!»

O'Donnell, que el triunfo ansiado
No tan próximo contempla,
Una columna dispone,
Y al bravo Prim la encomienda,

Para que á Ceuta, en silencio,
Parta al punto á la ligera,
Y al campo con provisiones
Forzando la marcha vuelva.

Resolucion atrevida,
Como Dios no la proteja;
Que si las cábilas junta
Y con muchedumbre inmensa

Ataca el moro, mermado
Allí el ejército encuentra,
Y la columna va escasa,
Si no de valor, de fuerza.

Pero Dios que no abandona
Al que en su bondad espera,
Vuelve los serenos ojos
A la combatída tierra.

Con su celestial mirada
Baña de luz las esferas:
Calla el huracan: las nubes
Silenciosas se dispersan.

«Venciste,» clama Luzbel;
Y abandonando la presa,
A su profunda morada,
De abismo en abismo rueda.

Marchaba ya la columna,
Cuando súbito se observa
Allá entre el cielo y las ondas
Alzarse leve humareda,

Y de repente aparece,
Como si del mar saliera,
Un bajel que al horizonte
Su negro penacho ondea.

¡Es un vapor!.... á la costa
A toda máquina llega:
Y otro despues..... y otro luego.....
Y otro más..... ¡la escuadra es esa!

El esforzado Bustillo
La conduce; mal repuesta
De la pasada borrasca
Que aun dura rugiendo entera,

Al mar de nuevo se arroja;
Que ha jurado, aunque perezca,
Al ejército, su hermano,
Salvar del hambre ó la afrenta.

Entre vítores la escuadra
Al fondo sus anclas echa,
Y abundantes provisiones
Sacan las lanchas á tierra.

Racionadas ya las tropas,
Serenada la tormenta,
Y en calma el mar, manda O'Donnell
Que toquen á abatir tiendas.

Todo lo olvida el soldado;
Y con marcial gentileza
Marcha al rumor de las bandas
Gritando: « ¡ Viva la Reina ! »

Cómo al tramontar despues
De Cabo-Negro las crestas,
Divisó á Tetuan, alzada
En su magnífica vega,

Y cómo ardió en sus entrañas
Aquel santo fuego al verla,
Que el cruzado en Palestina
Sintió correr por sus venas,

Cuando de Jerusalen
Le hirió la vista primera,
En el siguiente romance
Mejor ingenio lo cuenta.

VENTURA DE LA VEGA.

ROMANCE XIV.

Paso del Cabo Negro. — Primera vista de Tetuan. — Reto á la caballería mora.

Ruda comenzó la lucha
Con la luz del alba y ántes;
Aun se prolonga tremenda
Y está cayendo la tarde.
Ya dejaron á la espalda
Nuestras intrépidas haces
Del Asmir las turbias ondas
Y los macilentos sauces:
Ya por angosta cañada
Se abrieron difícil calle,

Y por barrancos fecundos
En vegetacion salvaje;
Ya treparon á montañas
De áspera y enorme base,
De agria y escueta pendiente,
De elevacion formidable;
Y por más que siguen bravas
Hora tras hora el avance,
No salvan el promontorio
Del Cabo Negro gigante.
Nada hay que dome su brio,
Nada que su paso ataje;
Mas los tropiezos son muchos,
Y no cesan los combates.
Ora embisten á los moros,
Que se mantienen tenaces,
Y les arrolla la furia
De su vigoroso ataque;
Ora viéndose metidas
Entre espesos matorrales,
A la par que los contrarios
Se abalanzan como canes,
Les aguardan á pié firme,
Y les curan de coraje,

Tiñendo las bayonetas
Hasta los cubos de sangre,
Sin ceder á la fatiga,
Pisando sobre cadáveres,
Se deleitan con la fuga
De la dispersa falange;
Y aun no es suya la victoria,
Porque á cimas no distantes
Moros acuden veloces,
Y de refresco, y á enjambres.....
« ¡Vive Cristo! No parece
»Sino que del suelo salen
»Esas movedizas masas
»De alquiceles y turbantes;
»A bien que será por dicha
»Más terrible su desastre:
»Mejor se corta la yerba,
»Cuanto más espesa nace.»
Se oye al adalid insigne,
Honra de los catalanes,
Que, por mandato del jefe,
Tambien hoy marcha delante;
E hiriendo con las espuelas
A su bridon los ijares,

Y señalando á las cumbres
Con la punta de su sable :
« ¡ Arriba, mis cazadores ! »
Grita , y arranca al escape ;
Y detrás se arrojan fieros
Todos al bélico lance ;
Y ufanos y vencedores ,
Por fin despliegan al aire
Sobre las últimas crestas
El nacional estandarte.....

¿ Qué ven sus pasmados ojos ?....
¡ Espectáculo admirable!
A un lado arenosa playa ,
Y el mar, y un bosque de mástiles ;
A otro vasta cordillera ;
De frente un extenso valle ;
Lo cortan súcios pantanos
Y cristalinos raudales ;
Lo embellecen lindos huertos ,
Y una ciudad al remate.....

« ¡ Tetúan ! » exclaman unos ;
Otros : « ¡ Así fuera Tánger ! »
Y vivas dan á la Reina ,
Y á España y los generales ;
Y entre el alegre tumulto
Se cruzan diversas frases ,
Miéntras que dirigen manos
A la ciudad y semblantes.
Casi todos llaman torres
A sus blancos alminares ,
Pues no conocen mezquitas ,
Y sueñan con catedrales.
« ¡ Cuál se parece á Carmona ,
Donde me llora mi madre ! »
Tal vez pronuncia un soldado ,
Buen hijo, mas no cobarde ;
Y otro dice al camarada
Con muy natural donaire :
« Allí no faltan paredes
En que puedas recostarte. »
Y á un cadete de Simancas ,
De tres lustros no cabales ,
Llevando la diestra al hombro ,
Se oye decir con arranque :

«Aunque es muy fuerte el castillo,
Si Dios permite que asalte
Mi batallon, de seguro
Me la gano en los adarves.»
Y se renuevan las voces
De regocijo y las sales,
Segun llegan á las cimas
Soldados y capitanes;
Mas no alcanzan á ver todos
Lo que origina los plácemes,
Pues tras de lucir opacos
Los rayos crepusculares,
Montes, pantanos, verjeles,
Arenas, olas y naves,
A un tiempo envuelve la noche
Bajo su negro ropaje.....

Ya solo brillan en torno
Las hogueras del vivaque,
Y ya la impávida hueste
Reposa de sus afanes,

iéntras en su tienda á solas
espierto está y vigilante,
l que da comun impulso
union á las voluntades,
Y del ejército es guia,
Y le liberta de azares,
Para que siempre á la gloria
Por entre laureles marche.

Así escucha los acentos
De las bandas militares,
Que para anunciar la aurora
Madrugan más que las aves;
Y al claror vago y confuso
Del matutino celaje,
Tiende por el horizonte
Su mirada penetrante,
Y con ansia busca moros,
Y ve que, fuera de alcance,
Les da en sus toscos estribos
Sierra Bermeja baluarte.

De pronto, y estando cerca
Rubin, Galiano, Villate,
Les dijo, segun es fama,
Con placentero lenguaje:
«¿No se jacta la morisma
»De sus jinetes pujantes,
»Sólidos como peñascos,
»Y raudos como huracanes?
»¿No pregona que sañudos
»Cuanto hallan al vuelo barren,
»Con el mortífero filo
»De sus corvos yataganes?
»Llegada es la coyuntura;
»Cesen voces y obras hablen:
»Sacad nuestros escuadrones
»Contra los suyos alarbes;
»Sacadlos á campo raso,
»Abrid palenque, retadles,
»Y sepan que somos hijos
»De Cides y de Guzmanes.»

Trascurren pocos momentos,
Y hácia los llanos feraces
Van entre algunos cañones
Y muy contados infantes,
Los que á la usanza de Hungría
Ostentan vistoso traje,
Con los que ciñen coraza,
Y con los que lanza blanden.
No infunde pavor ni susto
La empresa gentil á nadie:
Todos se muestran alegres
Y de gallardo talante.
Ya marchan por la llanura,
Ya están léjos de sus reales,
Ya á los contrarios dan caras,
Ya se les plantan audaces.
Entónces con escarceos
Lucidos, y en son de alarde,
Los retadores caudillos
Pasean sus potros ágiles
Por frente de la morisma,
Provocándola á que baje.

Pocos son los castellanos;
Sin cuento los musulmanes:
¡Terrible sonará el choque
De sus fuerzas desiguales!....
Mas ¿no saltan á la liza?
¿Cómo envainan los alfanjes?....
¡No asombra, no, la pavura
Que su corazon abate!
Son muchos, pero están solos;
Con los nuestros va el Dios grande.
Su Alá y su rey opresores
Les doblan á yugo infame:
Siervas forman su familia,
Cuevas tienen por hogares;
Y otra religion y patria
A los nuestros dan realce,
Y aumentarán la cosecha
De sus laureles brillantes.
Solo el amor los cautiva;
Honor en sus pechos arde:
Lo han de legar á sus hijos,
Cual lo hubieron de sus padres.
Con la voz hablan de Europa
Al África vacilante.....

¿Qué puede ante la cultura
Sino temblar la barbarie?
Por eso los de Mahoma
No se aventuran al trance;
Y fatigados los nuestros
De provocarlos en balde,
Les apuntan los cañones,
Y á los primeros instantes
Los ahuyentan con sus fuegos
A otras escabrosidades.
Señores del campo todo,
Al suyo vuelven galanes,
Donde la hueste contenta
Y orgullosa los aplaude,
Y se envanece el caudillo
De comandar á hombres tales.
Y por cierto que fué hazaña,
Como de antiguas edades,
Singular, caballeresca,
Digna de bronces y jaspes,
Y de que se esculpa en oro
Para los patrios anales.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ROMANCE XV.

Bombardea la escuadra los fuertes de la Ria.—Los ocupa el general Rios.—Se desembarca el tren de sitio.—Cañones rayados. — Cohetes á la Congrewe. — Puentes. —Construccion de reductos.

Tarde y perezosamente
Rasga las sombras espesas
De la noche el turbio sol,
Que el soplo de Enero hiela;
Mas de la africana costa,
Entre lo oscuro clarean
Ya los peñascosos cerros
Que esclavas las olas besan.
Entre impaciente y dudoso,

El alma en los ojos puesta,
El marinero español
Los descubre entre la niebla.
Al verlos redobla inquieto
Su entusiasmo en la faena;
Y cuando el fulgor del alba
Pudoroso luce apénas,
Ya bañándose en espuma
La volteadora paleta,
Ya horadando el agua el hélice,
Ya henchida la blanca vela,
A combatir aprestada,
El mar que sulca hermosea
La noble escuadra española,
Que á todo trapo navega.

¡Qué gozo brilla en los ojos,
Qué afan el ánimo alienta
Del marino, ya en sus manos
Viendo encendida la mecha!
Por santa envidia mil veces
Combatida su alma inquieta,
Vencer y morir con gloria
Vió á sus hermanos en tierra.

¡Qué bien del noble Bustillos
Hoy la voz se lo recuerda!
«¡Allí las huestes del moro
Segaron sus bayonetas!
¡Allí vertieron su sangre
Por la Patria y por la Reina!
¡Que por la Reina y la Patria
Hoy se derrame la nuestra!»

Sacude el viento las jarcias,
La ola el costado golpea,
Se escapa el vapor rugiendo,
Cruge la nave, y se mezclan
Al pito y á la bocina
Voces que el viento se lleva,
Formando un rumor confuso,
Imponente, que se eleva
Ya como oracion grandiosa,
Ya como clamor de guerra.

En la boca de la Ria,
De la línea á la cabeza,

La capitana del fuerte
A los huecos bronces retá.
En vano llama al combate;
El preñado cañon truena
Sobre la oscilante tabla,
Lanza el estrago, y deshecha
La nube de humo, impasibles,
Mostrando entre las almenas
Apagados los cañones,
A los fuertes se contempla.
Como gigantes cadáveres
Yacen en la orilla; prueba
Nuestra gente una vez..... otra
A despertarlos..... ¡Empresa
Inútil! á nuestras balas
Ninguna bala contesta!

Quien del ansiado combate
Ve la esperanza deshecha,
«¿Por qué no tiene valor?»
Dice, abatida la diestra.
«¿Sólo con la mar y el viento
Mi lucha ha de ser eterna?
Si Dios lo quiere, si así

Sólo en holocausto acepta
Nuestras vidas por España,
¡Oh! ¡que de nuevo por ella
Arroje el agua insepultos
Nuestros cuerpos á la arena!» [9]

Y así diciendo, á las lanchas
La gente se arroja; rema;
Corta el bote de la Ria
La vírgen corriente; llegan
Al fuerte, escalan el muro,
En su recinto penetran,
Y en vez de ronca amenaza,
En vez de triste querella
Suplicante, sólo hiere
Su sentido la voz hueca
Del eco, que temeroso
Zumba en las cuadras desiertas.
La soledad y el espanto
Allí cual señores reinan,
Borrando del fugitivo
Las mal estampadas huellas;
Y en las mudas baterías
Desplegada al aire ondea

Sobre el africano muro
Del español la bandera.

¿Por qué alegre vocerío
Del Norte á la parte suena?
¿Quién de la playa á las rocas
Con planta impaciente trepa?
Ya los rápidos transportes,
Ya la escampavía ligera,
Una y otra vez remolcan
Cargadas lanchas á tierra;
Y al pisarla los que vienen,
A España la vista vueltá,
Con una triste sonrisa
La saludan y se alejan.

Tal vez al paso que el aire
La marcial música llena,
Va un sofocado suspiro
Volando á la orilla opuesta;

Tal vez la mano que pronto
Rayo será en la pelea,
Entre airada y temblorosa
Húmedos ojos restriega;
Tal vez de una voz querida
El viento imita la queja;
Tal vez al paso se oponen
Fantasmas calenturientas:
El tierno niño llorando,
Que las rodillas aprieta
Del padre; la casta esposa
Que sin respirar le alienta,
La madre que por vez última
Bendice al hijo y le besa,
La amante vírgen que á solas
Con lágrimas por *él* reza!

Pero al descubrir al léjos
En los picos de la sierra
De las mal enjutas armas
El brillo, al mirar de cerca
Los atezados semblantes,
Que largas barbas sombrean,
Y los honrosos girones

Del poncho, que mal recelan
De la bala y la gumía
Las ensangrentadas huellas,
El bravo general Rios
Clama á los suyos: « ¡ Que sean
Para ellos estos recuerdos
Que nuestras almas penetran,
Aliento que los anime,
Oracion que los defienda!
¡ Sús! como á ellos, soldados,
Pensemos que nos esperan
Aquí el deber y la honra:
¡ Allá por nosotros ruegan!
¡ Sús! ¡ Al combate! »— *¡ Al combate!*
Estremecida la sierra
Repite, y los batallones
Marchan alegres, con nueva
Sangre á ennoblecer el suelo
Que bajo las plantas tiembla.

Ocupados ya los fuertes,
Se oyen rechinar las cuerdas,
Y dan crujidos las cabrias
Que á los morteros sustentan.

El temido tren de sitio
Baja formidable á tierra,
Y en formas mil la victoria
Y la muerte en él se encierran.
Ya los salvadores puentes
Todo recelo desechan
De que estorbar nuestro paso
Ningun obstáculo pueda.
Ya del hendido cañon
La angulosa boca muestra
Hambre de despedazar
Las enemigas trincheras.
Ya el serpenteante cohete
Parece que ansioso espera
La chispa para volar,
Dispersando la agarena
Masa de negros jinetes,
Como huracan hojas secas.

¡Ah, Tetüan infelice!
Que verás pronto contempla

Amenazantes reductos
Brotar en tu verde vega
Cual traílla de lebreles
Que al cohibido tigre cercan,
Irán cercando tus muros
Hasta abrazarse á tus piedras.
Pronto de inflamados globos
Serán tus mezquitas presa,
Monton de escombros tus casas,
Y tú laguna sangrienta!
¡Ah, Tetüan infelice!
No opongas loca defensa
Contra la mano de Dios
Que tus errores condena.
Luz de verdad para el alma,
Condicion que te ennoblezca,
Los que enemigos juzgaste
Hoy, pobre ciudad, te llevan.
¿Por qué, por quién de tus hijos
Hoy tantos muerden la tierra?....
No tiene patria el esclavo;
No adora en Dios quien le afrenta!

ANGEL MARÍA DACARRETE.

ROMANCE XVI.

Tetuan por dentro.—Division de opiniones, de intereses, de raza y de religion.—Llegada de Sidi-Ahmet (Muley-Ahmet) con tropas de refuerzo.—Vence el partido de la resistencia.—Salvas; alegría.

¿Veis el vendaval furioso
Que troncha los altos robles,
Turba el mar, el llano arrasa
Y hace estremecer los montes?
Así corre en Tetüan
El huracan del desórden,
Dejando sin rienda el moro
Sus indómitas pasiones.
Del español, ya muy-cerca
Vibra el tambor, truena el bronce;

La luz brilla de sus tiendas
En las sombras de la noche,
Y, por más que la morisma
Falsas victoriás pregone,
Del cristiano arredra á todos
La marcha audaż y uniforme.
De los árabes caudillos
La discordia el pecho roe:
Quién teme que las mezquitas
Bomba estallante destroce;
Quién la ciudad al cristiano
Rendir sin rubor propone;
Quién pide que á todo trance
El perdido honor se cobre,
Y entre la muerte y la infamia,
La muerte sereno escoge;
Y no falta entre los jeques
Algun frenético jóven
Que, como sangriento emblema
De sus instintos feroces,
De un español la cabeza
Sobre una pica enarbole.
Con el mísero trofeo
Plazas y calles recorre,

Y gozando como tigres
De la sangre en los horrores,
Salvajes turbas le siguen
Con júbilo de hotentote.....
Hay momentos en la vida
De ciudades y naciones,
En que no se escucha el eco
De los humanos dolores,
En que la maldad es gloria,
En que son fieras los hombres,
Y á luz sale todo el cieno
Que el fondo del alma esconde.

No hay terrado en Tetüan,
Plaza, ni adarve, ni torre,
Donde el rebato no atruene,
Donde el tropel no rebose:
Gentes de razas distintas
Y de apartadas regiones,
Y rostros en que difieren
Expresion, forma y colores.
Fez, Azamor, Tarudante.
Y otras ciudades, responden
Al déspota, en cuyas aras

Honra, hacienda y vida ponen.
Allí el gentil *amazirga*,
Que recuerda en su audaz porte
De Juba y de Masinisa
Los soldados triunfadores;
Allí el negro del Sudan;
Allí el *beduino*, el *xilóe*,
Y de Adrar y de Erhamena
Los intrépidos pastores,
Los *ludajas* del desierto,
Indomables, aunque pobres,
Y los moros *bereberes*,
Foscos, rebeldes, atroces,
Provocan bulla y tumulto
Con sus anárquicos choques.....

Más templada y más modesta
En palabras y en acciones,
Contrasta en la airada turba
De Jacob la errante prole.
Si mas cuerdos los judíos,
No son por eso mejores:
No es fácil que en pueblo avaro
Llama de entusiasmo asome;

Pero admira verle en lucha
Con su denigrado nombre,
Su misterioso destino
Siguiendo tenaz é inmoble.

Rota su gigante historia,
Sin paz, sin tregua, sin norte,
Esa nacion desgraciada
De un polo á otro polo corre,
Como Ashavero, su emblema,
Sufriendo el castigo enorme
Que por sus pasadas culpas
La Providencia le impone.
Ludibrio y víctima á veces
Del rincon donde se acoge,
Hoy en Marruecos se muestra
Abyecto, taimado y pobre,
Por temor de sus verdugos
Escondiendo el pan que come.

Los sultanes del Mogreb,
Cual tiranos opresores,
Le despojan y le humillan;
Y ¿cómo es dable que broten

Sentimientos generosos
De pechos donde se esconden
Con las iras del esclavo
Del avaro los temores?
Indiferente el hebreo
A los árabes blasones,
No ve arriesgado en la lucha
Mas que el oro de sus cofres.
Acaso acentos del alma,
De esos que solo Dios oye,
Le hacen dar secreto culto
De Castilla á los leones,
Porque ve llegar con ellos
La paz, el amparo, el órden,
Y no teme que el cristiano
A su hogar sagrado toque,
Ni con afrentas le humille,
Ni con tributos le agobie.
Mira un sol que se levanta,
Y otro sol que ya traspone,
Y está bien clara la senda
Del interés que le absorbe.
No hay temor que el israelita
Su astuta máscara arroje;

Que son su intento y su norma
Ir del que impera á remolque:
Hoy con el moro escarnece
A los fieros invasores,
Hoy á los cristianos culpa.....
Mañana serán sus dioses.

Fantástico aspecto ofrece
Tanta gente, en tradiciones,
En intereses, en brios,
Y hasta en religion discorde.
De un solo impulso movidos,
En extremas ocasiones,
Se confunden y se acercan
El desvalido y el prócer.
Bajás, alcaides, ulemas,
Soldados y sacerdotes,
Mocademes y alfaquíes,
Hoy se ven juntos, conformes;
Que los filos del orgullo
De estados y condiciones,
Del infortunio y del riesgo
Embota el áspero roce.
La plaza, do arreos y armas

De soldados españoles
Con saña infernal los moros
Maldicen, manchan y rompen,
Y do el Talmud y el Coran
Forman satánico entronque,
Es de razas, lenguas, trajes,
Mosáico revuelto, informe;
Es un torbellino, un cáos,
Recio mar que escuadras sorbe,
Delirante *pandemonium*,
Que grima y espanto pone.....

Aquel peregrino cuadro
Turban súbitos rumores;
De los rastrillos del muro
Rechinan los duros goznes,
Y entra un torrente de moros
Con sus caballos veloces.

Va con ellos Sidi-Ahmet,
Que anuncia en su altivo porte
La sangre de los jerifes,
Que ardiendo en sus venas corre.
Rayos despiden sus ojos,

Sus armas vivos fulgores,
Y la desmandada turba
Rostro y actitud compone.

A la ciudad acechada
Con sus jinetes acorre,
Ávidos de lucha y sangre
Cual las fieras de sus bosques;
Y al mirarle, no es extraño
Que la ciudad se alboroce,
Y que su marcial talante
El susto en denuedo torne.....

¡Por Dios, que el Príncipe moro
Es fiero, arrogante y noble!
Con ademanes airosos
La rienda al corcel recoge:
Párase en la extensa plaza,
Y, ántes que su ayuda imploren,
Dirige al pueblo anhelante
Estas gallardas razones:

«No hay mas Dios que Dios: en balde
El fuerte á su ley se opone.

Quiere Alah que del cristiano
La atrevida empresa aborte,
Y no han de pasar dos lunas
Sin que su imprudencia llore.
Su táctica le embaraza;
Dan compasion sus bridones;
Vuestra rapidez le asombra;
Vuestro ardor le sobrecoge.
El español no ha de ser
Quien vuestras cervices doble,
Y los laureles eternos
De Alcazar-Kibir nos robe.
Muy pronto ondearán en Ceuta
Nuestros ínclitos pendones,
Y tambien el estampido
De los mahometanos bronces
Ensordecerá los ecos
De los ibéricos montes.....
Allí, alcanzamos un dia
Poder, ventura y renombre:
Allí al Coran dando gloria,
Fuimos héroes y señores.
La Alhambra allí nos espera
Con sus espléndidas torres,

Con sus esbeltas columnas,
Con su ambiente y con sus flores.
Aun viven, burlando al tiempo,
Del Coran sagrados motes
En su alicatado muro
Y en sus mágicas labores.
A las bellas granadinas
Aun prodiga Alah sus dones;
Aun respira nuestra sangre
En sus ojos brilladores.....
Pues bien, Granada, esa tierra
De deleites é ilusiones,
Donde no hay labios sin risa,
Ni corazon sin amores,
Es el astro de esperanza
Que anuncia luz, gloria y goces.
Aquel *suspiro del moro*,
Del vencido acento innoble,
Que las almas agarenas
Con rabia y dolor aun oyen,
Por siempre acalle el estruendo
De los bélicos tambores,
Y las cortantes gumías
Con sangre el recuerdo borren.

Esos infieles soberbios
Que se juzgan vencedores,
Siglos, para ajar, lidiaron,
Las palmas del Guadalhorce;
Y, áun dichosos y engreidos,
No han visto nunca en su corte
Ni arquitectos como Géber,
Ni sábios como Averróes.
Ved en Córdoba y Granada
Alzarse un nuevo horizonte,
Donde el blason de la patria
Se engrandezca y se acrisole.
¡ Gloria á Mahomed! El cristiano
Temblando á sus piés se postre,
Y los dogmas del Profeta
Mudo acate, humilde adore.
Del Mogreb el recio empuje
El solio español derroque,
Y el trono de los Califas
Vuelva á ser la luz del orbe.»

De júbilo y de entusiasmo,
Con gritos atronadores,
Las palabras del jerife

La exaltada turba acoge.
Cesan pláticas de guerra,
Suenan moriscos obóes,
Y bárbaros añafiles
Música forman discorde.
Con salvas y con lilíes
De su angustia se reponen;
Hacen sabroso alcuzcuz,
Y al rumor de los cañones,
En zambras estrepitosas,
Cantan, bailan, gritan, comen.
Con banderas berberiscas
Adornan los miradores.....
Como adornaban en Grecia
Con espléndidos festones
La víctima que aturdida
Del cuchillo espera el golpe.

El *morabito* denuesta
Con lengua liviana y torpe
La hispana hueste, y maldice
De Ros, de Prim y de O'Donnell;
Y cuando exclama: *está escrito*
Que triunfen nuestros pendones,

Responde el pueblo : *está escrito!*
Con fanáticos clamores.....

¡ Pero en balde ! del orgullo
Son falaces ilusiones.
¡ Infeliz moro ! tu suerte
¿ No te está diciendo á voces
Que ese decrépito imperio
Está de la tumba al borde ?
Está escrita, sí..... tu ruina
En libro, ley de los orbes,
Libro inefable y divino,
Que por tu mal no conoces.
Está escrito que de España
Los invictos campeones
De una aurora de justicia
Te señalen los albores.....
¡ No resistais !...., fuera en vano.
De las hispanas cohortes
No es barrera á las hazañas
Del Átlas la inmensa mole :
Su firme arranque no enfrenan
Ni de la peste el azote,
Ni el furor de las borrascas,

Ni las nieves, ni los soles.
No hay agravios que no venguen,
Ni enemigos que no domen,
Ni glorias á que no aspiren,
Ni peligros que no arrostren.
Presa ha de ser Tetŭan
De los tercios españoles;
Que en toda el África junta
No puede haber quien estorbe
Que el laurel de la conquista
Su altiva frente corone.
Hoy, infeliz Mauritania,
Tu antiguo esplendor no evoques:
Gérmenes de muerte llevan
Tu perfidia y tus errores,
Y el Coran es el veneno
Que tu existencia carcome.
Árabes degenerados,
No espereis que galardone
La victoria vuestro arrojo;
La santa Cruz rompió el molde
Donde formaba Tarif
Sus heróicos escuadrones.
Hoy permite Dios que España

Su antigua venganza colme,
Reanudando de sus glorias
Los quebrados eslabones,
Y que sus valientes hijos,
Despues de once siglos, logren
Devolveros la visita
Que nos hicisteis entonces.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

ROMANCE XVII.

Llegada de los catalanes. — Recibimiento que les hace O'Donnell. — Arenga de Prim.

Rigoroso entra Febrero,
Y mermado ya el caudal
De sus ánforas, Acuario
Suelta á los ábregos da.
Tiéndese en la africa playa
El vuelo del huracan;
Que allí, si el céfiro llega,
Se torna en austro voraz.
Óyele Atlante, y sacude
Su cabellera glacial,
Y el hediondo lago [10] exhala

Su mortífero volcan.
Los céspedes de sus valles
Ofrecen lecho falaz,
Donde el áspid fementido
Vibra su dardo letal.
Ni mora allí ser humano
En quien viva la piedad:
Duròs y atezados muestran
Rostro y pecho por igual.
Sus razones son las armas,
Su fe la deslealtad :
Yacen de un déspota esclavos,
Y de su barbarie más.

¡Ah, que el trance en que empeñada
Tu virtud ¡oh patria! está,
Como acrisolar tus timbres,
Puede tu gloria amenguar!
¿Qué obstinacion es la tuya,
Temerario capitan,
Que no á lidiar con los hombres,
Sino con los vientos vas?
De tus bélicos clarines
¿A qué el concertado afan,

Si vanos sus ecos mueren
Cabe el estruendo del mar?
Áun repite entre sus ondas,
Testigos de caso tal,
Los postrimeros lamentos
Del mísero Sebastian;
Y áun Argel entre sus sirtes,
Para ejemplo de otro audaz,
Guarda las deshechas quillas
De la ambicion imperial.

No; que sus iras venciendo,
Se ven ya cerca brillar
Las armas de nuevos héroes,
Que en nuestro auxilio vendrán.
A la mal segura playa
Llegan, saltan; ¡ hélos ya!
¡ Victoria! ¡ Que es ella! ¡ Es ella!
La hueste del Llobregat!

Temblando, pérfida Libia,
Huya tu atroz leviatan:
Cuanto fué el baldon sangriento,
Sangrienta la lid será.

No de tus impuras manos
Vienen el cetro á arrancar,
Ni tus henchidos tesoros
Codicia á su pecho dan.
Nace en su region la aurora,
Bella, espléndida, feraz,
De industria y riqueza emporio,
Y de España antemural.
Ni opresion ó arbitrio ajeno
Torcieron su voluntad:
Héroes hace el albedrío,
Pero la fuerza jamás.
Armó Barcino sus diestras,
Prole vil de Abderraman:
Hoy la afrenta allí heredada
Redimir puedes acá;
Hoy el ímpetu indomable
De tus corceles soltar,
Si los bandos no renuevas
De Masinisa y Sifax.

Esos son los que añadieron
Por timbre de su lealtad,
Al tarraconense muro

Corona y palma triunfal;
Esotros del Ter reciben
Ánimo y fuerza tenaz;
Esos las lises ostentan;
Y en una y otra señal
Listones de sangre todos,
Por la que han de derramar.

Súbito del campo ibero
Clamor se alza universal:
«¡A las armas!» — No: ¡A la costa!
Himnos de gozo entonad;
Que ya en nuestro auxilio viene
La hueste del Llobregat!
Corred, ántes que el adusto
Relente de ese arenal
Evapore el aura patria
Que su aliento exhalará.
Ellos las postreras ansias
De nuestras prendas traerán:
Enamorados suspiros,
Ósculos de amor filial,
El llanto de nuestras madres,
Los votos de la amistad.

¿Veis cuán ágiles avanzan,
Desnudos pechos y faz?
En sus corazones llevan
Sobrada defensa ya.
Dura el espíritu en ellos
De Moncada y Galceran;
Berengueres y Raimundos
Favor les han de prestar,
Y luz segura á sus ojos
La Estrella de Monserrat.

Ese de mirada altiva,
Es su cabo principal,
Sugrañes, cuyo denuedo
Semeja ferocidad.
Moxó le sigue, anhelando
Ver el rostro al musulman;
Serret, que en bélica torna
La insigne veste escolar,
Y con sus heróicas haces
Rodriguez, Rothen [11] y Artal.

Vítores sin fin resuenan
De las trompas al compás;

Cuando de apuestos jinetes
Rodeados á la par,
Uno risueño, otro grave,
Y con solemne ademan,
A darles la bienvenida
Salen, y oficio y lugar,
El Escipion castellano
Y el Aquíles catalan.

Fama es que el primero dijo:
« ¡ Falange bella y marcial!
Para la morisma entera
Me basta con la mitad.
¡ A estos llamaban rebeldes!
No lo son en buena paz;
Ni el férreo afrentoso yugo
Al romper, hicieron mal,
Con reyes como Olivares,
Y lances como Rocroá [12].»

Mas Prim, que adalid glorioso
Les fuera tiempos atrás,
La espada en la mano puesta,
Les dice en su habla natal:

« A morir habeis venido,
O á vencer, que tanto da.
Aquí la vida es lo ménos,
Porque el honor es lo más!

»No conteis con la victoria,
Mas con la muerte contad:
Viva el cobarde; el valiente
Áun muriendo es inmortal.

»Hijos sois de aquellos héroes,
Espanto del Tracio mar,
Que ámbitos breves hallaron
Los del imperio oriental.

»Esas legiones que os miran,
Al mundo asombrando están;
A la gloria, á la venganza,
Su caudillo os llevará.

»¡Ay si amenguaseis su nombre!
¡Ay si tornaseis la faz
Como viles al peligro!....
¡Aquella loma es Tetuan!

»Hasta que moreis en ella,
Ni asiento tendreis, ni hogar,
Ni reposo vuestros miembros,
Ni vuestros morrales pan!

»Si un piélago se interpone,
Nadando se ha de salvar.
¡ Mañana á embestir sus muros!
¡ Mañana es nuestra Tetuan! »

Y enhiesto en ambos estribos:
«¿ Lo jurais?» — «¡ Jurado está! »
Responden acordes todos.
«¡ Llevamos peso de más!»

Y la pólvora arrojando,
Cual desbordado raudal
Se entran, al son de mil vivas,
Por el valle de Tetuan.

CAYETANO ROSELL.

ROMANCE XVIII.

Los cinco campamentos moros. — Preliminares de la batalla del 4. -- Intimacion á Tetuan.

I.

Despues de haber tributado
Su ofrenda á la Vírgen pura
El dia de las Candelas,
Segun marca la liturgia,
Subió el ilustre caudillo
De las cristianas columnas
A la torre de la Aduana,
Que cortésmente saludan
Guad-el-Jelú con sus ondas,
Y el Atlillas con sus brumas.

Desde la tosca azotea
Que domina la llanura,
Muestra las hordas salvajes
A los héroes que secundan
Sus bélicos pensamientos
Con española bravura:
A la derecha, los tres
Campamentos donde agrupa
Sus cábilas *el-Abbás*,
Coronando las alturas
Que á Sierra Bermeja ofrecen
Estribo para que suba:
Al frente, los dos que manda
Muley Ahmmet, con las turbas
De peones y jinetes,
Que en arrogante apostura
Cierran el paso á la blanca
Ciudad, que allá se columbra.
Todo lo aprecia y lo mide;
Todo lo indica y valúa:
Las artilladas trincheras
Que los defienden y ocultan;
El terreno quebrantado,
Que á veces se cree que undula;

Las corrientes del Alcántara,
Las cenagosas lagunas,
El alcance de los fuegos,
Y la musulmana incuria.
Y despues de señalar
Lentamente una por una
Las líneas que ocupar deben
En la batalla futura,
Dice, con voz reposada,
A los que atentos le escuchan:
«Pasado mañana, sábado,
Emprenderémos la ruta,
Y camparémos donde hoy
Está campando la chusma.
Allí está la paz; la paz,
Noble, gloriosa, fecunda.....
O las llaves del imperio
Que audaz á Castilla insulta.
He dicho: verémos quién
Es el que mejor las busca.»
Dijo, y los bravos caudillos
Que componian la junta,
Partieron hácia sus tiendas,
Pensando en las frases últimas.

Y es fama que al reclinarse
En su lecho, y no de plumas,
Apagando la bujía
Que débilmente le alumbra,
El héroe de *Castillejos*
Murmuró con voz confusa.....
«Como las llaves estén
Donde el general anuncia.....
¡*Ira de Deu!*.... he de verlas
Colgadas de mi cintura.»

II.

ÁNTES DE AMANECER.

(4 de febrero.)

Áun yace el astro del dia
Bajo las ondas cerúleas
Que salpican y abren paso
En Oriente á su luz fúlgida,

Y ya la hueste cristiana
Va dando muestras seguras
De que en el campo no es
La que postrera madruga.
Millares de hogueras brotan,
Que alejan, rasgan y empujan
Las apiñadas tinieblas
Que valle y cerros enlutan,
Y al resplandor de las llamas,
Que avivan jaras y juncias,
Se apresta España al combate
En son de jácara y chunga.
¿Qué importa el Bóreas helado
Que invade las coyunturas,
Ni qué la lluvia que cala
Tinglados y caperuzas,
Para los bravos leones
Que han arrostrado la furia
De todos los elementos,
Bramando en revuelta pugna?
Todo es movimiento y vida,
Y diligencia y cordura;
Ni una accion inconveniente,
Ni una sola cara mústia,

Ni brazo ni cuerpo ociosos,
Ni quien la fatiga eluda,
Ni quien falte, ni quien sobre,
Ni quien reprenda, ni incurra
En reprension ; que es un alma
La que á todos estimula,
Y al conocer sus deberes,
A sus deberes se ajustan.
Mas ¿dónde encontrar colores
Ni rasgos que reproduzcan
Tanta accion, tanto incidente,
Y tantas frases agudas,
Que á tantos brazos agitan,
Que tantos labios pronuncian?
Allí las tiendas abaten,
Y envuelven, atan y anudan;
Aquí cargan las acémilas,
Entre las que siempre alguna
Devuelve toda la carga
En dos botes por la grupa :
Allí preparan los ranchos,
Donde bajo las burbujas
Del caldo, en feliz consorcio,
Está la esponjosa alubia

Con el socorrido arroz,
Recien llegado del Turia:
Estos cuecen el café,
Y miran subir la espuma,
Mientras que, al pisarlo, un potro
Revienta un saco de azúcar;
Aquellos limpian las armas,
Que á puros frotes enjugan:
Unos recorren los parques
Y preparan las monturas;
Otros las piezas revistan,
Y llenan de agua las cubas:
Allá, alegres vivanderas
Animan á los escuchas;
Acá, celebran un chiste,
Chiste que á varios afufa:
Unos beben, otros comen,
Otros rien, otros fuman;
Otros recuerdan sus lares,
Y dulces cantos modulan:
Este remienda su poncho,
Aquel se lava y atusa;
Otro ni atusa ni lava,
Pero refiere aventuras,

Y la limpieza del rostro
Se la encomienda á la lluvia :
Y relinchan los caballos,
Y los ayudantes cruzan.....
¡Terrestres exhalaciones,
Que por do quiera circulan!....
Y rompe al fin de la diana
El toque marcial, que inunda
De frenético entusiasmo
Aquel espacio que abruman
Hombres, carros y cañones,
Caballos y trincaduras!

Esta hirviente animacion,
Esta inteligente bulla,
Comprendo que no le es dado
Describir á humana pluma.
Imagínelas quien quiera;
Y el que logre tal ventura,
Que este imperfecto relato
Aumente, desglose y pula.

III.

BATALLA Y VICTORIA.

Son las nueve..... y todo cambia :
Cesa la lluvia menuda ;
El sol quebranta las nubes,
Las deshace, ó pone en fuga,
Y en el lejano horizonte
Desdeñoso las arrumba.

El ejército está en línea ;
Cada cual su puesto ocupa ;
Sigue á la zambra el silencio
Y la atencion mas profunda.
¡ Es la señal de partir!....
Y parten. Las aguas turbias
De *Alcántara* torrentoso
Pasan con la planta enjuta,
Por cuatro puentes que ha echado
En la velada nocturna

El cuerpo de los *castillos*,
Que tanto á *Castilla* ilustra.

Ya están en la opuesta orilla;
Y con aplomo y holgura
En la llanura despliegan
Su magnificencia augusta,
Presentando el noble pecho
A las falanges morunas.
Es hoy la primera vez
Que con su mirada astuta
Ve el tigre de los desiertos
En toda su galanura
Al castellano leon
Saliendo de su espelunca.
De frente el leon avanza;
Sus pasos no disimula;
Se agarba el tigre, y le espera
Oculto entre la espesura
De trincheras y faginas
Que en su coraje acumula.
El uno como lëal
Y como fuerte, se escuda
Con su propia fortaleza;

Pero el otro hace que supla
A la fuerza que le falta
Lo que le sobra de astucia.
¿De quién será el lauro?.... ¡Dios
Preste á los buenos su ayuda!
«*¡Adelante!*» grita el jefe,
Que en la jornada vislumbra
Gloria ó baldon para España,
Para él..... honor ó tumba.
«*¡Adelante!*» Y adelante,
Aunque el paso dificulta
De aquella falaz campiña
La cenagosa blandura,
Avanzan nuestros hermanos
Sin vacilacion ni dudas,
Observando las distancias,
Sin describir ni una curva,
Como en una gran parada
Al son de armoniosas músicas.
Nada hay que temer por ellos
Que allí están por su fortuna,
Para darles sin descanso
Ejemplo con su conducta,
El noble conde de Reus

Que ningun lance rehusa,
A la derecha; á la izquierda,
Con su faz meditabunda,
El buen conde de la Almina,
Y en la Ria las chalupas,
Sintiendo no tener ruedas
Para meterse en la lucha.
«*¡Adelante!*» Y adelante,
Y con igual compostura
Avanzan..... Y ya el cañon
Del frente y derecha zumba,
Y ya rebotan las balas
Y á nuestras gentes circundan.....
Pero esas balas no acortan
Su paso ni lo apresuran.
¡Adelante van!.... el pecho
Descubierto, la faz muda.....
Hasta que suene la hora
De vengar tantas injurias.
«*¡Alto y fuego!*» del clarin
Proclama la voz aguda,
Y los bravos artilleros
Sus fieros rayos apuntan
Hácia la grey que se esconde

Tras de sus tierras inmundas.
Y la atmósfera se enciende,
Y el campamento se nubla,
Y en las trincheras revientan
Granadas que el aire surcan,
Y el eco de cien cañones
En los espacios retumba.
Allí no hay mas que exterminio,
Y desolacion y furias,
Que el genio de las batallas
Guia, embravece y azuza.
«¡A la carga!.... ¡A las trincheras!»
El caudillo los impulsa,
Y por la izquierda Alaminos,
Que goza de fama justa,
Con el *primero de Albuera*
Y otros, en pos con *Astúrias*,
Sale al escape amagando
Envolver la diestra punta
De la trinchera enemiga,
Que brota llamas sulfúreas.
Por el frente *Alba de Tórmes*
Con los que ayer *Cataluña*
Presentó en el campamento,

¡Hoy héroes si ayer reclutas!
Y *Leon*, *Princesa* y *Córdoba*
Embisten con saña ruda.
Y ¡allá van nuestros valientes!....
Mas ¡ay! que la tierra impura
Es musulmana, y pelea
Por los suyos, y nos burla
Con su cieno, y embaraza,
Y nos detiene y nos chupa.
¡Poder de Dios!.... ¡Cómo arrecian
La metralla y baraunda!
El hombre que allí se mete,
Se entra hasta la horcajadura,
Y cómo clavado queda,
Aunque forcejea y suda,
Porque allí hasta los caballos
Se dejan las herraduras.
¡Horrible, horrible momento
De confusion y de angustia,
En que el ánimo decae,
En que las fuerzas se apuran!....
Pero el Dios de los ejércitos
Que no quiere que sucumban
Tantos bravos, les envia

Al que no desmaya nunca,
Nuevo rayo de la guerra,
Que al de Granada deslustra,
Al sin par conde de Reus,
Del que oyen la voz robusta.
Esa voz los enloquece;
Y entre el plomo que diluvia,
Haciendo esfuerzos supremos,
Hallan al fin tierra dura.
«*¡A la carga!.... ¡A las trincheras!*....
Y en arremetida brusca
Sobre las trincheras caen,
Y cuerpo á cuerpo reluchan.
»*¡Seguidme!*....» grita Don Juan;
Y por la estrecha abertura
De una tronera se mete
Con su caballo, y derrumba
Cuantos estorbos encuentra;
Hiere, quebranta, machuca.....
Y en tan feliz ocasion,
Y en hora tan oportuna,
Que al bravo Alaminos libra
De una muerte prematura.
Con él entró la victoria,

Que allí en Gelelí consuma
El bizarro Enrique O'Donnell,
Lanzando á las quebraduras
De la sierra, y destrozando
Sobre las ásperas puntas
De las rocas á las bandas,
Que aún el paso le disputan.
¡Todo cae! ¡Todo cede
Bajo la garra iracunda
Del indignado leon,
Que al fin su presa tritura!
¡Victoria! grita el cristiano,
Con voz que al infiel asusta.
¡Victoria!! sobre él repite,
Obligándole á que huya.
Y allá va la *guardia negra*
Con su horrible catadura,
Y allá los *moros de rey*
Con su faz tétrica, adusta:
Unos entran en Tetuan
Para esconder su pavura;
Otros, por cerros y valles,
Sembrando van las babuchas.

IV.

INTIMACION Á LA PLAZA.

Sobre la alfombra de lauros
Que la victoria tributa,
Al Caudillo que ya campa
Donde campaba la chusma,
Dice este á los de Tetuan
(Que ya el pillaje barruntan)
Con militar entereza,
Mas con hidalga mesura:
« Entregadme la ciudad
Sin condiciones ningunas,
Que el ejército cristiano
De la victoria no abusa.
No me obligueis á que el fuego
A cenizas la reduzca:
Veinticuatro horas os doy.....
¡ Cuidad de que no transcurran ! »
Y el ejército y España,

Con entusiasta locura
Estas palabras acogen,
Que al cielo su honor encumbran.
Y los vítores resuenan,
Los vates la lira pulsan,
Y á la vez que al vencedor
Con sus cánticos arrullan,
Su heróica fama transmiten
A las edades futuras.

En tanto la santa fe,
Que en los aires se columpia,
Desciende..... y cubre con palmas
Las cristianas sepulturas.

Madrid, 14 de febrero de 1860.

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

ROMANCE XIX.

Noche que precede á la rendicion de Tetuan.
— Muertes, horrores.

I.

PREDICCION.

¡Tetuan, mansion favorita
De Alá, del Profeta asilo!
El turbante de tinieblas,
Que la noche te ha ceñido,

Mejor sienta á tus dolores
Que los cambiantes y hechizos
Con que embellece la aurora
Tus alminares moriscos.

Mas ¡ ay ! con la negra noche,
No esperes que el sueño amigo
Á tu corazon descienda,
Como á la planta el rocío.

Una horrible pesadilla
Va á conturbar tus sentidos,
Y á oprimir van tu garganta
Ensangrentados vestiglos.

Terribles imprecaciones
Retumbarán en tu oido,
Y romperá tus entrañas
El hierro de los beduinos.

Será al calor de la hoguera
Tu llanto desvanecido,
Y en el satánico estruendo
Se apagarán tus suspiros.

Pobre ciudad sin ventura,
En tí se estrella el destino;
Tu mismo alfanje te hiere;
Sufre tu suerte : está escrito.

De las siniestras antorchas
A los fulgores rojizos,
Apura el amargo cáliz
De la hiel de tus delitos.

En tus lóbregas mazmorras
¡Cuántos cristianos cautivos!
¡Cuántas veces ultrajada
Fué la Cruz en tu recinto!

¡Cuántos crímenes horrendos
De tus muros al abrigo,
Al calor de tus ulemas
Y á impulso de tus caudillos!

¡Qué furibundas empresas
De codicia y fanatismo,
Contra la nave cristiana
Que cruzaba el mar vecino!

Borra, borra en una noche
De expiacion y martirio,
Los crímenes que en tu seno
Amontonaron los siglos.

Llora, y serás consolada :
Al eco de tus gemidos,
Vendrá mañana Castilla
A salvarte del abismo.

Aprende, triste sultana,
En tu amargo sacrificio,
Lo que va desde el Coran
Hasta la enseña de Cristo.

II.

LA NOCHE.

Lóbrega y triste es la noche :
El viento gime en la vega;
Tetuan sumida parece
En denso mar de tinieblas.

Todo es horror y silencio,
Sin que interrumpa la queda
Lejano son de guitarra
O de morisca querella.

Los árabes ajimeces
Ni luz ni vida revelan :
Su faz esconde la luna,
Su resplandor las estrellas.

Ya en las alturas vecinas
Se apagaron las hogueras;
Ya duermen los españoles
Bajo las frágiles tiendas.

Mas no, no todos reposan:
De tiempo en tiempo resuena,
Cual pavoroso rugido,
El ronco grito de ¡alerta!

Grito que en alas del viento
Á la árabe ciudad llega,
Como terrible amenaza
O maldicion del Profeta.

¡Pobre morisca ciudad!...
Los extranjeros te cercan,
Y tus príncipes huyeron
Vencidos en la pelea.

Si la fatídica noche
Es del dolor compañera,
Escóndete en tus arcanos,
Y hunde tus cuitas en ella.

Pero ¿qué extraños rumores
Su vago horror acrecientan?
¿Serán las aves nocturnas
Que entre los muros revuelan?....

¿Qué sombras ó qué fantasmas
Se deslizan en la niebla?
¿Dónde medrosas caminan
Esas pisadas inciertas?

¿Quién abrió allí el ajimez
Con misteriosa cautela?
¿Qué dicen esas palabras
Que el raudo viento se lleva?

¿Qué mano empuja el portillo?
¿Quién por la ojiva penetra?....
Allá perdida palmada
Tal vez anuncia una seña;

Aquí se oyen comprimidos
Sollozos, sin que se sepa
Qué corazon los exhala
O qué dolor los engendra.

Todo mezclado y confuso
Con las ráfagas ligeras,
Todo borrado y perdido
En un mar de sombra densa.

Rasgando el negro celaje
El rey que en la noche impera,
Entre los rotos crespones
Deja asomar su diadema;

Y acaso á piedad movido
Por la ciudad agarena,
Las torres alicatadas,
Aunque breve espacio, argenta.

A sus trémulos fulgores,
Gigante, gallarda, esbelta,
Una figura aparece
De la muralla en la cresta.

Sobre los hombros fornidos
El ancho alquicel se pliega,
Y blanco y rojo turbante
Ciñe su erguida cabeza;

Y con los árabes ojos,
Vivos como dos centellas,
Clavados en el recinto
De las hispanas trincheras,

Aquella inmoble figura
Asomando en las almenas,
Más bien que un hombre, parece
Tétrico busto de piedra.

Con más humilde ademan,
Pero de faz ruda y fiera,
A corto trecho unos veinte
Formando grupos conversan,

Pero con voz recatada;
Que, aunque bizarros, respetan
Al torvo Hassem, que en el muro
El campo español contempla.

Así pasó breve espacio
Aquella tranquila escena,
Cuando surgiendo en la sombra,
Como serpiente en la yerba,

Negro y siniestro africano
De súbito se presenta,
Y con planta presurosa
Al jeque humilde se acerca.

Y Hassem, pasando la mano
Sobre la frente soberbia,
Cual si quisiese apagar
El volcan de sus ideas,

Al negro volvióse, y ambos
Hablaron de esta manera:
«¿Viste á Jetira?—¡Ojalá
Nunca mis ojos la vieran!

—¿Leyó mi carta?— Leyóla;
Y esto me dijo en respuesta:
«Esclavo, dí á tu señor
Que aborrezco sus finezas:

»Que quiero en Tetuan la muerte,
Mejor que en Fez la vergüenza;
Que parta solo: ¡Jehová
Maldiga mi descendencia!....»

No se oyó mas : una ráfaga
De viento borró las letras ;
Pero el alma atravesaron
De Hassem como aguda flecha ;

Y del volcánico pecho,
Donde el rencor se alimenta,
Lanzando sordo rugido,
Que al negro la sangre hiela :

« Está bien »— dijo ; y llevando
Hácia la daga la diestra :
« ¡ La fama de mi venganza,
Por Alá, que será eterna ! »

Luego con paso tranquilo,
Mas con mirada de hiena,
Calándose la capucha
Al grupo de moros llega.

No sé qué breves palabras
O mágicas ó siniestras
Pronuncia, que los salvajes
De vivo gozo se llenan.

Un momento se revuelven;
Rompidas frases alternan,
Y con feroz alegría
Que en sus ojos centellea,

Bajando el muro y la rampa
Como veloces panteras,
Entre las sombras se pierden
Y en la ciudad se dispersan.

Ya solos en la muralla
Hassem y su siervo quedan;
Pero la espalda volviendo
El jeque, tambien se aleja,

Así diciendo al esclavo,
Que mudo su órden espera:
« En la puerta de la mar,
Antes del alba, mi yegua.»

III.

EL MOTIN.

Vuelve á embozarse la luna
En el manto que la cerca;
Y hace bien; que cosas hay
Que vale más el no verlas.

Pero infernales vislumbres
Surcan las calles estrechas,
Y ya en frenética turba
El ancho coso fermenta.

Son los feroces beduinos,
Los chacales de la sierra;
Y ¡vive Alá! que la noche
Va á ser de zambra y de gresca.

A la luz de las antorchas
Los alquiceles blanquean,
Y se ven grupos siniestros
Que se confunden y mezclan.

Quién dice que Muley-Abbas
Ha sucumbido con mengua;
Quién, que no es justo al cristiano
Dar de Tetuan la riqueza;

O que es traidor Sidi-Amete,
O que la hebráica ralea
Está sin duda vendida
A la hueste nazarena;

Que dejarán la ciudad,
Puesto que ya no hay defensa;
Pero á escombros reducida
Y de ceniza cubierta.

Y con la furia en los ojos
Y el improperio en la lengua,
La mano en el yatagan
Y el pensamiento en la presa,

Más bien que seres humanos,
Parecen bandada hambrienta
De buitres, que ya se ciernen
Sobre un rebaño de ovejas.

Ya corre en la judería
De boca en boca la nueva,
Que las hordas montaraces
Para el pillaje se aprestan;

Y la calma pavorosa
Mortal angustia se trueca;
Y mil confusos clamores
Aquellos ámbitos pueblan.

Los sábios y los levitas
En el templo se congregan;
Mujeres y pobres niños
Por las calles se lamentan.

Cruzan fantásticas luces
Por direcciones opuestas;
Allá se corre un cerrojo,
Aquí se afirma una puerta;

Y dentro de los hogares
La confusion es extrema:
Quién iracundo se agita,
Quién se abate y se consterna.

Unos juran la agresion
Rechazar á viva fuerza;
Este llora, aquel vacila,
Y los momentos apremian.

El rico, plata y joyeles
Sepulta bajo de tierra;
El mercader su tesoro
Hunde en recóndita cueva.

Contra el pecho lacerado
Al niño la madre estrecha;
El marido por su esposa,
El padre por su hija tiembla.

Unos preparan sus armas;
Otros salmódian y rezan.....
¡Ay, ya hierve en lo lejano
La bramadora tormenta!

El Dios de Abraham y de Isac,
Raza infeliz, te proteja.....
Él, que te abrió por las aguas
Del Rojo mar ancha senda;

Él, que por tí hizo fecundas
Del desierto las arenas;
Él, que columna de fuego
Te concedió en las tinieblas,

Y á Rut doradas espigas,
Y á Ester inmortal diadema,
En este amargo momento,
Raza infeliz, te defienda.

Mas ¡ay, la sangre del Gólgota
Salpica la frente vuestra!
Elige, pueblo deicida,
En esta noche de prueba

Entre la Cruz, que los brazos
Llena de amor te presenta,
Y las hordas que ya rugen
En torno de tus viviendas.

En el reló del destino
Ya sonó la hora suprema;
Ya bajo el hacha y el fuego
No hay quicio con resistencia.

Ni valen pesada barra
Ni refornida cadena;
Si el obstáculo es mayor,
La acometida más récia.

Y cual torrente que rompe
El valladar que lo enfrena,
El triste hogar del hebreo
La muchedumbre atropella.

En balde el mísero anciano
Se postra y humilde ruega:
Con carcajadas responden,
O con horribles blasfemias;

Y la virtud escarnecen,
Y deshonran la belleza,
Y á los ancianos ultrajan,
Y á los maridos afrentan;

Y ni el sexo ni la edad,
Ni el llanto ni la inocencia,
Contienen á aquellos tigres,
Que ansia de crímenes ciega.

¡Ay, del que en tanto baldon
A su verdugo denuesta!
La furibunda gumía
El labio pronto le sella.

Pero el fatídico estruendo
De la satánica fiesta,
Terribles detonaciones
De tiempo en tiempo superan;

Que hay quien defiende su honor,
Que hay quien disputa su hacienda,
Y cara vende su vida,
Y resiste la violencia.

Ya el fruto de largos años
De privácion y miseria,
Los bárbaros se reparten
A la luz de las hogueras.

Lo que no cuadra al botin
Por su extension ó materia,
Lo hiende la cimitarra,
O el fuego torna en pavesa.

Muebles que el nácar incrusta
Y búcaros de la Persia
Caen desde el alto ajimez,
Y en la corriente se estrellan;

Y los ayes de las víctimas
Con los sarcasmos se mezclan;
Y crece la confusion,
Y la algazara se aumenta,

Y no el albergue tan solo
De los hebráicos saquean.....
¡Ay del muslim! si en su hogar
Beldad esconde ó riqueza.

Los hijos de la montaña
Nada en su furia respetan,
Y el Alcoran y el Talmud
Con la misma planta huellan.

Pero tambien los chacales,
Que en un rebaño se ciegan
En la noche, ántes del alba
Se vuelven á sus cavernas.

Y las selváticas hordas,
De sangre y botin repletas,
De aquel campo de exterminio
A retirarse comienzan.

Ya la ciudad van dejando,
Como la hirviente marea
Cuando la playa abandona
Y entre las sirtes se aleja;

Que cerca están los cristianos,
Y antes que el sol aparezca,
Hay que ocultarse en los montes
O guarecerse en las selvas.

Ya los hachones se apagan,
Los gritos salvajes cesan;
Y otra vez reina la noche,
Horrible, lóbrega, eterna.

Y de la bárbara orgía
Solo en los ámbitos quedan
El ¡ay! de los moribundos
Y el llanto de las hebreas.

Al despuntar en Oriente
Del sol la lumbre serena,
¡Qué cuadro la ciudad mora
De horror y angustia presenta!

¡Qué amarga desolacion
La que en su seno se alberga!
Cadáveres mutilados
Las calles y plazas siembran.

Aquí los quicios hundieron;
Allí quemaron las puertas;
Y de sangre y de exterminio
Por todas partes la huella.

Raros y artísticos muebles
De otras gentes y otra era;
Magníficos pebeteros,
Terso cristal de Venecia,

Porcelanas de la china,
Ricas y vistosas telas,
Rancias y antiguas pinturas
Con signos y con emblemas,

Atriles y veladores
De odoríferas maderas,
Y libros y pergaminos,
Tal vez tesoros de ciencias,

Todo disperso en las calles
Y hecho girones ó piezas;
Todo estragado y perdido
Por el alfanje ó la tea.

Y en torno de los despojos
De la furia sarracena,
Desconsoladas familias
Lanzan sollozos y quejas.

El que era ayer opulento,
Se asombra de su miseria;
Y de mas hondos pesares
Otros pechos se lamentan.

Madres que buscan sus hijos
Y que sus hijos no encuentran;
Mujeres cuyos esposos
Yacen víctimas sangrientas!

Quién grita desesperado;
Quién mudo se reconcentra:
Do quier llanto y amargura;
Do quier horror y tristeza.

Un pobre anciano, en el rostro
Congoja mortal impresa,
De una mujer el cadáver
Entre los brazos eleva.

Flota hasta el suelo tendida
De ébano la cabellera,
Y la faz mústia parece
Como truncada azucena.

¡ Jetira ! ¡ Jetira ! exclama
El padre en voz lastimera ;
Mas Jetira no responde,
Porque Jetira está muerta.

Y con el alma transida
Y desmayadas las fuerzas,
A tosco banco vecino
La arrastra más que la lleva.

La coloca en sus rodillas,
Entre sus brazos la estrecha,
Y con lágrimas heladas
La marchita faz le riega.

Y «¡Dios de Abraham y de Isac!»
Prorumpe con voz que aterra,
«O vuélveme á mi Jetira
O arráncame la existencia!»

Despues abre los cendales,
Donde aun la sangre se orea,
Cual si á fuerza de dolor
Quisiese acallar su pena.

Mas ¡ay! descubren sus ojos
(Y el corazon se le hiela)
Que aun el puñal homicida
El blanco seno penetra!

Tiembla, vacila; y al punto
Con mano crispada y yerta,
Del casto virgíneo pecho
Arranca el arma funesta.

Sus apagadas pupilas
Rápido instante chispean;
Convulso agita la daga
Que aun en su mano gotea;

Y en ella despavorido
Fijando la vista incierta,
« ¡Hassem! » leyó sobre el pomo,
Escrito en árabes letras.

Más tarde, de parlamento
Bajo la blanca bandera,
Ante el caudillo español
Triste anciano se prosterna.

« ¿ Quién es? — Del pálido rostro
Lo dice la angustia acerba.
— ¿ Qué es lo que pide? — ¡ Venganza
Contra las cábilas fieras! »

El Marqués de Auñon.

ROMANCE XX.

Comision de parlamento.

Por el azul de los cielos
Dos horas el sol llevaba,
Vertiendo mares de lumbre
Sobre campos y montañas,

Cuando abriéndose la puerta
De Bab-el-Hocla nombrada,
Apareció en sus umbrales
Una humilde cabalgata.

En los adarves del muro,
Y en las mudas atalayas,
Niños, mujeres, ancianos,
La faz llorosa asomaban;

Para ver á los que tristes,
Murmurando una plegaria,
Paso tras paso salian
De la ciudad africana.

Si los que se van, parecen
Devorar penas amargas,
No menos cuita revelan
Los que quedan en la plaza;

Aunque en todos los semblantes
Que sombras de muerte empañan,
Como entre nubes la luna,
Brilla un rayo de esperanza.

¿Adónde van los que parten?
¿Por qué dejan sus murallas?
¿Qué poder al campo odioso
Del cristiano los arrastra?

¡Ay! tras la discordia fiera
De las enemigas razas
Que al falso Profeta adoran,
Ó solo á Moisés acatan;

Tras dias de acerba lucha,
Tras noches de horror preñadas,
Cuando ya lograr no esperan
La victoria de sus armas;

Hoy van á rendir la luna
De las huestes musulmanas
Ante la Cruz nazarena
Que su fiereza avasalla;

Y á besar humildemente,
Como salvacion ansiada,
El hierro que en veinte lides
Blandió incontrastable España.

Tristes van los cuatro moros
Que al campo enemigo marchan;
Mas distintos sentimientos
En su rostro se retratan,

Cuando al doblar una altura
De naranjales poblada,
Que con ricos azahares
Perfuman las tibias auras,

Pierden la ciudad de vista,
Cual si perdieran el alma,
Y descubren la llanura
Llena de tiendas cristianas.

Aquí se paran un punto
Porque el aliento les falta,
Y alzando al cielo los ojos
De nuevo en su ruta avanzan.

Cruzando van por la tierra
De propia sangre regada,
En que áun palpitan los restos
De la reñida batalla.

Doquiera encuentran señales
De su perdicion infausta;
Turbantes, rotas gumías,
Alquiceles y espingardas.

Doquier que fijan los ojos,
Con espanto los apartan,
Pues hallan algun cadáver
Que de su baldon les habla.

Y en medio de la ruïna
Que en torno su vista abarca,
De aquellas muertas memorias
De su indómita pujanza;

Memorias ¡ay! que quisieran
Cubrir con la noche opaca,
Y el sol alumbra implacable
Con su luz más viva y clara,

Como impelidos de un genio
Aceleran más su marcha,
Cerrando á veces los ojos
Para no ver mengua tanta.

Así afanosos caminan,
Sin que de sus labios salga
Más que el suspiro de angustia
Del que no espera venganza;

Y de repente se encuentran
Al pié de un grupo de palmas,
Del hispano campamento
La centinela avanzada.

«¿Quién vive?» en el punto mismo
Grita una voz castellana;
Y responden agitando
Un blanco lienzo en un asta.

«Venimos de paz» añade
El que al parecer los manda:
«Ver á tu caudillo quiero.....»
Y aquí suspirando calla.

Al escuchar los soldados
Esta amigable demanda,
Las españolas trincheras
Los parlamentarios pasan;

Y los que ayer los vencieron
Hoy nobles su vida amparan;
Y en busca del jefe ilustre
Sin tardar los acompañan.

Cruzan del campo cristiano
Las calles bien ordenadas,
Sin que la menor ofensa
Ojos ni labios les hagan;

Y cuando ya se aproximan
A la tienda más gallarda
Que abrigo presta al caudillo,
Azote de su arrogancia;

Al atravesar la calle,
Que *Mayor* las tropas llaman,
Ábrese para mirarlos
La multitud apiñada.

Marcha delante de todos
El de la bandera blanca,
Pobre, de villano aspecto,
Que roja babucha calza.

Sigue, cual jefe, un anciano
Severo, con luenga barba,
Seco de carnes y enjuto,
De grave y triste mirada.

Viste caftan azulado,
Tarbúc de color de grana,
Media y zapato europeo;
Jamet-Abehir se llama.

Monta el anciano una mula
Robusta, de airosa estampa,
Con una manta morisca
Ricamente enjäezada.

Va detrás un moro jóven,
Que siete lustros no alcanza,
De buen continente, erguido,
Ojos garzos, vista clara.

Lleva abultado turbante,
Blanco albornoz á su espalda,
Desnuda la fuerte pierna,
Limpia su mano de dama.

Y cerrando aquel cortejo
Otro va de humilde traza,
Con alquicel y turbante,
Babucha y media de lana;

En cuyo moreno rostro
Solamente se retrata
La admiracion que le inspira
Cuanto en redor suyo pasa.

Llegan, por fin, del caudillo
A la tienda deseada,
Y allí de pié y en silencio,
Graves su regreso aguardan;

Pues como buen capitan,
Que en el triunfo no descansa,
Hoy apresta sus soldados
Para combatir mañana.

Suena en esto, de allí cerca,
Solemne la régia marcha,
Y con su escolta y á escape,
Ya el general se adelanta.

Monta un alazan brioso,
Que en correr al viento gana:
Llega, saludan, se apea,
Con su sonrisa les paga;

Y entrando al punto con ellos
En su militar estancia,
Sólo se queda á la puerta,
Fija, la bandera blanca.

«¡Gran cristiano, Alá es tu apoyo!»
Jamet-Abehir exclama:
«Ven á Tetáuen, que dentro
Reina la discordia, y mata.

»Los malos quieren la guerra;
Los buenos la paz demandan:
Ven, si respetar prometes
Nuestro Profeta y usanzas.»

«Moro, en nombre de mi Reina,
Responde á los que te mandan
Que será en la paz clemente
Quien fué rudo en la batalla.

»Mas si mañana á estas horas
No se ha rendido la plaza,
Piensen que podrán en breve
Mis cañones arrasarla.

»Vé : si los paternos lares
Vuestros corazones aman,
Los horrores de un asalto
Conjurad de vuestra patria.»

Mas ya acabó la entrevista:
Cortesmente se separan:
Jamet-Abehir al Conde
Con tres saludos acata.

Y empuñando la bandera,
Y rezando otra plegaria,
Paso á paso se volvieron
A la ciudad africana.

ANTONIO ARNAO.

ROMANCE XXI.

Entrada en Tetuan. — Consagracion de la mezquita. — *Te Deum*.

Cabalgan los dos Muleyes
Con alaridos horribles;
Llorando quedan su fuga
Los míseros tetuaníes,
Y á la ciudad los cristianos
Mueven sus huestes felices,
Si azote ayer de soberbios,
Hoy esperanza de humildes.
De espadas y bayonetas,
Que claro fulgor despiden,

En alto llevan las cruces
Soldados y paladines.
Grande clamor de victoria
Los diáfanos aires hinche ;
En son jubiloso rompen
Atambores y clarines.
Tapias que el humo ennegrece
Su estruendo triunfal repiten ,
Forzadas puertas , y losas
Que reciente sangre tiñe.
Tetuan , que con mofa un dia
Vió á España amagar sus lindes ,
Los montes trocando en llanos ,
Venciendo iracundas sirtes ;
Que , luégo, en tiendas moriscas
Miró colérica erguirse
De banderolas cristianas
Los arrogantes astiles ,
Y al fin gimió cuando hollaron
Su cinturon de jardines
Valientes potros del Bétis ,
En rápido curso libre ;
Tetuan aplaude que ahora
Sobre sus torres se afirme

De España el pendon, vengado
Con sangre de marroquíes.
Las moras en los balcones,
Cubiertas con sus monjiles,
Ondean blancos lenzuelos,
Que aun mojan lágrimas tristes.
Los moros á los cristianos
Con grave ademan reciben,
Y, de rodillas por tierra,
De hebreos catervas viles.
Y en tanto los fugitivos
En rápida marcha siguen,
Sonando broncas sus cajas,
Dolientes sus añafiles.
Estalla y zumba á lo léjos
El fulminante salitre;
Pavor les da su estámpido;
Bien es que se atemoricen;
Que al son que los aires hiende,
Católicos adalides
A celebrar sacrosanta
Solemnidad se aperciben,
Donde por siempre deshechos
Los infernales ardides,

So el peso de enhiestas cruces
Los alminares se humillen.

¡ Oh bienhadada mezquita,
Que en declinar de tu orígen
Para lograr tal ventura,
Primera en tu imperio fuiste!
Si el cielo á nobles intentos
Otorga prósperos fines,
En toda tu ardiente zona
Serás de bonanzas íris!
Decoran tu impura estancia
Sagradas aras y efigies;
Alegres campanas cubren
La voz de tus almuedines:
En rayos de sol prendidas
Nubes de incienso sutiles,
Solícitas te regalan
Aromas incorruptibles:
Tus prestes á Dios confiesan,
Le cantan y le bendicen;
Del tabernáculo brota
La luz que al mundo redime,
Y al pié del Dios INMOLADO

María radiante asiste,
Cual junto á cárdenos lirios,
Lucen nevados jazmines.
A su obediencia sujetos,
La imaginacion se finge,
Que, al báratro relegando
Huestes de infandas huríes,
El vasto recinto ocupan
Espíritus invisibles,
Arcángeles y querubes,
Y tronos y serafines,
Y atletas que de sí propios
Triunfaron en santas lides,
Y mártires con estolas
Del casto color del cisne.
Y grata sueña la mente
Que su cantar se percibe,
Cuando, camino del cielo,
Las alas tienden, y dicen:
« De Agar la bastarda prole
Su antigua soberbia expie;
Extremo azote la alcance,
Correspondiente á su crímen.
La altiva que á hierro quiso

Fundar ley aborrecible,
A ley de amor rinda el suelo
Donde aun sus plantas se imprimen.
En tímidas ovejuelas
Trocados están los tigres.
¡Acude, Castilla, acude,
Engendradora de Cides!
¡Triunfe la Cruz! ¡El Africa se humille!
¡Restaure España sus egregios timbres!

«Por tí, rindieron cosecha
De lauros inmarcesibles
Riscos del Átlas incultos
Y estériles arrecifes;
Por tí, el africano imperio
De cabo á cabo entapicen,
En vez de letales rosas,
Sacras espigas y vides.
Dilata de pueblo en pueblo
Tus generosos estirpes;
Trofeo á tu gloria sean
Las dos columnas de Alcídes.
¡Triunfe la Cruz! ¡El Africa se humille!
¡Restaure España sus egregios timbres!»

El dulce cantar divulgan
Los céfiros bonancibles;
Por calles y plazas corre,
Por ramblas y por pretiles,
Y asalta en nobles palacios
O en pobres zaquizamíes,
Paganos adoratorios,
Impúdicos camarines.
De monte en monte los ecos
Atónitos lo repiten;
Terror que el aliento embarga,
Cunde hasta Fez y Mequínez.
Y en tanto los dos Muleyes
Tan rápido escape siguen,
Que el viento van azotando
Los caballos con las crines;
Y piensan, miéntras caminan,
Que á quebrantar sus cervices
Sangrienta baja la luna,
Rendida al último eclipse.

EDUARDO G. PEDROSO.

———

ROMANCE XXII.

Júbilo de España. — Fiestas. — Llegan á Madrid los cañones, las banderas marroquíes y la tienda de Sidi-Ahmet.

Apenas anuncia el dia
La estrella de la mañana,
Y por las puertas de Oriente
Asoma la luz del alba,

Cuando los aires atruenan
Repiques, gritos y salvas,
Clamor que el sueño interrumpe
Y á Madrid súbito alarma.

Ya en aterido febrero
Séis veces cruzó la llama
Del sol desde Oriente á Ocaso,
Y hundióse en la mar salada.

Nunca los vientos del polo
Rugieron con furia tanta,
Ni tanto nieves y hielos
Abrumaron las montañas.

Al séptimo sol, tras dias
De zozobra y de esperanza,
Publica el ansiado triunfo
Con áureo clarin la fama.

No ya présago de muertes
El rudo cañon estalla,
Cuya ronca voz retumba
En el alto Guadarrama;

No de afrentoso rebato
Lengua son esas campanas,
Ni renuevan esos gritos
Fratricida lucha infanda.

Envidias, rencores, odios,
Todas las hórridas plagas
Que de crímenes hambriento
Luzbel en sus antros fragua,

Al calor del patriotismo,
Fuente de acciones preclaras,
Hoy de su horror se avergüenzan,
Ó dan treguas á su infamia.

¿Cómo del cierzo y del austro,
Que ayer los campos yermaban,
Se muda el rigor en soplo
De primaverales auras?

¿Por qué vivo azul sin nubes
Los anchos cielos esmalta,
Y en trasparente rocío
Se trueca la dura escarcha?

Propicia naturaleza
Al honor de nuestras armas,
Escarnio de áspero invierno
Vístese espléndidas galas;

Y con mística armonía,
Raro portento de gracia
Que al incrédulo suspende,
Glorias de la Cruz proclama.

¿Escuchais? No es Madrid sólo:
Desde Gádes á Cantabria,
Del Miño al Genil, del Turia
Al oculto Guadiana,

Así en los régios emporios
Como en las rústicas granjas,
Gritos de júbilo dicen:
«¡Tetuan, Tetuan por España!»

Cundió rápida la nueva.
¡Oh cuán pronto se engalanan
Balcones, rejas, buhardillas,
Y hierven calles y plazas!

No hay rostro en que no se mire
La alegría retratada,
Ni manos que no se estrechen,
Ni corazon que no lata.

Paga aquel sus jornaleros,
Y no trabajar les manda;
Al templo llévalos este.....
¡Dios es causa de las causas!

Prosternado en los altares
El clero cánticos alza,
Y las esposas de Cristo
En su celda solitaria.

Por los héroes que murieron
Luchando en tierra africana,
Pide el menestral sufragios
Á costa de su soldada;

Y el anciano sacerdote,
Que áun vive en mayor desgracia,
Atiende el piadoso anhelo,
Pero no acepta la paga.

Al clamor de los que venden
La *Gaceta extraordinaria*,
Mézclanse tiros al aire,
Vivas, músicas y zambras.

Triunfales arcos se elevan
Aquí de vistosas ramas;
Allí, mármoles mintiendo,
Con leyendas y guirnaldas.

Gentes que no se conocen,
Ebrias de placer se abrazan;
Unos disponen banderas;
Otros coronas preparan;

Y hasta la pobre impedida,
Al ver en las torres altas
De su parroquia, la enseña
De Castilla laureada,

Entre lágrimas de gozo
Con rara elocuencia exclama:
«¡Bendito Dios, que á mis años
Esta dicha reservaba!»

Clamorosa muchedumbre,
Respeto al dolor: ¡aparta!
Madres huérfanas son esas
Cuyo rostro el llanto baña.

¡Pobres madres! ¿Qué holocausto
Al suyo en la tierra iguala?
¿Quién hoy tan costosa ofrenda
Tributa á la gloria hispana?

Al templo van : ya las miro
Sumisas al pié del ara.....
« ¡Han muerto, dicen, han muerto.....
Pero han muerto por la patria! »

Corred, pacíficas turbas;
Ya vuestra Reina os aguarda:
Unid vuestro gozo al suyo;
Volad al egregio alcázar.

Esa, que en altos balcones
Dulces lágrimas derrama,
De su Esposo, de sus Hijos,
De su pueblo rodeada;

Esa, para el bien nacida,
Sorda siempre á la venganza,
¡Es Isabel! Su corona
Brilla ménos que su alma.

En espléndido cortejo
Madrid la verá mañana
Ir entre vivas y aplausos
Á dar á los cielos gracias.

Entusiasmo generoso,
Préstame rápidas alas :
Llévame al suelo que riegan
Del Bétis las ondas claras.

Allí entre verdes naranjos
La multitud apiñada :
« Ellos son, son los heridos!....,»
Grita, y solloza, y aclama.

¡Y ellos son! Brilla en sus sienes
El laurel de las batallas
Sobre honrosas cicatrices,
Signo de heróicas hazañas;

Y el pueblo, que presta apoyo
Á sus fuerzas quebrantadas,
Besando el laurel les dice :
« Ved cómo Sevilla os paga. »

¡Oh Sevilla! ¡Oh patria mia!
¡Bien haya el amor, bien haya,
Con que alientas al que sufre,
Madre cariñosa y franca!

Los perínclitos soldados
Que en la fosca Mauritania
Sintieron el agrio filo
De la corva cimitarra,

Y, pródigos de su sangre,
Con indómita pujanza,
Al infiel acorralaron
Allá en las breñas del Átlas;

Aquellos que aun no hace mucho
Con noble sudor regaban
En sus años juveniles
Los aperos de labranza,

Héroes ya, do quier publican
La virtud que te realza,
Y del bien que en tí reciben
Recuerdo indeleble guardan.

Málaga, Cádiz, Sanlúcar,
¡Albricias! Vuestra es la palma:
Dios premia con glorias tales
Vuestra caridad cristiana.

Todas sois ejemplo hermoso
De entusiasmo y de constancia;
Todas para el bien rivales
En las andaluzas playas.

Y ¿dónde no? De Pelayo
Las cenizas venerandas
Hoy de placer se estremecen
En las astures gargantas;

Asómase Recaredo
Al sepulcro en que descansa,
Volviendo ufano los ojos
Al santo Patron de España;

Y las sombras de cien reyes
Allá en la morisca Alhambra
Gritan: «¿Qué es esto? ¿Renacen
Pulgar y el conde de Cabra?»

Renacen ; y otra Isabela
Nuestro espíritu levanta
Á empresas dignas del lauro
De Isabel la de Granada.

¿Por qué de nuevo la corte
Viste sus calles de gala,
Y por doquiera discurre
Muchedumbre alborozada?

¿Por qué se cierran talleres,
Y en balcones y ventanas
Vense historiados tapices
Ó ricas telas de Arabia?

Es catorce de febrero;
Y la juventud gallarda
Que habrá de ser algun dia
Honor de la ciencia hispana,

Con laurëados emblémas
Deja afanosa las aulas
Para escoltar los trofeos,
Mengua del África osada.

¡Los trofeos! Ayer mismo
Esos bronces que entusiasman
Á Madrid, en nuestras filas
Hórrido estrago causaban.

Ayer esa tienda, abrigo
De Ahmet ó de Muley Abbas,
Hoy despojo de los bravos
Prez y orgullo de la patria;

Esa amarilla bandera
Y esa color de esmeralda,
Eran ayer del muslime;
Hoy triunfo ibero proclaman.

¡Oh gloria! ¡oh patria! ¡oh ventura!
¡Oh, si de la tumba helada
El gran cardenal Cisneros
Este triunfo presenciara!

Aquí tambien los pendones
Que su mano consagrada
Tomó en Oran, humillando
Del alarbe la arrogancia.

Ya deja la oscura cripta
Que el rápido Henares baña;
Ya viene su augusta sombra;
Ya entre vosotros se lanza.

Escuchadle, y queden siempre
En la memoria grabadas
Con buril de eterna lumbre
Sus benéficas palabras.

«Hijos — dice — del infierno
Ya en Tetuan se hunde la saña,
Y ante la Cruz salvadora
África herida desmaya.

»Allí vuestro bien: constantes
En ella fijad la planta;
No más villanos rencores;
No más ambicion bastarda.

»Sucumba la envidia; cese
La codicia que os infama,
Sorda víbora insaciable
Que devora las entrañas;

»Á sublimes pensamientos
Unidos abrid el alma:
¡Isabel es vuestra madre!....
¡Gloria á Dios! ¡Aun vive España!»

Manuel Cañete.

FIN DE LOS ROMANCES.

APÉNDICES.

APÉNDICE PRIMERO.

El cable eléctrico.

¡Hércules!.... Fruto bastardo
Del fraude y el deshonor;
Desliz famoso de Alemena;
Vergüenza de Anfitrion;

Apóstol de la violencia;
De cien desmanes autor;
Héroe de empresas nefandas;
Jayan, que no semi-Dios:

¿Cuál fué de tu brazo fiero,
Dí, la proterva intencion,
Cuando el Ábila africano
Del Calpe ibero apartó?

Con *non plus ultra* arrogante,
Á que el hispano valor.
Yendo al confin de Occidente
Borró con escarnio el *non*,

Tambien del África á España
Vedar el paso intentó
Quizá de hazañas futuras
Tu envidiosa prevision.

Pues ¡ pese á tal! si tal hubo,
Tu empeño se malogró;
Que es foso estrecho el Estrecho
Al brio del español.

Barrera un piélago inmenso
No pudo ser á Colon
Cuando en España secuaces,
Que no en otra parte, halló.

Tomando del rumbo osado
Por guia el curso del sol,
Á ignoto abismo se lanza
Del alto designio en pos;

Y en frágiles carabelas
Intrépida le surcó
Falange de héroes, orgullo
De Castilla y de Leon.

Al mundo, que allá al Ocaso
En vano el tiempo escondió,
Llevaron nuestros pendones
Y la cruz del Redentor.

¿Y habria para los nietos
De aquella egregia legion,
De ser tu canal estorbo
A su pujanza y ardor?

En vano el Gènio maligno
Que tu maldad protegió
Revuelve el hirviente fondo
Que al nauta infunde terror.

Levántanse ya agitadas
Por el furioso aquilon
Las montañas espumosas
Con pavoroso fragor.

El solitario peñasco
Que fementida Albïon,
Buitre en ajenas contiendas,
Con su infiel garra apresó,

Tiembla al mugir de las ondas,
Cual déspota usurpador
De airada plebe en tumulto
Oyendo la conmocion.

Del huracan espantoso
Retumba la horrenda voz,
Que de los muros de Gádes
A Ceuta el eco envió.

¿Qué importa? La hispana flota
Ya el glorioso pabellon
De oro y púrpura teñido
En sus mástiles izó.

Ya de esforzados guerreros
Apiñada poblacion
Llena las naves, ansiosa
De ejercitar su vigor.

De la Coruña, Algeciras,
Cádiz, Málaga, el Ferrol,
De Alicante y Barcelona....,
Á una señal del cañon,

Cien velas á la mar salen,
Que á vindicar nuestro honor
Las nobles huestes conducen
Á la africana region.

En vano las encrespadas
Olas, con terco furor,
Las naves sumir intentan
En súbita inundacion;

Las quillas que Magallanes
Á navegar enseñó,
Y que en cien mares de Elcano
Repitieron la leccion;

Cortando férvida espuma,
Que de la borda al penol
Salpica el bajel altivo,
Siguen su curso veloz.

Jamás tan firme y serena
El mar Atlántico vió
Despreciar sus tempestades
Majestüosa Alcïon.

Ya al puerto sobre que vela
El Hacho amenazador,
Una tras otra encamina
La providencia de Dios.

¡Guay de tí, bárbaro alarbe!
Que ya el primer batallon
La tierra infiel ha pisado,
Y no ha de dejarla, no!

Y ¡cuántos otros le siguen!
¡Cuánto terrible escuadron,
Que á tus númidas jinetes
Prepara escarmiento atroz!

¡ Guay de tí, morisma impía !
Que de tu inicua agresion
La afrenta, en mas de once siglos,
Nuestrò encono aun no olvidó !

Vengarla habemos ahora,
Que ya en el sólio español
A la Isabel de Granada
Otra Isabel sucedió.

Y tú, gaditano Estrecho,
De Hércules obra y baldon,
A ser vas de nuestras armas
Sumisò y fiel conductor.

Y para hacer de tu orgullo
Completa la humillacion,
Un cable tus dos orillas
Sujetará vencedor.

Y mientras tú (á quien dà nombre
La caverna del Breton
Que del Muslim quiere injusto
Erigirse en protector)

De cuotidianas borrascas
Suscitas la agitacion,
El fondo de tus arenas
Nos prestará tu favor;

Y por ellas enlazadas
Una con otra region,
Oirá el África española
De sus hermanos la voz.

Mas no, como allá del Támesis
El sórdido mercador,
Emplearemos mezquinos
La peregrina invencion,

Enviando á cruzar la Mancha
Guarismo calculador,
Que de agio bursátil dicte
La artera combinacion;

No de interés nuestro cable:
Mensajes de prez y honor
De la una á la otra ribera
Llevar será su mision.

Dirá á sus bravos España:
¡Hijos, constancia, valor!
De allá nos dirán: *Llegamos*
Ayer, y vencimos hoy.

Ni del sutil artificio
Que Volta un dia inventó,
Habrá menester tampoco
Nuestra ardiente exaltacion;

Que será eléctrica pila
Del fuego de patrio amor,
Bastante á dar mil centellas,
Cualquiera pecho español.

Antonio María Segovia.

APÉNDICE II.

La Cantinera.

Albricias! Tetuan es nuestro,
Pese al Coran y al Talmud,
Y pese, si les pesare,
Á Lóndres y á Liverpul.
Honor á la hueste heróica
Que en denuedo y en virtud
No va en zaga á la que un dia,
Con esfuerzo no comun,
Sobre la vencida Alhambra
Plantó la triunfante Cruz,

Y de las columnas de Hércules
Borró por siempre el *non plus*.
En las venas de sus hijos
Circula la sangre aún
De los nautas impertérritos
Que sobre frágil laúd
Lanzados al mar de Atlante
Desde el límite andaluz,
Bajo la enseña gloriosa
Del inspirado Ligur,
Llevaron á todo un mundo
De la santa fe la luz.
Áun vive la noble raza
Que, ora al Norte, y ora al Sur,
Con Cortés domando á Méjico
Y con Pizarro al Perú,
Conquistó á España la América
En toda su latitud;
Y en Tánger, Orán y Túnez
No borró bien la segur
Del tiempo insignes trofeos
Que, con lágrimas de Horuc,
Alzó la Hesperia á Jimenez
Y á Cárlos y á Santa-Cruz.

Ahora bien, mis cazadores,
Pues turbar vuestra quietud
El arrogante Muley
Mal podrá desde el albur
De anteayer [13], en que perdió
Fama, equipaje y salud;
Y el sarraceno se rinde,
Depuesto el largo arcabuz
Y la acerada gumía;
Y los hijos de Esaú
Redentores os aclaman
De su negra esclavitud;
De vuestras rudas fatigas
Descansad; ya es hora!—Y tú,
Fuerte y gentil cantinera
Que nos sigues desde Irun,
Dales un buen refrigerio;
Que yo pago—Viva!—Abur!

———

Sí, entrad á saco el tenducho
De Bernabea Fortun,

Exclamó la cantinera;
Aflojad el biricú;
Comed, trincad á destajo,
Y brindad de mancomum
Por la patria y por la Reina.
Toma ese arenque, Ferruz;
Parte tú con Juan Urrútia
Esa tajada de atun;
Dad buena cuenta vosotros,
Gil, Sanz, Pastrana, Eguiluz,
Del bacalao, y Gonzalez,
Urrea, Villarregut,
Decetra, llenen el buche,
Segun su aquel y segun
Su apetencia, de tarángana,
Boquerones ó alajú.
Y buenos tragos de mosto,
Aunque se suba al testuz;
Que no hacerle la razon
Seria una ingratitud,
Y la ley no os lo prohibe
Como al que papa alcuzcuz.—
Mas del capitan Mendoza,
Por el firmamento azul

Lo juro, no cobraré
Lo que vale un altramuz.
El ausequio ha de ser mio,
Todo mio, y no hay tus-tus;
Y al bizarro capitan
Haré una solicitud,
Para que dé á los heridos
Lo que importe el ambigú.
Qué os suspende? Ea, al asalto!
Por renunciar á ese plus
No me arruinaré; que áun tengo
Nueve onzas en el baúl.
Ni de hambre, aunque me arruinara,
Me daria un patatús;
Que los que carne y galleta,
Porque hacian el mondiú,
Partisteis con los judíos
Que azotaron á Jesus,
Si acudiera á vuestro rancho,
No diriais: «largo, púf!»
Á la pobre cantinera
Que sin temor ni inquietud,
Expuesto á la santimperie,
Y á la lanza y al obus,

Su cuerpo, no indigno acáso,
Del regalo y el tisú;
Que no falta quien alabe
Mi sal y mi juventud,
Y arrostrando con vosotros
El cólera y el tifús,
Tras de recios temporales
Que desató Belcebú,
Por riscos, breñas y charcas,
Llenas de hediondo betun,
Siguió vuestros batallones
Con varonil actitud,
Del Serrallo á Castillejos,
De Aźmir á Guadajelú. —
Á la par de Dios, mi alférez!
Guapo mozo es el Mosiur.;
Y la cruz ganó en el campo,
Y es todo un conde de U,
Sobrino de Mompansier,
Que es hermano de Nemurs.
Vaya otra copa, Alcolea!
Vítor! —Cepos quedos, Puch!;
Que á mí nadie me engatusa,
Fuera de Pedro Sâgun;

Y eso que me paga mal,
Y es un perdido, un gandul,
Y cuanto puede atraparme
Lo juega al cané y al mus;
Mas para serle traidora
No eligiera un avestruz
Semejante, sino á un hombre
De más enjundia que tú;
Á un bravo de toda ley.....
Verbo en gracia, al cabo Mur!

Manuel Breton de los Herreros.

APÉNDICE III.

Romance de ciego.

En un hospital de sangre
Se encuentra un hijo de España,
Con quietud arrebujado
En los lienzos de su cama.
Larga venda que jaspean
Algunas rojizas manchas,
Su frente espaciosa oprime
Y entrambos ojos le tapa.
Nadie, al verle tan inmóvil,

Fácilmente adivinara,
Si es que dormido reposa,
O si es que velando calla;
Mas no duerme, que en su mente
Fogosa y apasionada
Revuelve toda la historia
De su terrible desgracia.
Pobre, triste y sin arrimo
Desde una edad muy temprana,
En que perdiera á su padre
En los campos de batalla,
No pudiendo, por mancebo,
Manejar fusil ni lanza,
En las huestes de Castilla
De músico sentó plaza.
Así recorrió los montes
De Aragon y de Vizcaya;
Así de Roma los campos
Holló con segura planta,
Y así, cuando el fiero alarbe
Nuestra bandera ultrajara,
Atravesó victorioso
Los riscos de Tingitania.
Músico y soldado á un tiempo,

Todo su amor se cifraba
En armoniosos concentos
Y en militares campañas.
Hoy que perdieron sus ojos
La luz que los alumbraba ;
Hoy que siente haberse hundido
La torre de su esperanza,
Y que ni aun tiene el consuelo
De derramar una lágrima,
El susurro de un quejido
De su pecho se destaca,
¡Ay! de dolor, arrancado
De lo profundo del alma.
Luego, por un movimiento
De su mente acalorada,
De tristes en halagüeños
Sus pensamientos se cambian,
Y el orgullo del artista
En su aspecto se retrata,
Al meditar lo importante
Que es la música á las armas.
Ella imprime el pensamiento
Del general en las masas;
Con sus robustos sonidos

Hasta al tímido entusiasma,
Y es tan grande su influencia
Del soldado en las hazañas,
Que bien merece á su historia
Que se dedique una página.

Al declararse Castilla
Contra la gente africana,
Las músicas militares
Salen por calles y plazas;
Con sus patrióticos himnos
Los corazones se exaltan,
Y el grito de ¡ guerra! sale
De millares de gargantas.

Ya parten los batallones
Con direccion á la playa,
Siguiendo el compás brillante
De sus militares marchas.

Ya llegan; el buen ministro
De la religion cristiana
Les otorga en don la efigie
De la pura Inmaculada.

En tan grave ceremonia
Con solemnidad se hermanan,
Confundiendo sus acordes,
Los *órganos* y las *bandas*.

Despídense los soldados,
Y entre tanto que se embarcan,
Pueblan el aire los ecos
De placenteras sonatas.

Ya se oye el tiro de leva;
Ya de la orilla se apartan,
Ya se les divisa apenas,
Y áun se percibe á distancia
De la música un sonido,
Con que alegres se acompañan
Los que de la vil injuria
Vuelan á tomar venganza.
¡Ay de la madre que ha visto,
En triste llanto anegada,
Irse contento á la guerra
El hijo de sus entrañas!....

. . . .

Ya pisan los españoles
La tierra inhospitalaria,
Y sus clarines repiten
Los ecos de *generala*.

Nuestros bravos tiradores
Á los moros se abalanzan,
Entusiasmados al toque
De las sonoras charangas.
En tan supremos instantes
Se decide la jornada,
Y huye veloz el alarbe,
Trocada en pavor su rabia.

Un corneta, un rapazuelo,
Que corriendo se adelanta,
Sin pensar en el peligro
Á que le expone su audacia,
Es prisionero de un moro
Que furibundo le abraza,
Y llevándoselo á cuestas
Precipitado se escapa.
Entónces nuestro corneta
El acero desenvaina,

Y al enemigo le asesta,
Y el corazon le traspasa;
Y al verle muerto, recoge
La gumía y la espingarda,
Y con ellas muy tranquilo
Se vuelve á sus camaradas.

Ya el grito de la victoria
Retumba por las montañas
Entre los himnos marciales
De músicas acordadas.
La voz dè los generales
Que ordena la retirada,
Comunican las trompetas,
Con las que todo se manda.

Ya cae la tarde; anochece:
No hay una sóla campana
Que el toque de Ave María
Compasadamente taña;
Pero hay bandas militares,
Que con dulces asónancias
Inviten á los soldados
Á religiosa plegaria.

Tiende la noche su velo,
Y repartidas las guardias,
El toque de la retreta
Suenan clarines y cajas.
La música al mismo tiempo
Con alegres serenatas
Entretiene á los guerreros
De sus fatigas pasadas,
Y hasta los mismos salvajes
Se acercan para gozarla,
Y cual si dieran aplausos,
Al terminar hacen salvas.

Llega el músico á su tienda,
Pero el reposo no halla,
Porque el fragor del combate
Tiene su mente atronada,
Y áun le parece escuchar
El silbido de una bala,
Que dejó yerto en el suelo
Al amigo de su infancia.

Cuando las tropas áun duermen,
Y apénas despierta el alba,

Ya el músico, en pié y contento,
Su lumbre anuncia y su gala
Con los alegres sonidos
Del toque de la *dïana.*

El soldado vigoroso,
Cual si fuera á una parada,
Va marchando con pié firme
De Bullones por la falda.
Nada amengua sus alientos;
Pero ¡ ay Dios ! tal arrogancia
Quiso el cielo que llegase
A sufrir pruebas amargas.

Huracanes espantosos
Que los árboles desgajan,
Arrastrando el débil lienzo
Que al soldado cobijara;
Un diluvio que improvisa
Furibundas cataratas,
Convirtiendo en lago infecto
De los bravos la morada;
El cólera misterioso,
Como tremendo fantasma,

Arrancándole á la guerra
Víctimas anticipadas,
Y hasta la sombra del hambre
Que asoma allá en lontananza,
Y con pasos de gigante
Hácia el campamento marcha :
Todo desaliento inspira,
Todo tristeza presagia,
Y el valor más acendrado
Tal vez se amengua ó desmaya.

El caudillo, adivinando
Los infortunios que amagan,
É inspirado en el momento
Por el Ángel de la Guarda,
Hace que rompan las músicas
En populares sonatas,
Propias del suelo nativo
De aquellos que han de escucharlas.

Se oyen la grave *muñeira*,
La bulliciosa *rondalla*,
La parlera *seguidilla*
Y la plañidera *caña*.

Á tan mágicos sonidos
El corazon se dilata,
Y vienen á herir la mente
Los recuerdos de la patria.
Entónces los militares
Olvidan su malandanza,
Y en frenético entusiasmo
Su desaliento se cambia.
¡ Oh encantadora armonía,
Cómo conmueves las almas,
Hiriendo tan dulcemente
Sus fibras más delicadas!....
Ya es el cuatro de Febrero,
Y en tan gloriosa batalla,
Cuando se acerca el instante
De la acometida brava,
Todas las bandas á un tiempo
Rompen á paso de carga,
Y el fuego del entusiasmo
Los corazones inflama:
Los bravos hijos del Cid
Al enemigo se lanzan,
Y con furor belicoso
Sus campamentos asaltan;

En confusion desastrosa,
Y huyendo de los que atacan,
Van desalados los moros
Por montes y por cañadas.
« Entónces sentí yo el golpe
Que de la luz me privara.
No me dolió quedar ciego;
Porque en mi última ojeada
Ví por do quier la derrota
De la turba musulmana.»

Ya la ciudad de Tetuan,
Para los moros sagrada,
Van ocupando las tropas
Que ganaron sus murallas,
Y al penetrar los jinetes
En la soberbia alcazaba,
Hacen oir los acordes
De su magnífica marcha;
Aquella cuyos sonidos
Al conquistar á Granada
La Católica Isabel,
Retumbaron en la Alhambra [14].
¡ Providencial accidente

Con que Dios significara
La unidad de pensamiento
De edades tan apartadas!

En tan heróicos recuerdos
Nuestro ciego se ocupaba,
Cuando vino á distraerle
Con dulcísimas palabras
La *Hermana de Caridad*
De su cuidado encargada.
«Volved en vos, buen amigo,
Dijo; escuchad la algazara
Con que jubiloso el pueblo
Nuestras victorias ensalza.»
Y retornando á su angustia,
Respondió triste:—«¡Ay, hermana!.....
¿Qué ha de hacer el pobre ciego,
Que no sirve para nada?
Pero sí; yo aprenderé
Los romances y cantatas
De los vates inspirados
Por la musa castellana,
Y, juglar de nuestros dias,
Al compás de mi guitarra,

Andaré de pueblo en pueblo,
Repitiendo con voz clara
Cuantos versos recordaren
Las victorias de mi España. »

17 marzo de 1860.

Francisco Asenjo Barbieri.

APÉNDICE IV.

Júbilo de España.

¿Oís? Cual rudo estampido
Saluda al naciente sol,
Himno que un pueblo en su gozo
Levanta al solio de Dios!

Dócil el tiempo renueva
El eco de aquella voz
Que en las aguas de Lepanto
Al Trace fiero anegó.

Y más dócil la centella,
Cruza el espacio veloz,
Y anuncia á la Europa el triunfo
Que ayer el África vió.

De Guadal-Jelú en la vega
Ruge el hispano leon.
¿Dónde están los que dudaban
De su fuerza y su valor?

Pregúntenlo á los alarbes,
Que no á sus amigos, no;
Mas á sus corceles fian
La vida y la salvacion.

Puertas y calles y plazas
Cruzan en mudo pavor,
Y á sus codiciosas tribus
Entregan la poblacion.

Armas y carros y tiendas
Dejaron al triunfador,
Y trincheras, que de cuerpos
Primero el rayo colmó.

Ya en los altos alminares
De Tetuan brilla el pendon
Que en la torre de la Alhambra
Hace siglos tremoló.

¡Mal haya quien no salude
Su fulgente tornasol;
Quien pregunte cúya ha sido
La mano que lo clavó!

Prosperidad y más triunfos
Le dé el Dios de Sabaoth,
Con que extienda los confines
De Castilla y Aragon.

Id: llevais en la bandera
De vuestra Reina el amor,
El nombre de vuestros padres,
Del cielo la bendicion.

Venced, y decid á Europa
Que áun vive el pueblo español,
Que por su ley y su patria,
Por su Reina y por su Dios,

Áun late puro en su pecho
El brioso corazon,
Cuyo potente latido
En dos mundos se sintió.

Madrid 7 de febrero de 1860.

EL MARQUÉS DE MOLINS.

FIN DE LOS APÉNDICES.

NOTAS.

---

1 Ceuta.

2 Demonio protector de los desleales, segun el Coran.

3 Profeta.

4 Agüeros en que fian los moros.

5 *Ias*, plegaria de agonizantes. (Véase el Coran.)

6 Cain y Abel: alusion á nuestros partidos políticos.

7 Se alude á los papeles periódicos, porque Amrú inventó el papel en la Meca, año 99 de la egira.

8 Oraciones.

9 Alusion al naufragio de la corbeta *Rosalia.*

10 El Koufoua, ó lago Muerto.

11 Rothenflue. Dénse por nombrados los demás jefes, ya que no quepan en tan estrechos límites.

12 Rocroi.

13 La memorable batalla del 4 de febrero de 1860 en los campos de Tetuan.

14 La popular y majestuosa marcha, que consiste en varios *acordes perfectos mayores*, repetidos pausadamente por los trompetas y demás músicos de la caballería española, es tradicional.

ÍNDICE.

Pág.